

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE CIENCIA POLITICA Y RELACIONES INTERNACIONALES

LICENCIATURA EN CIENCIA POLITICA



¿En el Nombre del Padre?

Las rearticulaciones en la identidad peronista durante el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007)



AUTOR

FUNES, Andrés

DIRECTOR

Dr. SOUROUJON, Gastón

**Rosario
Abril 2015**

FACULTAD DE CIENCIA POLITICA Y RELACIONES INTERNACIONALES - UNR

Riobamba 250 Bis – Monobloque Nº 1 – C.U.R. - 2000 Rosario, Santa Fe – República Argentina

Teléfono: (+341) 4808589 Fax: (+341) 4808520

www.fcpolit.unr.edu.ar

“El tiempo es como un río que arrastra
rápidamente todo lo que nace.”

Marco Aurelio

Dedicar este trabajo a

Mi mamá, Ana, que, entre otras cosas, hizo todo esto posible...

También agradecer a...

*La Facultad de Ciencia Política, que se convirtió de un lugar extraño y ansiogénico, en
mi segundo hogar.*

*A los docentes con los que me topé a lo largo de estos casi siete años y de los que he
tomado aprendizajes y enseñanzas que van mucho más allá de lo meramente
académico.*

A Gastón por su guía, paciencia y dedicación en este trabajo.

*También a Clau, Yani, Noe, Mechi y Álvaro que se embarcaron en la difícil tarea de ser
mis amigos y que me enseñaron el valor de la amistad.*

ÍNDICE

1. - INTRODUCCIÓN.....	1
2. - MAPA TEÓRICO-CONCEPTUAL DE LA(S) IDENTIDAD(ES).....	3
2.1. – <i>LA CRISIS EPOCAL DE LA GLOBALIZACIÓN: SOCIEDAD, POLÍTICA E IDENTIDADES.....</i>	4
2.1.1 – Una aproximación al concepto de globalización.....	4
2.1.2 - ¿Qué es la identidad?.....	6
2.2. – <i>TEORÍA POLÍTICA, HOMOGENEIDAD Y HETEROGENEIDAD.....</i>	7
2.2.1 – El binomio homo y heterogeneidad en Rousseau, Marx, Michels, Weber y Schmitt.....	8
2.2.1.1 – Rousseau: ¿la desigualdad social, la igualdad comunitaria?	8
2.2.1.2 – Las clases y la lucha de clases, símbolos de la diferencia en Karl Marx	10
2.2.1.3 – Robert Michels, Max Weber y la opción organizativa.....	11
2.2.1.4 – Carl Schmitt: lo político, la crítica pluralista y la democracia como homogeneidad	12
2.2.2 – Prolegómenos sobre la diferencia en Slavoj Žižek y Ernesto Laclau	15
2.2.2.1 – Universalismo, particularismo y la mediación hegemónica en Ernesto Laclau	16
2.2.2.2 – Críticas žižekianas entre la fisura de lo particular universalizado y la reactivación de la lucha de clases.....	17
2.3 – <i>LA IDENTIDAD POLÍTICA Y SUS TRES DIMENSIONES</i>	20
2.3.1 – Definiendo las identidades políticas.....	20
2.3.2 – Alteridad: hegemonía, antagonismo y efectos de frontera.....	21
2.3.2.1 – Cesuras kirchneristas: “el Proceso” y la década de los noventa	22
2.3.3. – Representatividad: suplementariedad, indecibilidad e ideología política.....	22
2.3.3.1 – La triple valencia del significante “pueblo” en el primer kirchnerismo.	24
2.3.4 – Tradición: Invención, memoria colectiva y significantes flotantes	24
2.3.4.1 – Símbolos y liturgia peronista: ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?...	25
3. – ENCASTRANDO PIEZAS: LAS DIMENSIONES IDENTITARIAS.....	26
3.1 – <i>RUPTURAS, SILENCIOS Y RECOMPOSICIONES KIRCHNERISTAS</i>	26
3.1.1 – El (objetivo) pasado denostado: el bloque histórico 1976-2003.....	27
3.1.2 – Recomposiciones: “cambio es el nombre del futuro”	33
3.1.3 – El (disfónico) pasado silenciado: el legado alfonsinista.....	36

3.1.4 – Corporaciones nacionales e internacionales: antagonistas kirchneristas	40
3.1.4.1 – El Poder Judicial: la Corte, el Consejo y los juicios por lesa humanidad	41
3.1.4.2 – Los innombrables con nombre propio: militares represores	45
3.1.4.3 – Los sospechosos de siempre: portavoces de viejas recetas	47
3.1.4.4 – Prestamistas y mal consejeros: organismos multilaterales de crédito	49
3.2 - <i>AQUEL(LOS) PUEBLO(S) KIRCHNERISTA(S)</i>	53
3.2.1– La ciudadanía y la calidad institucional	55
3.2.2– Los “perdedores” del modelo neoliberal y el capitalismo nacional	57
3.2.3– Latinoamericanistas, ¡A por la integración!	60
3.3 – <i>ESPECTROS PERONISTAS. LITURGIAS Y SÍMBOLOS EN EL DISCURSO KIRCHNERISTA</i>	64
3.3.1 – Rituales políticos peronistas: El Día del Trabajo, de la Lealtad y las fiestas del retorno de Perón	65
3.3.1.1 – El Día del Trabajador.....	66
3.3.1.2 – El Día de la Lealtad	67
3.3.1.3 – Fiestas del retorno de Perón	68
3.3.2 – La seducción del aparato del PJ	72
3.3.2.1 – El PJ y kirchnerismo: de la transversalidad al justicialismo simple y duro	73
3.3.2.2 – Sindicalismo y kirchnerismo: CGT y CTA, viejos y nuevos conocidos	75
4. – CONCLUSIONES	77
5. – BIBLIOGRAFÍA	87

1. - INTRODUCCIÓN

Se cuenta que durante una entrevista que mantuvo el General Perón con un periodista español durante su exilio en Madrid, éste le preguntó sobre la conformación del escenario político argentino. Perón le respondió con una serie de porcentajes relativos a los adherentes de las principales fuerzas políticas del país: radicales, conservadores y socialistas. Sorprendido por no haber mencionado al justicialismo, el corresponsal español le preguntó: “Pero General, ¿y los peronistas cuántos son?”. Con una amplia sonrisa éste le contestó: “Peronistas son todos...”.

Esta anécdota –*se non è vero, è ben trovato*– simboliza de alguna manera el sentir común sobre el peronismo y sobre una porción importante de políticos profesionales: todos son peronistas hasta que se demuestre lo contrario. Esto no sólo tiene consecuencias pintorescas –por ejemplo, que fuerzas políticas en las antípodas del espectro ideológico se reivindiquen igualmente peronistas, apelando a los mismos símbolos y liturgias– sino que además dificulta un examen sesudo acerca de la naturaleza de la identidad peronista, principalmente porque sobre ella operan continuamente transformaciones.

Aquí no se pretenden estudiar ni la naturaleza del fenómeno peronista, ni arrogarse una explicación sobre su esencia –sí es que existe–. Más bien, este trabajo busca analizar las transformaciones que sobre esta identidad peronista hizo una fuerza política específica en una coyuntura histórico-política en particular: el kirchnerismo, la mayor fuerza política nacional que emergió de los escombros del sistema político partidario posterior a la crisis de 2001/2002.

Presentándose como punto de inflexión en la historia de argentina de los últimos treinta años, el kirchnerismo no sólo se reivindicó heredero de la tradición peronista, sino más aún reactivó un imaginario peronista diferente al que había primado con anterioridad a la llegada al gobierno de Néstor Kirchner el 25 de mayo de 2003. Esta supuesta vuelta de turca dentro de la tradición peronista éste pretendió significar será el punto de partida de este trabajo.

Este trabajo tiene como objetivo principal analizar las rearticulaciones que se sucedieron en la identidad peronista durante el gobierno de Néstor Kirchner en el periodo 2003-2007. Para ello se utilizarán los discursos elaborados por Kirchner durante su presidencia, así como también notas periodísticas relevantes que sirvan para iluminar la coyuntura y bibliografía teórica pertinente.

La hipótesis que guía esta investigación señala que en el periodo 2003-2007 el kirchnerismo tomó y rearticuló la identidad peronista en –al menos– tres aspectos: I) cesura respecto a un pasado oprobioso ligado al Proceso de Reorganización Nacional

y a la década de los noventa, identificando como sus antagonistas principales a las corporaciones nacionales e internacionales; II) conformación del pueblo a partir de la interpelación a la ciudadanía, a los “perdedores” de la reformas neoliberales y a la hermandad latinoamericana; y III) apelación a festividades, celebraciones y dispositivos de poder ligados al peronismo, en consonancia con las vicisitudes de la coyuntura política.

El trabajo estará dividido en dos grandes partes. La primera de corte teórica-metodológica, mientras en la segunda de ellas la restante pondrá en funcionamiento los conceptos desarrollados previamente.

En la primera sección se comenzará analizando el fenómeno de la globalización y las transformaciones que éste produjo en la conformación de las identidades políticas. Luego, reparando en la importancia del mecanismo de homogenización interna-diferenciación externa de las identidades políticas, se indagará brevemente la manera en que la filosofía y la teoría política han resuelto la tensión homogeneidad-heterogeneidad. Y finalmente se procederá a definir un concepto operativo –teórica y metodológicamente- de identidades políticas. Para ello se apostará por las reflexiones propuestas por Gerardo Aboy Carlés, en lo relativo al concepto y a las dimensiones analíticas sugeridas para el análisis de las identidades socio-políticas.

Y en la segunda parte, a partir de tres dimensiones identificadas con anterioridad, se analizarán:

I) Dos representaciones sobre el pasado reciente que elaboró el kirchnerismo. El primero referido a un pasado oprobioso, vinculado a la última dictadura cívico-militar y al neoliberalismo de los años 90. Y el otro, pasado silenciado, referido a la transición y al alfonsinismo. A su vez, se indagarán los antagonistas con los polemizó en esta elaboración las corporaciones nacionales e internacionales –sectores vinculados al Poder Judicial, militares golpistas, políticos, tecnócratas y en ocasiones periodistas económicos ligados al pensamiento neoliberal, y organismo multilaterales de crédito-.

II) Tres significados de “pueblo” identificados en el magma discursivo kirchnerista. En primer lugar aquellos ciudadanos víctimas del desapego y desazón hacia la política y los políticos. Luego, los desempleados y excluidos sociales resultados de las reformas neoliberales. Y por último, los “hermanos latinoamericanos”.

III) Cuatro celebraciones caras al peronismo durante el primer periodo kirchnerista, como son el Día del Trabajador, el Día de la Lealtad, el Día de la Militancia y las festividades relativas a la “Primavera Camporista”. También el lugar

que le cupo al Partido Justicialista, a la CGT y a la CTA en este periodo del kirchnerismo.

La relevancia del tema estudiado en este trabajo es doble. Por un lado, el estudio de las identidades socio-políticas para la politología resulta hoy en día un tema trascendental. En un mundo donde las certezas y seguridades se han desdibujado notablemente, para la teoría política contemporánea se hace imperioso entender cómo se constituyen, transforman y operan las identidades, para así comprender con mayor grado de precisión los fenómenos histórico-políticos que acontecen en el largo y corto plazo en las sociedades actuales.

Y por el otro, el peso específico del fenómeno peronista en la historia Argentina, aunado al hecho de que en pocos meses concluye –formalmente, al menos- el ciclo político más largo de la historia política argentina moderna, torna relevante reflexionar acerca de la conformación del kirchnerismo en su fase germinal y los re-trabajos que éste hizo sobre la identidad peronista.

2. - MAPA TEÓRICO-CONCEPTUAL DE LA(S) IDENTIDAD(ES)

Este capítulo, correspondiente al momento específicamente teórico del trabajo, se dividirá en tres partes.

En la primera se analizará someramente el fenómeno de la globalización, prestando atención a las transformaciones que ocurrieron a partir de ella en la conformación de las identidades socio-políticas.

En la segunda parte, se explorará como algunos teóricos políticos representativos han conceptualizado una de las dimensiones fundamentales de las identidades: el juego entre heterogeneidad y homogenización. Tras un breve repaso del tratamiento que hicieron sobre esta cuestión Jean Jacques Rousseau, Karl Marx, Robert Michels, Max Weber y Carl Schmitt, se reparará en cómo han sido trabajadas las categorías de heterogeneidad y homogeneidad en Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, a partir del giro lingüístico y la corriente posestructuralista de finales del siglo XX.

Y, por último, en la tercera sección, se propondrá un enfoque para analizar las identidades políticas, en su faz teórica y metodológica, apostando por las agudas reflexiones elaboradas por Gerardo Aboy Carlés en torno a las identidades políticas. En concreto, se buscará ampliar –teóricamente hablando- las tres dimensiones constitutivas de las identidades políticas –alteridad, representatividad y perspectiva histórica-, presentando las dimensiones y los referentes empíricos que se intentará rastrear en el fenómeno kirchnerista.

2.1. – La crisis epocal de la globalización: sociedad, política e identidades

Ya no creemos en el mito de la existencia de fragmentos que, como pedazos de una antigua estatua, esperan que la última pieza faltante sea descubierta para así ser pegados creando una unidad exactamente igual a la unidad original. Ya no creemos que alguna vez haya existido una totalidad primordial, como que tampoco una totalidad final nos espere en el futuro.

D. Deleuze y F. Guattari en Anti-Edipo: Capitalismo y Esquizofrenia

2.1.1 – Una aproximación al concepto de globalización

Aquí se entenderá a la globalización como el desarrollo de una nueva configuración espacial de la economía y de la sociedad –en términos mundiales-, bajo la égida del capitalismo informático-global. A esta definición –propuesta por Alejandro Dabat (2000)- se le debería agregar, simultáneamente, una agudización de los conflictos y tensiones inter étnicos, merced a las transformaciones de envergadura que han ocurriendo en la forma de ver y concebir la política, el Estado y las instituciones de la democracia –los partidos políticos, el vínculo representativo, etc.-.

Sin embargo, la globalización no representa ni un paradigma científico con un objeto de estudio y referentes empíricos observables claros, así como tampoco un paradigma político o cultural. Por ello representó para la ciencia política y para los estudiosos todo un desafío. De un momento a otro, se toparon con que las categorías y conceptos que utilizaban para analizar y explicar el mundo se tornaron viejos, perdiendo su capacidad explicativa¹.

El fenómeno globalizador –momento particularmente novedoso y peculiar,- derivó en una redefinición de la idea de comunidad y en una búsqueda de nuevos criterios de legitimidad. *Estas transformaciones supusieron –como corolario- un proceso creciente de complejización*, resultando excesivamente difícil explicar la sociedad contemporánea en base a las conceptualizaciones elaboradas por los clásicos del siglo XIX –Karl Marx, Max Weber y Emile Durkheim-. La complejidad se convirtió en la característica más sobresaliente de las sociedades contemporáneas; complejidad entendida como aquel conjunto de posibilidades siempre presentes, capacidad de relación y selección, por definición, contingentes.

La pregunta que inmediatamente sigue de esto es: ¿cómo afectó la globalización a la conformación de las identidades? María de los Ángeles Yannuzzi

¹ El modelo fordista ejemplifica esto. El fordismo no fue simplemente una forma de ordenar el trabajo propio de la sociedad del siglo XX. Fue también, –como muy bien lo anota Zygmunt Bauman- “un sitio de construcción epistemológica sobre el cual se erigía toda la visión del mundo y que se alzaba majestuosamente dominando la totalidad de la experiencia vital” (1999; 62).

sostiene que el cuestionamiento de la noción de Estado-nación que produjo la globalización no solo quebró las formas tradicionales de organización del Estado democrático del siglo XX, sino también puso en entredicho a las identidades sobre las cuales se articuló el sentido de pertenencia a éste (2009; 43). *La globalización puso en jaque las formas anteriores de concebir el Estado, donde la noción de Estado-nación unívoco, centralizado y omnipresente perdió vigencia, no logrando ya encorsetar las particularidades que otrora le formaban parte.*

Tradicionalmente o, cuanto menos, con anterioridad al estallido identitario de las últimas décadas del siglo XX, se asoció la construcción de las identidades sociales y políticas al Estado keynesiano y a las instituciones de la democracia de masas. Sin embargo, el proceso de construcción de las identidades se remonta mucho tiempo atrás al Estado de Bienestar y a las instituciones que la era de masas inaugura. El ejempló más sobresaliente de esto es la edificación de las identidades nacionales y el triunfante establecimiento del Estado Nación² a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

En definitiva *con la globalización se erosionaron aquellos marcadores de certidumbre³ que habían estado configurando la realidad socio-política: el Estado Nación, las identidades nacionales y de clase, entre otros.* Esto produjo un debilitamiento de lo “social”, de “aquello que descansaba en la asociación racional de individuos con la una identidad precisa y una estructura autónoma, expresado en la pertenencia a organizaciones y grupos estables, como la clase, el partido o el sindicato” (Marcela Gleizer Salzman, 1997; 24). La desintegración de esos referentes –correlato de la caída en desgracia de los grandes relatos- y el resquebrajamiento de los imaginarios sobre los cuales se configuraban las identidades –consecuencias de las modificaciones que el proceso globalizador generó- obligaron a reflexionar sobre la naturaleza de las identidades.

Recapitulando. La globalización representó una nueva configuración espacial de la economía y la sociedad, que opera redefiniendo la idea de comunidad, y generó la necesidad de buscar nuevos criterios de legitimidad. Este proceso ocasionó una creciente complejización de la sociedad contemporánea, lo que supuso todo un

² La idea de Nación, los nacionalismos o la nacionalidad deben ser concebidos como artefactos culturales que, a través de un desarrollo histórico sinuoso, conceptualizan lo que Benedict Anderson denominó “una comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana” (1993; 23).

³ Este término sé toma prestado de Claude Lefort (1988). La disolución de los marcadores de certidumbre de la que habla Lefort menta el proceso por el cual las antiguas bases del poder monárquico absolutista se erosionaron con la Revolución Francesa, perdiendo sus fundamento teológico. Ello ocasionó que tanto el poder, la ley y el conocimiento quedasen radicalmente indeterminados. No obstante esta distancia histórica del concepto “marcadores de certidumbre”, éste puede aún ser útil para comprender los fenómenos adosados al proceso globalizador.

desafío para las viejas categorías con las que se estudiaban las sociedades en occidente desde mitad del siglo XIX.

El proceso globalizador –al cuestionar la noción tradicional de Estado nacional– puso en entredicho las identidades construidas alrededor del Estado-nación, las identidades nacionales. Al verse erosionados aquellos marcadores de certeza que fueron la nota sobresaliente en las sociedades occidentales desde finales del siglo XVIII hasta postrimerías del XX, la necesidad de reflexionar nuevamente sobre la naturaleza de las identidades volvía a hacerse patente.

2.1.2 - ¿Qué es la identidad?

Se concebirá a la identidad como *una representación, una imagen que se crea y desde la cual las significaciones individuales y colectivas se determinan*. Es una construcción, “una ficción organizativa” (María de los Ángeles Yannuzzi, 2002; 283), por medio de la cual los individuos se figuran la realidad circundante y que orienta el mutuo reconocimiento entre los miembros de un mismo grupo, por oposición a otros.

Siguiendo Eduardo Restrepo (2007), el concepto de identidad presenta algunas particularidades. Las identidades son:

— *Relacionales*, se producen a través de la diferencia y no independientemente de ésta. La identidad es posible en tanto establece actos de distinción entre un orden interioridad-pertenencia y uno de exterioridad-exclusión. Ambos polos deben pensarse como mutuamente constitutivos.

— *Procesuales*, están históricamente situadas y son construcciones históricas, condensando, decantando y recreando experiencias e imaginarios colectivos.

— *Discursivamente constituidas*, son producidas, disputadas y transformadas en formaciones discursivas concretas.

— *Provisional contingente e inestable punto de sutura* entre las subjetivaciones y las posiciones de sujeto⁴.

— *Polifónicas y multiacentuales*; las identidades no son definidas de una vez y para siempre. Acarrearán múltiples, contradictorios y, en ciertos aspectos, inconmensurables sentidos; encarnan articulaciones.

La construcción de un “Nosotros” –figura donde los miembros individuales se reconocen– conlleva necesariamente el establecimiento de fronteras de exclusión; en otras palabras, formas de determinar qué diferencias quedarán por fuera de la construcción identitaria y cuáles serán incorporadas a ésta.

⁴ “La búsqueda de identidad es la lucha constante por detener el flujo, por solidificar lo fluido, por dar forma a lo informe” (Zygmunt Bauman, 1999; 89).

La identidad es una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, a la contingencia, “una posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias” (Leonor Arfuch, 2005; 24). Es un proceso de articulación, de sutura, una sobredeterminación. Siempre hay “demasiado” o “demasiado poco”, una sobredeterminación o una falta, pero nunca una proporción adecuada, una totalidad. Por esa razón hablar de identidades es referirse a un proceso dinámico de construcción de significados; procesos móviles que articulan elementos heterogéneos.

El pluralismo de valores y la contingencia de la confección identitaria si bien es un fenómeno digno de ser celebrado en tanto mejora cualitativa de la democracia, supone también un terreno de alta conflictividad, donde se libran luchas hegemónicas. Todo conflicto identitario supone una lucha entre particularidades que se posicionan como las únicas válidas para ordenar la realidad social. Esta importancia del momento de exclusión, de la demarcación de la diferencia respecto del Otro que está allí afuera, obliga a reflexionar sobre el tratamiento que se le ha dado a la diferencia en la teoría política. Concretamente, ¿de qué manera han pensado el par homogeneidad-heterogeneidad los pensadores más relevantes de la larga tradición Occidental de la teoría política?

Recapitulando. Una primera aproximación al concepto de identidades debe reparar en que éstas son relacionales, históricamente situadas, discursivamente constituidas, multiacentuales, contingentes y resultantes de un proceso nunca acabado. La identidad es una representación, una ficción organizativa, a partir de se construye un “Nosotros” en oposición a un “Ellos”, donde la construcción de fronteras de exclusión se convierte en condición *sine qua non* del proceso constitutivo de identidades, en tanto dispositivo que permite homogeneizar internamente y diferenciar respecto a lo externo, a lo Otro.

2.2. – Teoría política, homogeneidad y heterogeneidad

*En la forma dual que fantaseo, quiero que ya un punto
sin otra parte, suspiro (no es muy moderno) por una
estructura centrada, ponderada por la consistencia del
Mismo: si todo no está en dos, ¿para qué luchar? Mejor
volverme a meter en el curso de lo múltiple*

Roland Barthes en Fragmentos de un discurso amoroso

A lo largo de la historia de las ideas, la tematización de lo diferente –lo heterogéneo y las particularidades- ha sido una de las preocupaciones que con mayor relevancia ha asolado las costas del pensamiento político occidental. Similarmente también lo fue la fútil ensoñación de que lo igual –lo homogéneo y la universalidad-

podiera alguna vez concretarse completamente, expulsando –y aún eliminando física y/o simbólicamente- lo diferente, lo heterogéneo y particular.

En este apartado se intentará rastrear el modo en que la teoría política trató el binomio heterogeneidad-homogeneidad, partiéndolo de la hipótesis de que algunos teóricos políticos fundamentales de la historia del pensamiento occidental no sólo no repararon en el carácter ineliminable de la tensión homogeneidad-heterogeneidad, sino más aún vieron en la heterogeneidad –y lo diferente- un elemento patológico que debían ser separado del campo político. Este es el caso de Jean-Jacques Rousseau, Karl Marx, Max Weber⁵, Robert Michels y Carl Schmitt.

Sin embargo, a partir de la década del setenta se introduce un quiebre en esta lógica. La diferencia nos será ya más aquel elemento extraño al cuerpo social que debía ser eliminado, sino que se convertirá en un engranaje fundamental del armado político y de la construcción de identidades socio-políticas. Con variaciones en tonos y enfoques a veces divergentes, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek pueden ubicarse en este quiebre paradigmático asociado –como se verá más adelante- al giro lingüístico, al posmarxismo y a la teoría lacaniana.

En resumidas cuentas, esta breve reflexión se propone no solo aportar luz acerca de la evolución que sufrió el tema de la heterogeneidad y la homogeneidad en el pensamiento político, sino también –y fundamentalmente para este trabajo- ubicar teórica y conceptualmente las herramientas que se utilizarán a la largo del desarrollo analítico, en la vasta cartografía del pensamiento político.

2.2.1 – El binomio homo y heterogeneidad en Rousseau, Marx, Michels, Weber y Schmitt

2.2.1.1 – Rousseau: ¿la desigualdad social, la igualdad comunitaria?

La propuesta rousseauiana giró alrededor de la conformación de una sociedad que, a la par de acercar más a los hombres, los volviese solidarios y a cada uno dependiente del todo. Propugnaba la creación de una comunidad, en el estricto sentido del término.

⁵ Esta afirmación, no obstante, debe matizarse en lo que respecta a Max Weber. Sí bien en este trabajo se sostiene que Weber ve en la organización –Estado, partido, sindicato- una herramienta idónea para encarar la cuestión de la heterogeneidad derivada del sufragio universal, no se está sugiriendo de ningún modo que el sociólogo alemán fuese partidario de la eliminación de la heterogeneidad –lisa y llanamente- del cuerpo social. Recuérdese que Weber llamó la atención sobre el aumento de la racionalidad en la vida social, percibiendo –en lo relativo a la excesiva burocratización de la vida política- al líder carismático como aquel que por medio de esa cualidad “extraordinaria y fuera de lo común” que lo caracterizaba podía romper el cerco de la famosa “jaula de hierro”; en su lucha contra la burocratización, el carisma se figura en Weber como “la fuerza creativa de la política, las características extraordinarias del dirigente, la gracia que da al líder la posibilidad de imprimir movimiento y vida al cuerpo político” (María Dolores París, 1996; 265).

La creación de esta comunidad estaba en gran medida vinculada con la idea de un pacto social y de una voluntad general. Según Rousseau, los hombres –cansados de las inseguridades de su precaria existencia aislada y del peso de los grandes sobre los chicos- se reunían y concordaban crear una asociación; es decir, “formar por agregación una suma de fuerzas capaz de vencer la resistencia, poner en movimiento estas fuerzas por medio de un solo móvil y hacerlas obrar de acuerdo” (2005; 17).

En el mismo acto contratante del pacto⁶, Rousseau señala que cada una de las personas que se juntaban “ponen en común y a todo su poder bajo la suprema dirección de la Voluntad General, recibiendo también a cada miembro como parte indivisible del todo (2005; 18). Mediante este acto, cada persona particular comienza a formar parte de cuerpo colectivo, que no anula su particularidad sino que se sirve de ella para su conformación, y de la que obtiene “su unidad, su ser común, su vida y su voluntad” (Ibíd.; 19). Esta comunidad colectiva servía a su vez para colmar la identidad personal del individuo, en la cual cada uno se descubría simultáneamente a sí mismo en la más estrecha solidaridad con sus semejantes.

Estos individuos –que libremente entraban en unión con sus pares- solo alcanzaban una verdadera libertad –civil y moral- en sociedad. Otra forma de decir, solo limitando su libertad natural y logrando dominarse los hombres a sí mismos, los hombres eran verdaderamente libres. El hombre se convertía así –conscientemente- en dueño de sí mismo, observador de la ley civil sin perder la libertad individual a partir de cual aceptó forma parte de la sociedad⁷.

En este cometido –como bien señala William Roberto Darós en su artículo *La libertad individual y el contrato social según J.J. Rousseau*- la educación tiene un papel protagónico, ya que “prepara al individuo para el cultivo de su razón, para proteger su libertad y la igualdad entre los ciudadanos ante la ley” (2006; 123). Se necesita enseñar al hombre como ser Soberano para que sea también soberano como ciudadano. Aquí cobraría especial énfasis la propuesta rousseauiana de establecer una “profesión de fe civil” que fije en los hombres “sentimientos de sociabilidad” (Rousseau, 2006; 125) –una religión civil- como condición *sine qua non* para ser un buen ciudadano.

⁶ El pacto que da vida a la Voluntad General y (con)forma al pueblo presenta –según Rousseau- una serie de características: infalibilidad, indivisibilidad e inalienabilidad. Además, el autor repara en el carácter absoluto que debe tener el pacto –para que sea algo útil y valedero- cuando señala que “al que se rehúsa obedecer a la voluntad general, se le obligará a ello por todo el cuerpo: lo que no significa nada más sino que *se le obligará a ser libre*” (2005; 21; el énfasis agregado); solo mediante esta obligación del cuerpo colectivo para con el individuo se concreta la verdadera libertad y se destrona la dependencia personal.

⁷ El pacto quita y otorga. Si bien con éste el hombre pierde su derecho ilimitado a todas las cosas –su libertad natural-, gana “la libertad civil y la propiedad de todo lo que posee” (Rousseau, 2005; 22). Más aun, la sociabilidad del hombre le otorga la valiosísima libertad moral, única que hace del hombre verdadero dueño de sí mismo, en desmedro del simple apetito esclavizante.

La homogeneidad y la heterogeneidad se alojan al interior de los propios hombres. Es solo haciendo callar su voz burguesa –individual, particular y dirigida a la concreción de sus propios intereses-, que la voz pública –la del ciudadano y de la Voluntad General- obtendrá su preponderancia. En otras palabras, Rousseau apuesta por el autodomínio de sí, freno a los intereses particularísimo sin por esto anularlos, pues “[s]ino hubiese intereses diferentes, apenas se dejaría sentir el interés común” (Ibíd.; 29). En este cometido el Legislador, el proceso educativo y la religión civil tienen la –difícil- misión de enseñar al hombre a ser soberano de sí mismo y junto a los demás.

2.2.1.2 – Las clases y la lucha de clases, símbolos de la diferencia en Karl Marx

Para Theotonio dos Santos la innovación de Marx no se limitó simplemente a darle un basamento teórico al concepto de clase, sino también “atribuirle el papel de base de explicación de la sociedad y de su historia” (1966; 82)⁸. En *La ideología alemana* (1985), Marx y Engels establecen que la sociedad de clases es producto de determinados cambios socio-históricos de largo plazo. Las clases aparecieron con la división del trabajo social, que generó una producción excedente y una clase minoritaria, no productora, que se apropia de éste. Es mediante la conquista del poder político y la trasmutación –ficcional- de su interés particular en interés común⁹ que la clase dominante logra mantenerse en la cúspide del poder.

La sociedad se encuentra atravesada por la lucha entre las clases sociales, lucha que se erige como el motor dinamizante de la historia. El triunfo de la revolución socialista no representaría la entronización de una clase en detrimento de otra. Simbolizaría, en contrapartida, la extinción de todas las clases sociales como modos de organización social¹⁰; la instauración de ésta sociedad sin clases, en la cual las diferencias de todo tipo así como también la política –como forma de administrar el poder y ejercer la dominación- serían desterradas, presentando la sociedad los atributos típicos de una comunidad: solidaridad, unión férrea, visiones del mundo compartidas entre sus miembros.

⁸ En su conocido libro *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Friedrich Engels propuso concebir a la teoría marxista bajo la rúbrica de socialismo científico, concepto por el que pretendía diferenciar la cosmovisión propuesta por Marx y por él a las teorías “utópicas” –en tanto proponían soluciones irrealizables aunque con un viso de verdad en su crítica socio-histórica- de Robert Owen, Saint-Simon, Charles Fourier, Louis Blanc y Pierre-Joseph Proudhon.

⁹ “La clase revolucionaria [sea la burguesía o el proletario] aparece de antemano, ya por el sólo hecho de contraponerse a una clase, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, como toda la masa de la sociedad, frente a la clase única, a la clase dominante” (Karl Marx y Friedrich Engels, 1985; 52)

¹⁰ Jean-Paul Sartre en *Situaciones VI: Problemas del marxismo 1* argumentó que “[e]l proletariado es, pues, negación de la negación; su acción al ser destructora es siempre todo lo que puede ser, y logra siempre su fin; no puede vivir sin reivindicar, ya que está desprovisto de todo, y no puede reivindicar sin destruir, ya que la sociedad burguesa sólo se consolida mediante el aplastamiento del obrero” (1965;22)

En su *Historia de la filosofía del renacimiento a la posmodernidad* (1999; 192), Gilbert Hottois señaló que la utopía socialista del pensamiento marxista presenta tres características distintivas: I) la desalienación, en una sociedad liberada de los conflictos, el hombre al fin podrá reencontrarse consigo mismo; II) la universalidad derivada de la desaparición de los intereses particulares y la entronización del interés común; y III) la totalidad, hombres serán capaces de actualizar plenamente sus potencialidades humanas de goce y de creación, de la vida natural y de la vida cultural, superando la división unidimensional del trabajo.

Para el paradigma marxista el surgimiento de las clases, y con ellas las diferencias, la opresión y la dominación de unos sobre otros, tiene como punto de partida el desarrollo de una forma particular de relación entre fuerzas productivas y procesos productivos, la división del trabajo. Ésta se erige como una herida en la condición humana que no le permite reencontrarse consigo misma. Pero el capitalismo –como modo de producción- y la burguesía –como su sujeto histórico- significan el último estadio de esta enajenación y sufrimiento humano. Los desposeídos acrecentarán su número y comenzarán a tener conciencia de la explotación a la que fueron sometidos por la burguesía. Cuando su número exceda con creces, se lanzarán a la conquista del poder, momento en que la historia, las clases y la política dejarán de existir.

La sociedad sin clases representa, además de la destrucción de la dominación burguesa, el fin de la historia y las clases como tales, el momento en las diferencias son extirpadas de la sociedad y la igualdad de los hombres, así como el recuentro consigo mismo, se concretarían. La homogeneidad reinando en el cuerpo social, libre de cualquier alteridad que la ponga en peligro, es la característica distintiva de la sociedad comunista.

2.2.1.3 – Robert Michels, Max Weber y la opción organizativa

Robert Michels señaló que ya no era posible pensar la democracia de masas sin organización. Esta se convertía en el único modo de construir una voluntad común. La organización se presentó como el instrumento privilegiado que permitiría homogeneizar y dirigir a esas masas completamente heterogéneas, inmaduras e incompetentes políticamente, incapaces de velar por sus propios intereses y que mostraban “una inmensa necesidad de dirección y guía” (1983; 98).

Las propias características de las masas hacían imprescindible el trabajo que sobre ellas debía realizar la organización. En lo que Max Weber calificó de “dictadura basada en el aprovechamiento de la emotividad de las masas” (1992; 1087), la organización de los partidos políticos, “producto[...] de la necesidad de la propaganda

y organización de masas” (Ibíd.; 1083), funcionaban como un modo de canalizar la heterogeneidad intrínseca de las masas y encorsetarla dentro de un rígido sistema, que mermase sus características más peligrosas.

Weber destacó que uno de los peligros más acuciantes para la democracia de masas venía del “fuerte predominio en la política de los elementos emocionales”, en tanto la masa estaba siempre expuesta “a la influencia momentánea puramente emocional e irracional” (1992; 1116/1117). Michels –en un tono similar- fue terminante a la hora de calificar a las masas: ante sus ojos podían ocurrir “grandes acontecimientos” y “revoluciones en la vida económica sin que en su mente experimenten modificaciones profundas (1983b; 33).

Relacionada con esta función profiláctica, la organización también fue –como lo destaca brillantemente María de los Ángeles Yannuzzi- “la primera encargada de producir la cohesión” (2007; 205)” dentro del *Mare nostrum* de la democracia de masas. Fue la responsable de homogeneizar el espacio público, estableciendo que diferencias quedaban por fuera y cuales –merced a este juego de establecer lo común- quedaban adentro.

En la propuesta esbozada por Michels y Weber, la organización se convirtió en el medio privilegiado para homogeneizar el espacio público a partir de la inserción de las masas¹¹. Mediante su estructura burocrática y con la figura central del líder, pudieron contenerse las heterogeneidades que ingresaron al espacio público, amenazando y echando por tierra la cosmovisión liberal decimonónica. La irreflexividad, emotividad y la necesidad de guía constante de las masas daban al líder la función de interpelarlas, aprovechándose de sus características intrínsecas y de la devoción que éstas mostraban por sus líderes. La figura del líder cesarístico/bonapartista se constituyó en el lazo que permitía reunir las particularidades y reorientarlas; la “voluntad general” era su producto y corría pareja a la homogeneidad de la muchedumbre dispersa que el líder representaba.

2.2.1.4 – Carl Schmitt: lo político, la crítica pluralista y la democracia como homogeneidad

Schmitt intentó reconstruir un concepto moderno de lo político. Éste poseía un criterio claro: la distinción entre amigo [*Freund*] y enemigo [*Feind*] que –según el propio Schmitt- servía para indicar “el extremo grado de intensidad de una unión o de una

¹¹ Hay que recordar que si bien tanto Michels como Weber cuando se refieren a las organizaciones están pensando en el partido político moderno o partido de masas, esta lógica de homogenización interna y exclusión de lo diferente intolerable, juega un papel más que destacado en el Estado moderno. Éste, en su afán de homogeneizar el espacio público, excluía lo diferente, entendiéndolo como una entidad que amenazaba la unidad del grupo. Con *lo Otro*, lo disímil, rondando y acechado la unidad, el Estado, utilizando fuerza represiva, monopolio exclusivo, según la famosa máxima weberiana, eliminaba lo heterogéneo, obligándolo a salir del espacio público.

separación, de una asociación o de una disociación” (1984; 23). El enemigo –además de su carácter gregario y público¹²- debía tener una existencia real. Lo que caracteriza principalmente al enemigo es su condición de extraño: el enemigo es el Otro, el extraño [*der Fremde*], aquel con el que el conflicto –la guerra- no puede ser dirimido por medio del Derecho ni por un tercero imparcial.

Una organización será política siempre y cuando pueda trazar esa distinción de manera autónoma. A partir de la demarcación entre amigo y enemigo derivará la unión del agrupamiento político, en tanto es a través de la lucha contra el enemigo que se afirma la unidad de los amigos. El enemigo –junto con su par antónimo- y el medio específico de la lucha o guerra¹³, adquieren significado real en tanto se refieren a la posibilidad real de eliminación física.

En este lugar pueden mencionarse tres críticas schmittianas. En primer lugar – la crítica al pluralismo-, Schmitt rechaza la posibilidad de pensar al Estado desde una perspectiva pluralista. Al Estado –que carga sobre sus hombros la máxima responsabilidad de “hacer la guerra y por consiguiente a menudo disponer de la vida de los hombres (Ibíd. 42)- debe pensárselo como una unidad política, libre de cualquier clase de pluralismo. La función del Estado estriba en asegurar la paz, establecer el orden y dar seguridad¹⁴.

En segundo lugar –la crítica al humanismo¹⁵-, Schmitt es renuente a aceptar el concepto de humanidad, que excluye el de enemigo. La humanidad – independientemente de su pretendida neutralidad- es un concepto político; cualquier guerra o conflicto que se sustente en la defensa de la humanidad, no hace más que deshumanizar al enemigo, expulsándolo de cualquier trato justo y humano. Donde tendría que aparecer un enemigo real, se transforma a éste en uno absoluto.

¹² El carácter público del enemigo hace referencia –en Schmitt- al *hostis*, aquel con el cual se libra públicamente una guerra que es en su naturaleza política. El *hostis* se diferencia del *inimicus*, en el sentido de que éste último hace referencia al enemigo personal que alguien tiene en razón a odios privados. Mientras el éste odia visceralmente a su enemigo y lo quiere ver destruido, el *hostis* se presenta como el rival político que combate en la arena –pública- política-, donde la confrontación no necesariamente deriva en la exterminación física en razón de odios personales o privados.

¹³ Schmitt anticipa de algún modo lo que más tarde el brillante Michel Foucault parafraseando la máxima clausewitziana, sentenciará: la política como continuación de la guerra por otros medios. En su reconocido *La genealogía del racismo* (1998; 24), Foucault asevera que su replanteo de la máxima clausewitziana tenía como objetivo: primero, que las relaciones de poder funcionan en la sociedad en un contexto histórico preciso y delimitado, la guerra; segundo, más allá de la paz civil dentro de una formación política, las luchas por y contra el poder deben entenderse como una continuación de la guerra; y tercero, la decisión final sobrevendrá luego del choque entre dos fuerzas, donde la victoria de una determinará el porvenir.

¹⁴ Es interesante observar que en Schmitt –como lo marca Franz Hinkelammert (1987; 238)- el orden social es hijo del conflicto, de un conflicto por el orden. Es la distinción entre amigo y enemigo, y por consiguiente de la lucha entre ellos, que nace el orden. Es por eso que éste no puede estar ni reglado por el derecho ni tampoco disponer de un tercero imparcial que medie el conflicto.

¹⁵ En la crítica schmittiana al humanismo se encierra un ataque certero hacia el liberalismo y el marxismo, dos corrientes que no sólo enarbolan la bandera de la humanidad contra las fuerzas disruptivas de ésta, sino que también creen posible una unión final y pacífica que destierre por fin los conflictos, luego de la entronización del mercado –en la versión liberal- o de la victoria proletaria –en el marxismo-.

Y por último, el ataque contra a la institución del Parlamento en la democracia de masas. Para Schmitt el Parlamento había sido “despojado de su propio fundamento espiritual” (Ibíd.; 64): la discusión pública como precepto fundamental en la conformación de la ley. En la práctica parlamentaria era imposible el intercambio de ideas y el mutuo convencimiento. Se asistía más bien a una dictadura de la mayoría, donde el mayor número y sus intereses no cesaban por más que hubiese elecciones periódicamente.

Schmitt observó que toda “democracia real” se basaba en que “se trate a lo igual de igual manera” y “a lo desigual de forma desigual”. Es propia de la democracia “en primer lugar la homogeneidad, y, en segundo lugar –y en caso de ser necesaria- la eliminación o destrucción de lo heterogéneo” (1990; 12). *La característica que distingue a la democracia es la homogeneidad. Se debe aspirar a concretar una igualdad sustancial, una homogeneidad tal que trascienda la igualdad abstracta liberal, “que postula que toda persona es, como persona, automáticamente igual a toda otra persona” (Chantal Mouffe, 2003; 56). El poder político debe saber generar esta homogeneidad que permita la representación¹⁶ del todo y aleje lo heterogéneo e irrepresentable, que puede llegar a condicionar la unidad de la formación política.*

En el pensamiento schmittiano lo político está caracterizado por la distinción entre el amigo y el enemigo, de la que deriva la unidad fundamental de la formación política. Schmitt deriva su crítica al parlamento como una institución que ha perdido su razón de ser ante el nuevo contexto abierto con la democracia de masas. La pretensión liberal de aunar liberalismo con democracia no hizo más que hacer perder de vista lo propio de la democracia y lo político: la homogeneidad al interior de la formación política mediante el trazado de los límites del demos, discriminando a los amigos de los enemigos y la expulsión de heterogéneo, de lo diferente.

Recapitulando. Rousseau, Marx, Michels, Weber y Schmitt comparten una misma preocupación: dotar de homogeneidad al cuerpo social frente a los avatares de lo heterogéneo. Las estrategias para ello fueron divergentes. Rousseau apeló a la tarea conjunta del Legislador y al proceso educativo para acallar los intereses particulares que anidaban al interior de los hombres, frente a la imperativa tarea de construir la *vox populi*. En el caso de Marx, es la victoria del comunismo y la concreción de la sociedad sin clases que podrá coto a la división y la diferencia de la sociedad capitalista. Similarmente Michels y Weber consideran a la organización como la encargada de contener las heterogeneidades, apelado a la disciplina y la adhesión

¹⁶ Schmitt diferencia entre una representación inauténtica, de intereses generada por medio de elecciones –*Vertretung*– y una auténtica, espiritual –*Repräsentation*– forjada en la identificación entre los líderes y el pueblo. Es propia de la democracia este último tipo de representación.

de las masas al líder en la construcción de una voz común en el espacio público de la democracia de masas. Y finalmente Schmitt observó que, al invocarse lo propio de la democracia y lo político –homogeneidad al interior de una formación política mediante el trazado de los límites del *demos*-, la heterogeneidad no tenía lugar.

2.2.2 – Prolegómenos sobre la diferencia en Slavoj Žižek y Ernesto Laclau

Tres rótulos pueden sintetizar –quizás con algún dejo de exceso- las corrientes con las que se identifican el pensamiento de Laclau y Žižek. El primero de ellos podría denominarse “giro lingüístico” (*linguistic turn*), término acuñado por Gustav Bergmann en la década de los cincuenta pero que popularizó Richard Rorty. A grandes rasgos, representó un cambio de enfoque en donde el lenguaje pasaba a ocupar un lugar privilegiado; parafraseando al antropólogo norteamericano Edward Sapir, el mundo que nos figuramos –la realidad- estaba condicionado por los hábitos del lenguaje de nuestra comunidad de origen, que determinaban la interpretación que sobre los hechos se hagan¹⁷.

El segundo de los rótulos es el de “marxismo posestructuralista”. Como sostiene Elías José Palti en *Verdades y saberes del marxismo* (2006; 89), el marxismo posestructuralista intentó reconstruir al marxismo como horizonte político práctico una vez que admitió su insuficiencia teórica, su incapacidad para aprehender tanto la realidad como su propia situación. Surgió como una crítica a los postulados del althusserismo por parte de sus ex alumnos Alain Badiou, Étienne Balibar, Jacques Rancière, y también se extendió –al otro lado del Canal de la Mancha- a Chantal Mouffe, Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, con posterioridad al Mayo Francés. Estos pensadores se valieron de las brechas abiertas¹⁸ –en principio- por Jacques Derrida en su crítica al núcleo esencialista del althusserismo.

Y el tercero puede denominarse “lacanismo de izquierda”. Dicho término se tomará de Yannis Stavrakakis, entendiendo por tal “un campo de intervenciones políticas y teóricas” que pretende, valiéndose de las agudas reflexiones propuestas por el psicoanálisis lacaniano, “criticar los órdenes hegemónicos contemporáneos” (2010; 20). De este campo heterogéneo y diverso beberán teóricamente autores tan diversos como Judith Butler, Alain Badiou, Ernesto Laclau, Slavoj Žižek, entre otros.

¹⁷ Conocida como la hipótesis Sapir-Whorf sostiene que la lengua determina el modo cómo los miembros de una sociedad piensan y comprenden el mundo; el pensamiento depende el lenguaje. Así mismo, también aseguran que cada lengua posee términos que le son propios y, por tanto, incomprensibles para otras.

¹⁸ La crítica derridiana gira alrededor de la denuncia hacia los postulados fenomenológicos que se esconden detrás de la teoría de Althusser, argumentando la radical contingencia que subyacen en los fundamentos de todo orden político.

2.2.2.1 – Universalismo, particularismo y la mediación hegemónica en Ernesto Laclau

Ernesto Laclau en *Emancipación y diferencia* (1996) observó que existieron diversas formas históricas a la hora de pensar universalismo-particularismo. Sin embargo, todas han resultado insuficientes, soslayando que particularismo y universalismo son dos dimensiones inerradicables, infranqueables y fundamentales de la política y en la construcción de identidades socio-políticas. Lo universal, símbolo de una plenitud ausente, sin un contenido propio que lo cerraría en sí mismo, no “es otra cosa que un particular que en un cierto momento ha pasado a ser dominante” (1996; 53). Este particular solo existe en el movimiento de afirmación de su identidad diferencial y ulterior anulación de ésta en un medio no-diferencial o cadena equivalencial.

Laclau llegó a la conclusión de que esta universalidad es inconmensurable con cualquier particularidad pero no puede existir separada de ésta. Esta relación paradójica no podía ser franqueada de modo terminante. Ella es la condición de posibilidad misma de la democracia¹⁹ en tanto, “[s]i la democracia es posible, es porque lo universal no tiene ni un cuerpo ni un contenido necesario”, permitiendo que distintos grupos compitan entre sí para “dar a sus particularismos, de modo temporario, una función de representación universal” (Ibíd. 68).

Esta competencia por la que una particularidad dentro de un orden social trasciende su propia naturaleza específica y adquiere un contenido universal, es la hegemonía, única respuesta satisfactoria a la tensión inerradicable pero necesaria entre universalismo y particularismo.

El concepto de hegemonía –retomado del aparato conceptual gramsciano²⁰– menta un tipo de relación política, una forma de construir el vínculo político, expresión de una lucha por crear una nueva realidad, transformando el sentido común y formando nuevos sujetos. *Se erige, por un lado, representando al universal como lugar vacío y, por el otro, a un particular que encarna este lugar; operación a partir de la cual un particular asume la representación universal inconmensurable consigo misma.* Debido a esto, “la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante

¹⁹ A este respecto –la infranqueable y constitutiva tensión entre lo universal y lo particular y su relación necesaria en la política y para la democracia–, Laclau aseguró en su artículo *Minding the gap* (1994; 36-37): I) los significantes vacíos –significantes de la falta de la plenitud ausente– deben que ser constantemente producidos, en tanto la política presupone la competición por hacerse con esos significantes; y que II) una sociedad políticamente administrada, cualquiera que sea la identidad que agentes sociales tenga, serán resultados de precarios y transitorios actos de identificación

²⁰ Para Chantal Mouffe, la introducción gramsciana del concepto de hegemonía supuso, por un lado, una superación positiva a la estrechez que vinculaba la política como una actividad localizada únicamente en la sociedad política, así como también vislumbró que “la política no es simplemente lucha por el poder en el interior de instituciones dadas, o lucha por destruir esas instituciones; es también [cita a Cornelius Castoriadis] ‘lucha por la transformación de la relación de la sociedad con sus instituciones’” (1985; 137)

vacío, transformando su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable” (Ernesto Laclau, 2009; 95).

La hegemonía se constituye en un campo atravesado por el antagonismo, por la experiencia de un límite, que impide el cierre de cualquier objetividad. Es una relación en la que se muestran los límites de toda objetividad; testigo de la imposibilidad de una sutura última, es la experiencia del límite de lo social. La sociedad no puede alcanzar su ansiada totalidad, cerrarse sobre sí misma, y constituirse en una realidad objetiva. En la relación antagónica la presencia de lo Otro indica la imposibilidad de constitución de identidades plenas.

A modo de conclusión, la hegemonía: I) implica desigualdad de poder como característica constitutiva; II) sólo hay hegemonía si la dicotomía universalidad-particular es superada; sólo si esa universalidad puede ser encarnada por una particular, cuyo contenido –políticamente significativo- se ha universalizado; III) requiere la producción de significantes tendencialmente vacíos que, manteniendo inalterado el hiato entre universal-particular, permite a éste último universalizarse o tornarse hegemónico; y IV) para su extensión, precisa de la representación, parte constitutiva de la relación hegemónica. (Laclau, 2004)

2.2.2.2 – Críticas žižekianas entre la fisura de lo particular universalizado y la reactivación de la lucha de clases

El tratamiento que sobre la cuestión universalismo-particularismo elaboró Žižek podría simbolizarse en dos movimientos. En el primero de ellos, el filósofo esloveno partió de las teorizaciones que al respecto elaboró Ernesto Laclau: lo universal como lugar vacío en la que un contenido particular se torna hegemónico. En esta operación, el contenido particular tiñe a lo universal, lo contamina, constituyéndose en el “elemento de fantasía, el soporte o fondo fantasmático de la noción de ideológica universal”²¹ (1998; 138). *La particularidad universalizada se erige como la experiencia sobre la cual se vive esa “falsa” universalidad, soporte sobre el cual ella existe y no puede hacerlo sin ese particular universalizado.*

Estas teorizaciones –aquí el segundo movimiento- debían ser complementadas, afirmó Žižek. Para ello, apeló a la concepción marxista clásica de la falsedad de la universalidad ideológica –privilegio de un interés en particular-, que podía verse en el modo de conceptualizar la escisión entre lo universal y lo particular.

²¹ Ambos conceptos –fondo fantasmático e ideología-, símbolos de su doble veta lacaniana y marxista, tienen un peso específico dentro de la estructura teórica žižekiana. Como sostuvo en *El sublime objeto de la ideología* el nivel fundamental en el que opera la ideología es el de la fantasía, que estructura nuestra realidad social; “una ‘ilusión’ que estructura nuestras relaciones sociales efectivas, reales y por ello encubre un núcleo insoportable, real, imposible” (2009; 76). La función de la ideología es la de ofrecernos la realidad como una huida de ese encuentro con lo Real, núcleo traumático insoportable, imposible de simbolizar pero inerradicable.

En Marx la brecha –que en Laclau estaba entre lo universal vacío y el contenido particular que buscaba llenar ese vacío- se encontraba dentro del contenido particular del universal. En otras palabras, entre lo que el universal “oficialmente” contenía y aquellos presupuestos no reconocidos, que implicaban una serie de exclusiones.

“[T]oda universalidad ideológica necesariamente da origen a un elemento éx-timo particular, a un elemento que –precisamente como producto intrínseco, necesario, del proceso designado por la universalidad- al mismo tiempo la socava: el síntoma es un ejemplo que subvierte al universal que ejemplifica.” (2001; 194)

Esto lo llevó a reparar en la fisura que se erige dentro de la propia formación hegemónica, entre el contenido hegemónico particular de una universalidad ideológica y el síntoma que lo socava. En otras palabras, reparó en el carácter sumamente inestable de cualquier formación ideológica universal, en tanto dentro de sus propias fronteras estaba el germen de su propia imposibilidad o cierre.

Žižek sostendrá que a lo universal –vacío- y a lo particular –que busca representar esa plenitud ausente- debía agregarse un tercer término, lo individual, exceso sintomático que socava el particular universalizado o hegemónico, “testimonio de la brecha que existe entre el universal y lo particular, [además del] hecho que el universal es siempre ‘falso’ en su existencia concreta (hegemonizada por un contenido particular que involucra una serie de exclusiones)” (Ibídem.).

La introducción de este tercer término en la diada universalismo-particularismo, debe vérselo como parte de una crítica global hacia los teóricos de la hegemonía. Según Žižek, ellos no se percataron del carácter fisurado de su particular universalizado/hegemónico, creyendo que el contenido particular que rellenaba la plenitud ausente del universal tornándose hegemónico bastaba por sí mismo para constituir una opción política transformadora.

Este olvido los hizo incurrir en los presupuestos contrarios a los que decían combatir, aquellas políticas de integración de las diferencias que borraba la dimensión política de la sociedad²²; postulados sostenidos por las teorías multiculturalistas. En su crítica a estas teorías, Žižek observó la existencia de clara conexión entre el sistema capitalista y la hegemonía del Gran Capital con la teoría demo-liberal de tolerancia y respeto ad hominem del multiculturalismo.

En un panorama de hegemonía absoluta del capital financiero, donde el *mainstream* académico no solo no ejercía crítica alguna al capitalismo, postulando al

²² “La política posmoderna de la identidad con relación a los estilos de vida particulares (étnicos, sexuales, etc.) se adecua perfectamente a la idea despolitizada de la sociedad, en la cual cada grupo particular ‘se justifica’, tiene un *status* específico (de víctima), es reconocido por medio de la ‘acción afirmativa’ u otras medidas destinadas a asegurar la justicia social” (Žižek, 2001; 226)

capitalismo como *the only game in town*, los teóricos multiculturalistas afirmaban la desaparición de la lucha de clases y su reemplazo por conflictos socio-culturales.

Es desde este horizonte que Žižek lanza su apuesta por la conformación movimiento político policlasista, que trascienda las fronteras nacionales y se constituya en el vehículo que deleve la estrecha conexión –teórica y fáctica- entre capitalismo globalizado, regímenes demo-liberales y populismo de derecha. Una apuesta por la que pretende interpelar a los excluidos del sistema, las particularidades sintomáticas que quedaron al margen de la formación hegemónica, los sin-parte –en versión ranceriana-, los elementos privilegiados que, reactivando la lucha de clases como modo legítimo de discernir las diferencias sociales, se opondrán al capitalismo y a sus formaciones ideológicas dominante, a la par de proponer un sistema alternativo.

Žižek se opone a la visión a una cierta veta posmoderna que ensalza la coexistencia, la tolerancia y el respecto de las diferencias –étnicas, sexuales, raciales, etc.- como modos válidos y seguros de construir la sociedad, debido a que oblitera el carácter antagónico de la política –supeditándolo a formas dialógicas-. *Rescatando la versión laclauiana de la teoría de la hegemonía, en su crítica Žižek observará que la particularidad universalizada o hegemónica presenta una fisura sintomática, lo individual. Es a partir fisura –representada por los excluidos de la formación hegemónica- desde donde el filósofo esloveno lanza su apuesta por un movimiento transnacional anticapitalista que trascienda la aceptación del capitalismo como único modo de desarrollo y se oriente a echar por tierra todo tipo de explotación, económica, sexual, étnica, racial, etc., etc.*

Recapitulando. Para Laclau y Žižek han existido intentos por trascender definitivamente la diada universalismo-particularismo pero no sólo ninguno de ellos fue fructífero, sino que obliteraron la mutua necesidad entre ambas dimensiones. Laclau apuesta al concepto de hegemonía como manera de trascender –parcial e incompletamente- la diada, reconociendo el carácter necesario e inestable de los polos particularismo-universalismo. Y para Žižek similarmente hay que apelar a la hegemonía, pero reparando en los elementos excluidos de la formación hegemónica, que serán los engranajes fundamentales de una apuesta universalista contra el *establishment* económico-político mundial.

Este trabajo se hará eco de la propuesta epistemológica de ambos autores: se reconocerá no sólo la imposibilidad de trascender de forma definitiva ambos polos, sino más aún la utilidad –e infranqueabilidad- que éstos presentan en la constitución de las identidades socio-políticas. Otra forma de significar que lo heterogéneo,

particular y diferente *con-vive* en el interior de lo homogéneo, universal e idéntico como su reflejo curvo.

2.3 – La identidad política y sus tres dimensiones

*Soy el que pese a tan ilustres modos de errar, no ha
descifrado el laberinto singular y plural, arduo y distinto,
del tiempo, que es uno y es de todos. Soy el que es
nadie, el que no fue una espada en la guerra. Soy eco,
olvido, nada.*

Jorge Luís Borges en *Soy*

Pretéritamente se ha definido a la identidad como una forma imaginaria de construir la unidad de un grupo, a partir de la cual adquieren sentido las significaciones individuales y las colectivas. Un tipo de construcción contingente, inacabada, temporalmente abierta, siempre precaria, sujeta a tensiones y antagonismos que implica fronteras de exclusión.

En esta sección se ahondará en las identidades políticas, teóricamente orientada por una perspectiva en particular elaborada por Gerardo Aboy Carlés. En primer lugar, se brindará una definición de las identidades políticas teórica y metodológicamente operativa, que aborde el fenómeno en su complejidad. Y luego, explorando –y ampliando– las dimensiones propuestas por el autor, de manera que sirvan para identificar y analizar: I) los cortes, rupturas o cesuras que el kirchnerismo erigió y los antagonistas con los que polemizó; II) los referentes a los que el kirchnerismo intentó interpelar bajo epíteto de ‘pueblo’; y III) analizar un conjunto representativo de símbolos y liturgias que pertenecen al acervo de memorias del movimiento peronista

2.3.1 – Definiendo las identidades políticas

Se entenderá por identidad política²³ a aquellas prácticas sedimentadas, que configuran sentido y establecen –a partir de un doble mecanismo de diferenciación externa y homogenización interna– solidaridades estables, con capacidad para definir –a través de unidades de nominación– orientaciones gregarias de la acción, en relación a la definición de asuntos públicos. La constitución y transformación de la identidad política se da en el marco de una doble competencia: entre alteridades –que componen el sistema– y tensiones con respecto a la tradición de la propia unidad de referencia.

²³ La definición y sus dimensiones constitutivas –así como también la inspiración que derivó en la investigación de la temática aquí propuesta– está basada en el libro *Las dos fronteras de la democracia argentina* (2001) de Gerardo Aboy Carlés.

Este concepto de identidad debe ser concebido desde una perspectiva de devenir, sólo a partir de la cual los procesos de transformación y/o mutación de una identidad podrán ser advertidos. Esto significa reparar en que toda identidad política tendrá límites inestables y susceptibles de constantes redefiniciones, a través de articulaciones contingentes con una pluralidad de otras identidades y relaciones sociales. Resulta necesario subrayar el papel imprescindible que adquieren la fijación de límites en la constitución de los espacios identitarios, a partir del cual se constituye un espacio solidario y relativamente homogéneo.

De la definición arriba propuesta se desprenderán tres dimensiones analíticas que servirán para el estudio de las identidades políticas. En primero lugar, la alteridad, entendiendo que no puede haber identidades sin alteridad y antagonismo. Luego, la representatividad, proceso de cierre parcial y precario de toda identidad. Y por último, la perspectiva de la tradición, en donde se arguye que toda identidad se configura referenciándose en un pasado y proponiendo la constitución de un futuro deseado.

2.3.2 – Alteridad: hegemonía, antagonismo y efectos de frontera

Tal como se vio a partir de Eduardo Restrepo (2007), la diferencia constituye una dimensión fundamental de toda identidad. *La configuración de las identidades precisa de la edificación de fronteras de exclusión –límites intrínsecos a partir de la cual se definen-, constituyéndose la demarcación de la diferencia como una instancia elemental del proceso de constitución identitario. No puede haber identidad política por fuera de un sistema de diferencias.* Otra forma de decir que “la creación de una identidad implica la exclusión de una alteridad²⁴, [...] un otro que queda fuera del espacio de iguales, del espacio común de amigos, y que define por tanto su composición.” (Laura Suárez González de Araujo, 2008; 139).

La presencia de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras o límites que las separan se presentan como las condiciones que permiten la articulación hegemónica, fenómenos equivalenciales y efectos de fronteras (Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, 2010; 179). Como se vio anteriormente en el apartado relativo a la propuesta laclauniana, la constitución de esos límites es una operación hegemónica, cuyo campo de emergencia se encuentra atravesado por antagonismo²⁵, experiencia de un límite que, mostrando los confines de toda objetividad, impide su cierre. La

²⁴ No obstante, no debe pensarse la alteridad –simple o fundamentalmente- como una amenaza a partir de la cual –solo- se constituye el ‘Nosotros’. Paul Ricoeur en *Si mismo como otro* (2006) reparó no solo en el hecho de que toda colectividad precisa de ‘Otro’ a partir del cual constituirse, sino también en esta alteridad se erige como un fondo –público- ante el cual el ‘Nosotros’ se presenta.

²⁵ Un Žižek aún obnubilado por la teoría propuesta por Mouffe y Laclau, observó al antagonismo como aquel ‘trauma’ original, que resiste a cualquier simbolización y a la integración simbólica, donde [t]odo intento de simbolización-totalización viene después [performativamente] y es un intento de suturar una hendidura original”(2009; 29) , intento condenado al fracaso.

presencia de lo “Otro” indica la imposibilidad de constitución de identidades plenas. Más aún –y retomado del aparato conceptual derridiano- el antagonismo se erige como un “exterior constitutivo”, un “Otro” exterior que funciona doblemente: como fundamento de toda identidad y, a su vez, como imposibilidad de cierre –en-sí-misma- de toda identidad. *En su doble valencia –constitutivo y contingente-, este exterior – frontera o límite de toda identidad- está ligado al interior de la identidad generada, de lo que se colige tanto el carácter relacional como la inevitable contingencia de toda identidad.*²⁶

En tanto las identidades políticas implican fenómenos conjuntos de diferenciación externa –respecto de un “Otro”- y homogeneización interna – conformación de la unidad, propiamente dicha-, procesos en los que intervienen operaciones hegemónicas –en términos laclauianos, articulación de “elementos” en “momentos”-, la cuestión fundamental será definir –y delimitar- aquellos antagonismos centrales que definen límites, que constituyen un sistema de diferencias o de identidades como tal.

2.3.2.1 – Cesuras kirchneristas: “el Proceso” y la década de los noventa

En consonancia con una constante que recorre las identidades políticas argentinas desde el yrigoyenismo hasta el menemismo, el kirchnerismo estableció una cesura que decantó en dos representaciones del pasado reciente. La primera de ellas relativa a un pasado denostado, vinculado a la última dictadura cívico-militar y al régimen político de los años noventa. Y la segunda, un pasado silenciado, referido al periodo de la transición y al legado alfonsinista. Esta ruptura articuló una nueva frontera antagónica, donde el kirchnerismo polemizó con determinados antagonistas, vinculados a estas construcciones del pasado: la corporación militar y judicial; políticos y tecnócratas ligados al pensamiento neoliberal; y los organismos multilaterales de crédito.

2.3.3. – Representatividad: suplementariedad, indecibilidad e ideología política

Hablar de identidad es referirse al proceso de representación; toda presencia es en definitiva una re-presentación, reconoce un orden imaginario de representaciones en donde “la identidad es compuesta como ‘lo representable’, es ‘objetivada’ como preexistente o ‘presentificada’” (Marcos Novaro, 2000; 215).

²⁶ La introducción del “exterior constitutivo” conlleva un cuestionamiento hacia aquellos intentos de esencializar las identidades, así como también “excluye cualquier intento de definir de manera concluyente la identidad o la objetividad” en razón de que ésta depende siempre de una otredad ausente. “La identidad es, efectivamente, el resultado de una multitud de interacciones que tienen lugar dentro de un espacio cuyo contorno no está claramente definido” (Chantal Mouffe, 1999; 21).

El proceso representativo consiste en un juego presencia-ausencia que –en términos derridianos- recibe el nombre lógica del suplemento o suplementariedad. Este concepto alude a la falta inscripta en toda identidad que requiere para ser tal una alteridad. Dicha falta es una incomplitud suscripta en lo representado –como presencia-, que requiere de un suplemento para constituirse como tal. En palabras de Aboy Carlés (2001; 40), Derrida –a través del empleo del suplemento- tuvo el mérito de advertir no solo que la presencia es condición *sine qua non* de la representación, sino también que la representación es la condición indispensable de toda presencia. En otras palabras, *el suplemento se erige como principio esencial de toda lógica representativa y, como correlato, constitutivo de toda identidad*.

Dentro de esta línea, Ernesto Laclau –en su artículo *Poder y representación*- reparó en la imposibilidad –empírica y lógica- de la “representación perfecta”²⁷. En el proceso representativo, el representante inscribe un interés en una realidad por definición compleja y cambiante, diferente a aquella en donde se formuló inicialmente dicho intereses, y, al hacerlo, reconstruye ese interés primario. También el representante transforma la identidad del representando²⁸; “[l]a brecha original en la identidad del presentando” –en donde opera la lógica del suplemento- “abre en dos direcciones un movimiento indecible que es constitutivo e irreductible” (1993; 12-13). Dicho de otro modo, el proceso representativo exhibe una opacidad, una impureza innata, que se constituye como su condición de posibilidad e imposibilidad. *La representación no es otra cosa que el nombre que recibe el juego indecible que organiza la pluralidad de relaciones sociales pero cuyas operaciones no pueden fijarse racionalmente a partir de un mecanismo unívoco*.

Siguiendo a Laclau, pueden dos distinguirse dos movimientos en el proceso representativo: I) el momento instituyente en que se sutura –vía equivalencia- la identificación de las partes, dando origen a la identidad y la subvierte con nuevas identificaciones; y II) el momento de repetición, conservación o sedimentación de la identidad que toma forma. *La representación es la que permite tener presente y en forma la identidad*; otro nombre para aquella característica –repetitiva- de dominio de la presencia sobre lo realmente representado en que reparó –como se vio más arriba- Derrida.

²⁷ Si por “representación perfecta” se entiende aquel proceso por el que alguien está presente en un lugar cuando en realidad se encuentra corporalmente ausente, el proceso representativo será aquel dispositivo por el cual una entidad –el representante- sustituye y encarna a otro, materialmente ausente del lugar de aparición, –el representado-

²⁸ Pierre Bourdieu –*La delegación y el fetichismo político* (1996)-, en su desenmascaramiento hacia el “fetichismo del representante”, reparó en el hecho de que una vez que una identidad es representada, ésta adquiere el estatus de “sujeto político”, con voluntad propia y capacidad de actuar, como también de opinar sobre las acciones de su representante.

A partir del reconocimiento del papel constitutivo de la representación, se llega a la conclusión de que *es imposible pensar la política –y por tanto, la identidad- por fuera de la representación*. Aquí se pueden destacar como elementos centrales los procesos de constitución de un liderazgo, la conformación de una “ideología política”, o bien la relación con ciertos símbolos, como aquellos elementos que dan cohesión a una identidad. Aboy Carlés (2001; 67) reparó en el juego especular que se produce al interior de la identidad, vinculado a la suplementariedad del liderazgo, de una ideología o de ambas, en relación a un campo de lo representado que complementa el espacio específico de las prácticas dadoras de sentido que definen unidades de nominación, las orientaciones gregarias de la acción.

2.3.3.1 – La triple valencia del significante “pueblo” en el primer kirchnerismo

En el discurso kirchnerista, el pueblo adquirirá tres formas. La primera, vinculada a la tradición demo-liberal, donde se buscará reactivar el vínculo –en términos de honestidad, transparencia, gestión, compromiso, etc.- entre representante-representado. La segunda, donde se interpelará a los “perdedores” de las reformas socio-económicas de los años noventa, intentando reavivar la identificación del kirchnerismo con el “pueblo que trabaja”, con el trabajador. Y la tercera estará relacionada a una perspectiva latinoamericanista de tipo gesta, en la que se hará hincapié en la integración y la hermandad latinoamericana.

2.3.4 – Tradición: Invención, memoria colectiva y significantes flotantes

La constitución de una identidad política se produce en referencia a un sistema temporal donde se (re)interpreta el pasado y se (re)construye un futuro deseado, en el cual ambas dimensiones se conjugan para dotar de sentido al presente. El pasado, siempre abierto, puede ser –y lo es- reconstituido en función de un presente y un porvenir anhelado. La historia se escribe para y desde el presente. Si un actor político se sirve del pasado es para dar a los que se dirige explícitamente un conjunto de seguridades y conocimientos, quienes fueron y quienes son hoy. Además, esta re-escritura del pasado –dentro de la disputa que supone todo discurso- es un arma fundamental a la hora de polemizar con los contradestinatarios y también para descalificar –en términos (extra)discursivos- al adversario.

Esta naturaleza abierta –y a la vez contingente- de la re-escritura del pasado, es lo que permite reparar en su carácter “inventado”. Eric Hobsbawm –en su *The Invention of Tradition* (1983)- argumentó que todas las “tradiciones” no solamente son recientes en cuanto a su origen, sino también son productos de una invención. En otras palabras, ese conjunto de prácticas regidas por reglas aceptadas –explícita o

implícitamente- y de naturaleza ritual o simbólica, cuyo objetivo está en inculcar ciertos valores o normas por medio de la repetición –que lógicamente indica continuidad con el pasado- son inventadas.

La tradición está íntimamente relacionada con lo que es la “memoria colectiva” –término acuñado por Maurice Halbwachs-, un conjunto de recuerdos y memorias construidas, compartidas y transmitidas por un colectivo. Aquí también el pasado es reconstruido permanentemente por el grupo, donde la tradición se convierte en el medio a través del cual se organiza la memoria de la colectividad, y que deriva en construcción de “imaginarios sociales”²⁹, como aquel conjunto de representaciones de la realidad, colectivamente inventadas y elaboradas mediante la utilización de un caudal simbólico, cuya función es la organización y el dominio social sobre el plano socio-simbólico.

En razón de que todo grupo re-construye, re-significa y re-trabaja sobre/en su propia memoria colectiva adecuándola a exigencias del presente, y, también, en tanto no hay hechos que hablen por sí solos, éstos se convierten en lo Laclau llamó “significantes flotantes”: aquel conjunto de significantes sometidos al constante “tire-y-afloje” entre pretensiones articuladoras antagónicas, que presentan la particularidad de “ser de todos” sin “ser de nadie”, exclusiva ni permanentemente. Los significantes flotantes expresan la ambigüedad inherente a cualquier frontera de exclusión y que delatan la imposibilidad de que éstas adquieran una estabilidad definitiva. Estos significantes flotantes serán re-articulados conforme al devenir de la identidad, siendo sometidos a la puja por proyectos antagónicos.

2.3.4.1 – Símbolos y liturgia peronista: ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?...

El peronismo presentó una pluralidad de símbolos a partir de los cuales es posible definirlo, o al menos, posibilita decir algo sobre él. Desde la simbología clásica peronista con las figuras de Juan Domingo Perón y Eva Duarte de Perón, pasando por la Marcha, el Escudo, la Doctrina o las Veinte Verdades, hasta celebraciones o liturgias tradicionales del imaginario peronista como la Fiesta del Trabajo, el Día de la Lealtad o el Día del Militante. Incluso es posible reparar en el lugar de las centrales sindicales –y de los trabajadores-, de la mujer, del Ejército, de la Iglesia y hasta de la juventud. Aquí se intentará analizar un conjunto de liturgias y símbolos representativo del acervo de memorias del movimiento peronista discernibles durante la Presidencia de Néstor Kirchner. En primer lugar, se examinarán los alegóricos días festivos del

²⁹ El concepto de imaginario social se lo ha tomado tal y como lo trabaja Bronislaw Baczko en su libro *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas* (2005). Lo expuesto en relación al concepto de imaginario social no agota –ni siquiera alcanza a eclipsar- la riqueza del trabajo de Baczko, sobre todo en lo que hace la íntima relación que existe entre la memoria de un colectivo y sus esperanzas futuras.

peronismo como son el Día del Trabajador, el Día de la Lealtad, el Día de la Militancia y las conmemoraciones relativas a la Primavera Camporista. Y en segundo, se observarán el lugar del Partido Justicialista, de la CGT y CTA en el kirchnerismo.

3. – ENCASTRANDO PIEZAS: LAS DIMENSIONES IDENTITARIAS

Utilizando el aparato-conceptual expuesto en el capítulo anterior, se procederá a analizar la identidad política del kirchnerismo durante la Presidencia de Néstor Kirchner. Este capítulo estará dividido en tres secciones, en la que se estudiarán las dimensiones propuestas anteriormente. En el análisis se utilizarán los discursos presidenciales³⁰ del periodo 2003-2007, notas periodísticas alusivas a la coyuntura en que los hechos tuvieron lugar y también artículos académicos pertinentes.

3.1 – Rupturas, silencios y recomposiciones kirchneristas

*«Gloria de los latinos, por el cual mostró cuánto podía
nuestra lengua, oh prez eterna, del pueblo natal, ¿qué
mérito o qué gracia a mí te muestra? Si de escuchar soy
digno tus palabras, dime si acaso vienes del Infierno. »
«Por los recintos todos de aquel reino doliente, aquí he
llegado -respondió- y, enviado del cielo, con él vengo».”*

Dante Alighieri en La Divina comedia

Tal y como se vio en las secciones anteriores, existe una íntima imbricación entre identidad y diferencia, en tal medida que toda identidad precisa construir fronteras de exclusión o límites intrínsecos con respecto a un “Otro”. No puede existir una identidad política por fuera de un sistema de diferencias; la creación –y el mantenimiento- de una identidad necesita la exclusión de una alteridad que la amenaza pero también la constituye. Esta “Otridad” funciona simultáneamente como fundamento e imposibilidad de cierre de toda identidad, tal como se examinó con Laclau pretéritamente. En tanto este exterior constitutivo está enlazado con el interior de la identidad, se desprende la simultánea característica relacional y contingente de toda construcción identitaria.

En la construcción de estas fronteras de exclusión, el pasado –entendido como un artificio, construcción en la que los protagonistas y los “relatores” lo recortan, interpretan y reconstruyen desde el presente- representa una particularidad constante

³⁰ Los discursos del ex Presidente Kirchner citados pertenecen a **KIRCHER**, Néstor Carlos (2011) *Cuadernos de la militancia N°2: discursos del Presidente Néstor Kirchner 2003-2007 / Cuadernos de la militancia N°3: discursos del Presidente Néstor Kirchner 2003-2007*, Ed. Punto Crítico, Buenos Aires, Argentina

en la historia de las identidades socio-políticas argentinas³¹. El kirchnerismo participó de esta tendencia heredada. Su discurso se caracterizó por proponer una ruptura con el pasado, que comenzó como una inevitable necesidad de cambio, y que paulatinamente se transformó en “una ruptura total, radical y acusatoria hacia personajes, conductas y sucesos del pasado” (Alejandro Raiter, 2013; 102) en los campos político, económico y de los derechos humanos: la corporación militar y judicial, políticos y tecnócratas vinculados al pensamiento neoliberal, los organismos multilaterales de crédito, entre los más representativos.

En este sentido, el kirchnerismo elaboró distintas representaciones del pasado reciente. Dos de ellas son pertinentes a los fines de este trabajo: I) el pasado denostado, asociado a la última dictadura cívico militar y a la década de los noventa, al que se endilga una continuidad política, económica, ideológica y cultural, que desemboca en los estallidos del 2001; y II) el pasado silenciado, referido al periodo de la transición democrática y al legado alfonsinista, al que se critica tanto el carácter –incompleto- que adquirió la democracia, como también su visión en relación a las víctimas de la última dictadura cívico-militar (Ana Soledad Montero, 2012).

En el siguiente apartado se analizarán estas dos representaciones del pasado reciente elaboradas por kirchnerismo, así como también la aparición de éste como un punto de inflexión –ruptura, cambio y denuncia- respecto a esas construcciones pretéritas. Luego se procederá a examinar los antagonistas del discurso kirchnerista: la corporación militar y judicial; políticos y tecnócratas vinculados al pensamiento neoliberal; y los organismos multilaterales de crédito.

3.1.1 – El (objetivo) pasado denostado: el bloque histórico 1976-2003

El discurso kirchnerista intentó imprimirle a su análisis sobre el pasado, comprendido entre la última dictadura cívico-militar y la llegada al gobierno de Néstor Kirchner, una mirada “objetiva” (Ana Soledad Montero, 2012). Dicha objetividad apuntalada en una cierta tradición científica-académica, ligada a la economía y a la historiografía política, donde se estable una ligazón entre la quiebra del sistema constitucional acaecido el 24 de marzo del 1976 –y sus repercusiones sociales, políticas y culturales- y el modelo económico de corte neoliberal que se implantó a partir del año 89, con la primera presidencia de Carlos Menem y que explotó en las asonadas populares de diciembre de 2001.

³¹ Aboy Carlés reparó (2001) en este carácter que tuvieron las formaciones identitarias en la Argentina. Desde el yrigoyenismo hasta el menemismo, pasando por el peronismo y el alfonsinismo, todas las identidades políticas argentinas recurrieron al pasado para la conformación de sus fronteras de exclusión. El kirchnerismo participó de esta misma constante histórico-política.

El poder dictatorial pretendía así que el pueblo se rindiera a su arbitrariedad y su omnipotencia. Se buscaba una sociedad fraccionada, inmóvil, obediente [...] Sólo así podían *imponer un proyecto político y económico que reemplazara al proceso de industrialización sustitutivo de importaciones* por uno nuevo modelo de valorización financiera y ajuste estructural con disminución del rol del Estado, endeudamiento externo con fuga de capitales y, sobre todo, con un disciplinamiento social que permitiera establecer un orden que el sistema democrático no les garantizaba [...] Lamentablemente, *este modelo económico y social* no terminó con la dictadura; *se derramó hasta fines de los años 90*, generando la situación social más aguda que recuerde la historia argentina. (24 de marzo de 2006; destacado propio)

Allí Kirchner contrapuso al “proceso de industrialización sustitutivo de importaciones” –característico del modelo nacional-popular³²–, el “proyecto político económico” de la dictadura cívico-militar, vinculado a la “valorización financiera”, la retracción del Estado, el endeudamiento externo y, *last but not least*, el “disciplinamiento social”, que iba a permitir la implantación de las reformas sin inconvenientes.

Como la investigación histórica ha demostrado, la novedad que presentó la Argentina de mediados de los 70 estuvo dada por la imbricación entre el ideario liberal –de larga y contradictoria historia en el país– y el pensamiento castrense. Debe recordarse que para los liberales –conquistados por las corrientes monetaristas de la Escuela de Chicago– se hacía menester erradicar toda forma de movilización popular, contestación al estado de cosas y a la autoridad, y dar por finalizado el industrialismo ligado al modelo nacional-popular. En este último punto la acción del complejo militar resultaba fundamental: disciplinar al sector trabajo –destruyendo los sindicatos y las estructuras de representación de los obreros en las plantas– y al empresariado –mediante la apertura a la competencia externa–. (Marcelo Cavarozzi, 1997)

Explicitando el hilo conductor entre la dictadura del '76 y la década de los noventa, el ex Presidente señalaba que el modelo económico y social implementado en la última dictadura sobrevivió a la debacle castrense, derramándose y “generando la situación social más aguda que recuerde la historia argentina”, cuyo epílogo fueron las manifestaciones de diciembre de 2001.

[L]a Argentina durante mucho tiempo fue un ejemplo de cohesión social, hasta que *en 1976 vino la larga noche de la dictadura militar complementada con las políticas neoliberales de los años 90* [...] La Argentina llegó a índices desconocidos

³² El modelo nacional-popular refiere al “sistema político propio de una época de industrialización que, buscaba hacer viable el crecimiento hacia adentro, a través de la incorporación política de los sectores populares y el esfuerzo por movilizar las masas de manera ‘organizada’” (Daniilo Martucelli y Maristella Svampa, 1997; 25), canalizando las demandas a través del aparato institucional del Estado.

después haber sido un ejemplo de cohesión social, de leyes laborales de avanzada, de programas y leyes de formación educativas –ustedes saben el recurso humano que tiene la Argentina- que eran realmente un ejemplo. Bastaron unos 30 años de este tipo de políticas para colocarnos casi al límite (9 de noviembre de 2007; destacado propio).

Nuevamente aquí se marcaba la cesura entre la Argentina que “fue un ejemplo de cohesión social” y la que resultó tras “30 años de este tipo de políticas” ligadas a la apertura comercial, al achicamiento del Estado, a las privatizaciones. Explícitamente en el discurso kirchnerista las políticas neoliberales de los años noventa complementaron lo que se había iniciado con la dictadura cívico-militar.

Dos cuestiones pueden desprenderse de lo expuesto. En primer lugar, la íntima conexión entre el Proceso de Reorganización Nacional (PRN) y la década de los noventa que el discurso kirchnerista construye, desdibuja –pero no obtura de ningún modo- la dicotomía alfonsinista dictadura-democracia. Es decir, el significante “dictadura” sigue siendo un *arché* fundamental en su estructura argumentativa, sólo que los “efectos perversos” de la dictadura no terminaron el 10 de diciembre de 1983, con la recuperación de la democracia, sino que se expandieron y aún intensificaron en su faz excluyente, desmovilizante y empobrecedora precisamente a partir de 1989. Según esta visión a la transición democrática acaecida en 1983 no le siguió un modelo económico diferente, sino más bien fue “la misma música pero con distintos intérpretes”. En otras palabras, y aún a riesgo de estirar fatalmente conceptos, puede decirse que *la dicotomía que el kirchnerismo intentó plasmar fue entre una democracia real, con calidad en sus instituciones y con un modelo de desarrollo económico inclusivo –como se verá más adelante- frente a un mera democracia formal, en donde las grandes mayorías populares no fueron otra cosa que carne de cañón de los poderosos intereses internacionales y sus socios locales.*

Y en segundo lugar, el 2001 se erigió como el punto de quiebre de este régimen política y económicamente excluyente. Será concebido como el momento en que la Patria o el “pueblo” –en mayor detalle sé observará como se construye este significante en los discursos kirchneristas- se sublevó contra la corrupción y negligencia de sus políticos, el desempleo y la pobreza del que era víctima. Esta fecha será complementada con la del 25 de mayo de 2003, cuando los anhelos de cambio encontraron –siempre permaneciendo fiel a la retórica kirchnerista- su salvoconducto en la figura de Néstor Kirchner.

La profundización de la crisis [de representatividad] empezó en el '76, inclusive antes, pero se vio patentizada muy fuertemente a partir de la década del '90, que fue muy grave, y terminó de

cristalizarse cuando vino la claudicación de la Alianza (23 de octubre de 2007).

No solo en términos económicos fue trazada esta continuidad 1976-2003. También ella misma se registra en lo que Kirchner identificó como “crisis de representatividad”, que no hizo más que agudizarse en el transcurso del tiempo, desde la dictadura cívico-militar a la administración de la Alianza. *Según el discurso kirchnerista, el proceso de deslegitimación del Estado y el modelo económico ligado al neoliberalismo necesitó la construcción de un “caldo de cultivo” que legitimara las transformaciones que sobre ellos proponían encararse.* Esto también se corresponde con lo analizado más arriba, sobre el disciplinamiento social. Para Kirchner, el PRN echó las bases de este cambio cultural; no sólo rompió con el sistema productivo vigente, a través de la puesta en marcha de un nuevo modelo, sino también aniquiló las formas de representación basadas en la solidaridad y la vida comunitaria, instalando nuevos valores culturales ligados al individualismo y al egoísmo, cuyas máximas pueden encontrarse en el “no te metas” y en “algo habrán hecho”, como argumenta Guido Galafassi (2004).

[E]videntemente las cosas que pasaron en el 76 y durante toda la dictadura militar tampoco estaban separadas, cuando se procedía sobre determinados hermanos y hermanas era precisamente *para consolidar la entrega, la exclusión, el desamparo y la destrucción de la Patria*, no eran persecuciones individuales, era la persecución de *un proyecto colectivo de país, con pluralidad, consenso y democracia* (15 de diciembre de 2006; destacado propio)³³.

En palabras del ex Presidente Kirchner, la larga noche del PRN se cernió sobre “un proyecto colectivo de país, con pluralidad, consenso y democracia”, dónde la persecución a los militantes políticos fue parte de un plan para echar por tierra ese proyecto y “consolidar la entrega, la exclusión, el desamparo y la destrucción” de la Argentina.

Aquí hay una operación discursiva sumamente interesante. En primer lugar, Kirchner asoció el proyecto político de la juventud peronista con uno plural y democrático, que fue quebrado por el garrote de las fuerzas militares, detrás de las que se escondían los “sospechosos de siempre”, enemigos de las causas populares y del peronismo *in toto*. Esta aserción de Kirchner no es del todo descabellada. Debe recordarse que para los militares golpistas la sociedad argentina se encontraba enferma, lo que se urgía producir un cambio de raíz, rápido y letal. La causa de esta enfermedad se remontaba a finales de la década del 30 y principios del 40,

³³ Palabras del presidente Néstor Kirchner al entregar el premio “Azucena Villaflor” a la doctora Sonia Torres [En línea] [Disponible en: www.presidencia.gob.ar/discursosnk/25011-blank-23394102]

propiamente identificada con un tipo de Estado, un modelo económico a fin: el modelo nacional-popular.

Y en segundo lugar, y quizás más importante, es que soterradamente el ex Presidente intentó ofrecer un parangón entre esos hecho pretéritos y la situación política presente; es decir, los mismos que en numerosas oportunidades habían quebrado el orden constitucional y diseñado políticas alejadas de los intereses del pueblo, volvían a rondar. Para el kirchnerismo, esta vez no sé golpeaban las puertas de los cuarteles, sino que se recurría a los organismos multilaterales de crédito y a sus voceros económicos locales, como se verá más adelante.

Quizás lo más novedoso en esta reescritura del pasado que intentó construir el kirchnerismo estuvo dado por la ligazón que buscó trazar entre aquellos delitos penales, vinculados a la violación de los derechos humanos, y aquellos de corte económico, ligados a la desestructuración del industrialismo endógeno del modelo nacional-popular. Para la arquitectura discursiva kirchnerista ninguno de ambos delitos está separado. Si hubo torturas, desapariciones, represión y censura, éstas respondieron a la implantación de un modelo económico diferente al que había primado desde los años 40.

En los discursos de Kirchner los antagonistas no suelen ser explicitados. Se recurrió, en cambio, a frases como “aquel ministro/general/” y un epíteto. Sin embargo –como se muestra en el siguiente extracto perteneciente a una entrevista que mantuvo Kirchner con la periodista Magdalena Ruíz Guiñazú-, el ex Presidente señalaba el nombre de José Alfredo Martínez de Hoz, otrora ministro de Economía del régimen militar entre 1976 y 1981, como el iniciador del modelo económico que continuó “durante la década del 90”, ligado al señorío del pensamiento uniforme y al modelo único.

Pero hay un tema que me desvela que es la construcción de las nuevas expresiones políticas en la Argentina. Me desvela como lo desveló al doctor Alfonsín en su momento [...] Los problemas que tenía en su momento eran algunos de los que tenemos ahora y otros, pero en el marco de la problemática *el mal ya estaba insertado, y había empezado ese modelo que se inició de las manos de Martínez de Hoz y continuó*. Después durante la década del 90 se instauró la idea del modelo único, pensamiento uniforme (24 de mayo de 2007; destacado propio)³⁴.

Este extracto permite reparar en el carácter uniforme que ostensiblemente le endilgaba Kirchner al neoliberalismo. Resulta interesante comparar esta aserción que

³⁴ Reportaje concedido por Néstor Kirchner a periodista Magdalena Ruíz Guiñazú. [En línea] [Disponible en: <http://www.casariosada.gob.ar/discursosnk/25071-blank-17465166>]

realizó del ex Presidente con lo expuesto más arriba, en donde se planteó que el PRN se encargó de liquidar cualquier viso de pluralismo y compromiso político que hubiese en el cuerpo social, a fin de preparar el terreno para la implantación de las reformas neoliberales. Ambos dos –el pensamiento castrense y el ideario neoliberal– simbolizaron para el kirchnerismo dos caras de una misma moneda: la represión de proyectos alternativos en pos de implementar un modelo político y económico único, uniforme y sin alternativas.

Estamos entre *una Argentina que nace y una Argentina que agoniza*. Debemos sepultar definitivamente un modelo político y económico que degradó la calidad institucional, que facilitó el abuso, la corrupción, la concentración excesiva de la riqueza; que tornó ausente u hostil al Estado respecto de la sociedad; que multiplicó la exclusión social; que nos sumió en la pobreza, destruyó la producción y el trabajo, y cerró los caminos hacia la dignidad del hombre. (11 de diciembre de 2003; destacado propio)

Son muy precisas las características que Kirchner asocia con la Argentina del señoreo neoliberal: poca/nula calidad institucional, corrupción, concentración de la riqueza, exclusión social y pobreza. La “Argentina que nace” se constituirá como la contrapartida exacta de ésta. Así se verá en lo que sigue, cuando el ex Presidente interpeló a los grandes perdedores del modelo económico y político anterior a su llegada al gobierno: los ciudadanos desesperanzados y políticamente apáticos, y a los sectores sociales marginados y empobrecidos.

Es un hecho indudable que en la Argentina se llevó a cabo el ajuste estructural –inspirado por el recetario neoliberal en boga– más profundo de toda América Latina y probablemente del mundo” (Mabel Thwaites Rey, 2003; 9). Entre las emblemáticas políticas económicas de inspiración neoliberal pueden nombrarse: I) la *reforma del Estado* (ley 23.696; año 89), con las privatizaciones como uno de los sus objetivos fundamentales, el achicamiento de la administración central, la reestructuración de las relaciones capital-trabajo (con la flexibilización laboral como eje central), los avances des-reguladores y la apertura indiscriminada de la economía al mercado mundial, la privatización del sistema provisional y los cambios en la estructura tributaria; y II) la *Convertibilidad* (ley 23.928; año 91), que al disponer la equivalencia entre un peso y un dólar, implicó la subordinación de la divisa nacional a la estadounidense. Con este mecanismo anti-inflacionario se puso el *corset* fundamental a la autonomía monetaria del Estado, base fundamental de los logros iniciales y los problemas que más adelante se harán visibles.

[L]os principios que fueron sostenidos a rajatabla en la década del 90, que van desde la apertura financiera indiscriminada y la desaparición del Estado a las privatizaciones a cualquier

precio, fueron los que consolidaron un modelo de injusticia, de concentración económica, de quiebra de nuestras economías, profundizando hasta puntos extremos *la injusta distribución del ingreso, la exclusión y la corrupción en nuestras naciones* (13 de enero de 2004; destacado propio)

[T]ras la década del noventa, en que Argentina era exhibida como *alumna destacada del Consenso de Washington*, pues aplicaba a rajatabla los consejos de apertura indiscriminada y renunciaba a los principales instrumentos para defender su producción, culminó incendiándose y quedando en el más grande aislamiento internacional de que se tenga memoria (1 de marzo de 2005)

El kirchnerismo hará suya esta interpretación, no perdiendo el ex Presidente la oportunidad para enumerar los principios rectores que guiaron al neoliberalismo noventista. Por ejemplo, en el primero de estos dos extractos, Kirchner enumeró como características distintivas del modelo económico neoliberal la apertura financiera, la desaparición del Estado ³⁵, las privatizaciones y la ganancia para los grupos económicos concentrados, que redundaron, como el ex Presidente sostuvo, una injusta distribución del ingreso”, en exclusión y la corrupción.

En el segundo de los extractos expuestos puede observarse una característica que más adelante se analizará en detalle: la “complicidad” entre organismos multilaterales y *policy makers* locales. Kirchner señaló como mientras la “Argentina era exhibida como alumna destacada” en términos de aplicación –“a rajatabla”- de políticas de ajuste y austeridad, el país comenzaba el tránsito hacia una de las más entraba en una de las más aguda crisis económica de que se tenga memoria. Aquí es claro el mensaje: mientras los decisores políticos se congraciaban con los capitales concentrados, era el pueblo el que sufría los avatares de la decadencia de sus instituciones, el desempleo, la pobreza y la exclusión. Los organismos multilaterales de crédito serán uno de los principales antagonistas del cuatrienio kirchnerista.

3.1.2 – Recomposiciones: “cambio es el nombre del futuro”

Queremos una Argentina que no se parezca a la Argentina que crearon en 1976 con ese proyecto de aquel ministro de Economía innombrable, y que lamentablemente con otros en el año ‘90 se consolidó, donde decía que lo importante era que la Argentina crezca y creía solamente un poquito, los de arriba (28 de junio de 2006; destacado propio).

³⁵ Es un lugar común asociar las políticas económicas neoliberales de los años noventa con la desaparición del Estado. No obstante, esto no es necesariamente así. Durante el menemismo lo que se vivió fue más bien un achicamiento del Estado, entendido como una transformación de la agenda estatal o “del ‘espacio problemático de una sociedad, el conjunto de cuestiones no resultas que afectan a uno o más de sus sectores –o a la totalidad de los mismos- y que, por lo tanto, constituyen el objeto de la acción del Estado, su dominio funcional” (Oscar Oszlak, 1997; 5).

El extracto anterior simboliza lo que se viene exponiendo respecto de la continuidad histórica entre el proyecto político y el modelo económico de la dictadura, y su consolidación en democracia durante la década de los noventa, que el discurso kirchnerista intentó construir. También se explicita la apuesta kirchnerista, orientada a romper la matriz que identificaba como una constante en la historia reciente del país: “...una Argentina que no se parezca a la Argentina que crearon en 1976... y que lamentablemente con otros en el año 90 se consolidó”.

El proyecto kirchnerista contrapuso a ésta última, una “Argentina que nace”, cuya característica fundamental será ser la sepulturera del modelo económico neoliberal que eclosionó en diciembre de 2001. Luego de la desintegración social y el estupor político de fines de 2001 –y que se extendió hasta postrimerías de las elecciones de 2003-, el kirchnerismo construiría las bases de una “Nueva Argentina”, el 25 de mayo de 2003.

En su narrativa fundacional, el proyecto kirchnerista se presentó como el encargado de rescatar al país de la “larga noche de la dictadura”, del “Infierno” de las reformas neoliberales de los años noventa y la eclosión del 2001. Esta será una inflexión tanto en el ámbito económico como en el político. En el primero de estos, no sólo el kirchnerismo se propuso superar la crisis económica en la que había entrado la Argentina, sino también su intención giró derredor de sustituir el modelo económico neoliberal por otro caracterizado por la inclusión social y por un Estado proactivo, de corte neodesarrollista. Y en el ámbito político, se proyectó restablecer el sistema político-partidario que eclosionó después del 2001, incorporando actores sociales previamente excluidos –organismo de derechos humanos, tendencias piqueteras³⁶ y el movimiento obrero organizado-, como se verá más adelante.

Concluye en la Argentina una forma de hacer política y un modo de cuestionar al Estado. Colapsó el ciclo de anuncios grandilocuentes, grandes planes seguidos de la frustración por la ausencia de resultados y sus consecuencias: la desilusión constante, la desesperanza permanente [...] Sabemos que estamos ante un final de época; atrás quedó el tiempo de los líderes predestinados, los fundamentalistas y los mesiánicos. (25 de mayo de 2003; destacado propio)

Queremos cambios profundos. Queremos poner fin a un modo de gestionar el Estado y a una manera de hacer política. Queremos el cambio, que el cambio no se reduzca a lo

³⁶ En referencia a las principales organizaciones piqueteras, la estrategia del kirchnerismo tendió a disminuir su número sin represión física, mediante la utilización alternativa de planes sociales, la judicialización de la protesta y la incorporación selectiva –como es el caso de la Federación de Trabajadores por la Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV), Barrios de Pie y el Movimiento Evita, y a partir del 2004 la Organización Barrial Túpac Amaru y el Movimiento Territorial de Liberación-. (Sebastián Mauro y Federico Rossi, 2012)

funcional. Buscamos un cambio profundo y conceptual. (16 de junio de 2003; destacado propio)

El final de época que procuró significar al kirchnerismo se propuso alejar al país de las grandes peroratas de los líderes políticos y la desesperanza posterior, cuando la realidad se abatía sobre esos “anuncios grandilocuentes” y “grandes planes”, trocando la euforia inicial en “frustración por la ausencia de resultados”. A su vez, también planeaba finalizar con “un modo de gestionar el Estado” y “hacer política”, ligado a reducción del ámbito funcional del Estado y a la política como Gerencia y Gestión, correlato de una voluntad explícita de que todo *que-hacer político* se convierta en una incumbencia de técnicos y tecnócratas.

Dos cuestiones se desprenden de los extractos expuestos. En primer lugar, una soterrada referencia a los líderes políticos pretéritos que habían prometido “el oro y el moro” –desde los ex Presidentes hasta sus ministros-políticos estrellas-, pero que en su fracaso/imposibilidad/desinterés habían sucumbido a la ciudadanía en la desesperanza y la apatía política; eran los políticos que habían dejado “sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada”, antítesis del *ethos*³⁷ de Kirchner. Y en segundo lugar, se observan los epítetos “fundamentalistas” y “mesiánicos” para calificar a los aquellos políticos y adalides de la Argentina de “final de época”, asociada con el ciclo histórico 1976-2003. Como se verá más adelante, estos mismos calificativos serán empleados para calificar tanto a los portavoces del pensamiento neoliberal como a los militares golpistas de PRN.

En este final de época, la mayor parte de la sociedad ha tomado la bandera del cambio y se dispone a dar la batalla cotidiana de avanzar, sin espectacularidades pero sin descanso, para tomar el futuro en sus propias manos. (3 de marzo de 2006; destacado propio)

Sin embargo, este “final de época” por el que se inclinó “la mayor parte de la sociedad”, debía ser interpretado –como lo aclaró Kirchner- como un paulatino proceso de transformación, “sin espectacularidades pero sin descanso”. Es posible establecer una conexión con lo dicho anteriormente: *esta renuencia de Kirchner recurrir a promesas espectaculares está relacionada con su denuncia hacia aquellos políticos que habían prometido demasiado –sean loas a la democracia, al mercado o a la transparencia republicana- pero que en su fracaso habían trocado las esperanzas iniciales en frustraciones y apatía en la población.*

³⁷ La noción de *ethos* debe ser concebida como la imagen de sí mismo que un orador trata de mostrar hacia el público a fin de atraer la atención de éste. En el *ethos* conviven el *pathos* –estrategias afectivas a través de las cuales el orador trata de seducir a su auditorio- y la *doxa* –valores, creencias y saberes comunes que operan fundamentalmente en esta tarea persuasiva

La medida en las transformaciones a producir que proponía Kirchner se contraponía con lo que fueron las premisas fundamentales de la generación de la que él formó parte, que aspiraba a producir un cambio de envergadura en materia política, económica y social. El ex Presidente proponía lo que Mariano Dagatti (2013; 81-82) denominó “gerundización del cambio”: una manera realista y racional de organizar la temporalidad de las transformaciones, que encontró en el estado de cosas existentes – memoria lesionada, exclusión social, pobreza, desocupación- la oportunidad de plantear una opción gradual de transformación y –al menos en los “papeles”- un proyecto alternativo.

No sólo estamos superando la crisis. *Estamos echando las bases de un nuevo país.* Un país más inclusivo, con más equidad y justicia social. (22 de noviembre de 2004; destacado propio)

[E]l nombre de nuestro futuro es el cambio: Argentina protagoniza una profunda transformación, es *hora del cambio cultural y moral* (1 de marzo de 2007; destacado propio)

El “nuevo país” que precisaba de un “cambio cultural y moral” no debía simplemente circunscribirse al ámbito económico, a la intención construir un país “más inclusivo, con más equidad y justicia social”. La pretensión transformadora se plasmó también en gestos y acciones concretas. Reparar en las gestualidades políticas que fueron construidas alrededor del gobierno de Kirchner –y que sentarán las bases de futuras polémicas en la Presidencia de Cristina Fernández- permite sopesar el carácter de cambio y transformación que Kirchner intentó imprimir a su gobierno. En otras palabras, *sí la dictadura cívico-militar de 1976 y el menemismo fueron concebidos por el kirchnerismo como un bloque histórico del que se desprendían violaciones a los derechos humanos, Poder Judicial adicto al poder político, “relaciones carnales” con los Estados Unidos, concentración de la riqueza, pobreza y exclusión, su contrapartida serán el recambio en la Corte Suprema, la aproximación con los movimientos de derechos humanos y tendencias piqueteras, el rechazo al ALCA y el acercamiento con las “nuevas izquierdas latinoamericanas”, entre otras cuestiones emprendidas por el gobierno kirchnerista.*

3.1.3 – El (disfónico) pasado silenciado: el legado alfonsinista

La edificación del bloque 1976-2003 oscurece –o cuanto menos silencia- el sexenio alfonsinista, correlato de la recuperación de la democracia después del PRN. El discurso kirchnerista operó criticando la concepción democrática del alfonsinismo así como también su mirada respecto a las víctimas de la represión estatal durante la dictadura militar. Estos dos puntos simbolizan –como muy bien lo muestra Sebastián

Barros (2013)- la discrepancia fundamental entre el discurso alfonsinista y el kirchnerista.

Respecto a la primera de estas cuestiones, Kirchner en su discurso de asunción señalaba que:

A comienzos de los 80, se puso el acento en el mantenimiento de las reglas de la democracia y los objetivos planteados no iban más allá del aseguramiento de la subordinación real de las Fuerzas Armadas al poder político (25 de mayo de 2003; destacado propio).

“El mantenimiento de las reglas de la democracia” y “la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder político”, eran los únicos objetivos que se propuso la transición a lo largo de los años ochenta. Para Kirchner el alfonsinismo no fue más allá de asegurar simplemente las reglas procesuales democráticas, subordinando a los mandos militares al poder civil. Este “no ir más allá de” simbolizaba para el ex Presidente una deuda; la democracia no podía ser circunscripta solamente al aseguramiento de las reglas del proceso democrático.

Dos reflexiones se desprenden de esta primera crítica al alfonsinismo. La primera de ellas es conducente con lo expuesto más arriba, respecto a la desilusión que siguió a los grandilocuentes anuncios. Durante la “primavera democrática”, desde el alfonsinismo se esgrimía –con algún grado de *naïveté*– que el régimen democrático aseguraría por sí solo los frutos del bienestar material, la educación y la salud para la población. Como los hechos después concluyeron, por sí sola las reglas democráticas no bastan(ron). Kirchner insertó aquí su crítica; para el ex Presidente la democracia es condición necesaria pero no suficiente.

Y en segundo lugar, en consonancia con esto último, el kirchnerismo participó de la crítica que en su momento la Renovación peronista³⁸ hizo al alfonsinismo: sí bien la reglas democráticas son importantes, éstas no bastan por sí solas para asegurar una sociedad igualitaria y justa. Es aquí donde cobra relevancia la apuesta por el cambio que propone el kirchnerismo: trascender las reglas formales de la democracia, apuntando al núcleo duro del régimen y de los hombres, reconstruyendo “un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan instalar la movilidad social ascendente”, recuperando “la solidaridad y la justicia social”, en vista a una sociedad más justa, como el propio Kirchner sostuvo.

³⁸ Las deudas que mantienen los peronistas de hoy para con los renovadores exceden la simple confrontación entre distintos tipos de democracias. El movimiento renovador fue el intento más serio por institucionalizar el partido peronista, adaptarlo al juego de la democracia representativa, a la par de purgarlo de –sus elementos más autoritarios- sindicalistas. El kirchnerismo como también el menemismo y el duhaldismo son “hijos” de la Renovación.

En la misma tónica, pero desde una perspectiva teórica, el politólogo Javier Zelaznik sostiene que para el imaginario kirchnerista el 2003 marcó el momento de “la transición a una democracia real o democracia con inclusión social” mientras que el gobierno de Alfonsín –como el de Menem y la experiencia de la Alianza- representó una fallida democracia, que mantuvo incólumes los restos de la dictadura cívico-militar: “implementando políticas neoliberales que perjudicaban a los sectores populares, o siendo complacientes con ellas” y “obstaculizando los juicios contra quienes habían violado los derechos humanos”.(2012; 96)

El otro punto en que discrepan alfonsinismo y kirchnerismo está centrado en la calificación de las víctimas de la represión durante la dictadura³⁹. En el marco de una ética de las convicción, el kirchnerismo rescató la memoria y los principios que guiaron a la juventud militante de los años setenta, lo que Montero (2012; 90) denominó el pasado rememorado. En torno a esta cuestión, en los siguientes extractos pueden observarse la toma de posición kirchnerista en torno a los militantes setentistas reprimidos, secuestrados, torturados y asesinados durante los años del Proceso.

Si los argentinos y argentinas durante las cosas que nos sucedieron durante 30 años, pero fundamentalmente de 1975 a 1983, hubiéramos tenido el coraje, la decisión y la valentía de levantar la voz ante las cosas que pasaban hoy seguramente estaríamos hablando de *nuestro valientes, de nuestro héroes* – porque *fueron héroes- que supieron torcer la voluntad autoritaria, la voluntad represiva y genocida de una clase dirigente* que se apoderó del país (16 de diciembre de 2003; destacado propio)

[C]uando los escucho cantar a ustedes, me acuerdo cuando la misma fuerza, y con la mismas ganas *cantábamos con compañeros y compañeras, hace tres décadas* y tanto atrás, por un país mejor, soñando por una Argentina distinta y hoy me toca estar acá, donde nuestros hermanos, muchos de ellos, *héroes anónimos de sus principios y sus conceptos, tuvieron que estar enclaustrados, torturado, golpeados, sometidos a los vejámenes inverosímiles*, que nadie puede creer pero que sucedieron. Estoy seguro que el espíritu de ello, de donde nos miren, estarán pensando “volvimos, estamos, todavía podemos ganar” (20 de noviembre de 2007; destacado propio)

El ex Presidente trazaba la diferencia entre el silencio que aconteció durante la larga noche del Proceso y la “fuerza” y las “ganas” con la que los militantes de los años setenta ponían en canciones sus concepciones de “una Argentina distinta”. Éstos

³⁹ Cecilia Lesgart (2006) destaca como desde algunos organismos de derechos humanos y tendencias político partidarias de izquierda no sólo se establece una línea de continuidad entre dictadura y democracia –sustituyendo la disyuntiva transicional autoritarismo o democracia-, sino se criticó tanto el perfil excesivamente jurídico que adquirió la mirada al pasado represivo en la vuelta a la democracia, como la tentativa de despolitizar a las víctimas de la represión, víctimas inocentes envueltas en una espiral de violencia desde dos bandos contrapuestos –la teoría de los dos demonios-.

“valientes”, “héroes anónimos” perseguidos por “sus principios y sus conceptos” dieron su vida, se sacrificaron, por “torcer la voluntad autoritaria” y represiva de la “clase dirigente que se apoderó del país”.

Nuevamente aquí Kirchner vuelve sobre lo dicho anteriormente: esos militantes perseguidos y torturados habían sido asesinados por sus ideas políticas, por querer construir un país distinto, en el marco de —enlazando con lo expuesto más arriba— “un proyecto colectivo de país” plural y democrático. Rompiendo con la mirada que primó durante los años ochenta y noventa, Kirchner recuperó el imaginario de la lucha política como guerra, la voluntad incorruptible y el sacrificio heroico, identificándolo con los militantes de los setenta. Este cambio de tónica respecto a los militantes setentistas y la represión estatal estuvo simbolizado en dos gestos por parte del ex Presidente Kirchner, que suscitaron no pocas controversias con Raúl Alfonsín: el retiro de los cuadros de Videla y Bignone, y el nuevo prólogo al *Nunca más*.

El retiro de los cuadros de Videla y Bignone, en el marco de la creación del espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos en el espacio de la ex ESMA, representó un simbólico acto cargado de tónica fundacional, en donde Kirchner “como compañero y también Presidente de la Nación Argentina” pidió perdón en nombre del Estado Nacional por haber hecho silencio respecto a los crímenes y vejaciones ocurridas durante la dictadura.

En el año 2006, al cumplirse 30 años del Golpe, el simbólico *Nunca más* fue engalanado con un nuevo prólogo. Emilio Crenzel (2007) señala que el nuevo prólogo presentó importantes diferencias respecto al original, entre las que se pueden nombrar: I) la concepción del pasado como materia de debate constante y el rol fundamental del Estado en este debate; II) la denuncia a la equiparación entre la violencia guerrillera y estatal que primó desde 1983 y que sirvió para justificar el accionar de la dictadura cívico-militar; y III) la conexión entre la represión militar y la implantación de un modelo económico excluyente, más arriba analizado en este trabajo.

El kirchnerismo presentó frente al alfonsinismo dos tipos de críticas, que hablan a las claras de su discrepancia fundamental éste. En primer lugar, su concepción instrumental/procesual de democracia. Y en segundo lugar, la visión alfonsinista respecto a los militantes setentistas torturados y/o asesinados durante el PRN como víctimas inocentes. Frente a esto, el kirchnerismo concibió a la democracia como un régimen que debía apuntar incluir socialmente, no solo a las reglas procesuales. También trocando a las “víctimas” por “héroes”, que dieron la vida por sus ideales.

Recapitulando. En esta sección se procedió a desmontar el bloque histórico 1976-2003 que construyó el kirchnerismo en sus discursos. Para ello se operó de dos maneras. En primer lugar, analizando el trazado que el discurso kirchnerista elaboró entre la última dictadura cívico-militar y el neoliberalismo de los años noventa. Allí se observó la continuidad –según la palabra kirchnerista- que existía entre el modelo económico implementado durante la dictadura y el de los años noventa. Aún más, esta última llevaría hasta el paroxismo las políticas económicas delineadas en el Proceso. El objetivo de desestructurar el modelo nacional-popular industrializador y cohesivo socialmente se concretó a merced de hundir a la Argentina en el desempleo, la pobreza y la indigencia.

Y en segundo lugar echando luz sobre la mirada kirchnerista sobre la transición; con mayor precisión, sobre el alfonsinismo. *Tout court*, las menciones explícitas al alfonsinismo son exiguas, lo que dificulta el rastreo en el magma discursivo del ex presidente durante el periodo 2003-2007. Se intentó aquí rastrear y separar del bloque histórico 1976-2003 la imagen del alfonsinismo en la palabra kirchnerista. No obstante las exiguas referencias a la década del ochenta, puede observarse un hilo conductor: críticas respecto modo de encarar los crímenes perpetrados por la dictadura militar, obturando la dimensión política de la represión – persecución de militantes con ideas políticas y que se “jugaron” por sus ideas-, a la concepción democrática alfonsinista –democracia circunscripta simplemente a las reglas formales, según la mirada kirchnerista- y a su modelo económico, que Kirchner identifica con uno a fin a los grupos económicos concentrados-.

Frente ambas cesuras, el kirchnerismo erigió al 25 de mayo de 2003 como el símbolo de la refundación de la Nueva Argentina –utilizando el slogan peronista-. Kirchner, recurriendo a –y reconstruyendo sin complejidades- la memoria de la generación de los jóvenes militantes de los setenta –transgresores, idealistas, populares y heroicos- estableció una línea demarcatoria con su llegada a la Casa Rosada. El inicio del ciclo kirchnerista fue identificado con el tiempo del cambio, de la transformación, del regreso de un capitalismo nacional, del “país normal”.

3.1.4 – Corporaciones nacionales e internacionales: antagonistas kirchneristas

Relacionado la polémica adversarial expuesta en el discurso kirchnerista⁴⁰ – presentada bajo el ropaje de una ruptura radical y acusatoria-, éste desplegó una

⁴⁰ Vale recordar –junto a Eliseo Verón (1987)- que el campo discursivo de lo político supone enfrentamiento, enemistad y lucha entre enunciadores. La dimensión polémica es inherente a todo discurso político, así también la construcción de un adversario.

particularidad insoslayable a la hora de reparar en la alteridad discursiva: la contradestinación kirchnerista cuando no indeterminada –uso de nominalizaciones, sujetos plurales tácitos o construcciones pasivas cuasi reflejas para nombrar agentes sociales concretos e individualizados- se refiere casi con exclusividad a las corporaciones: ligadas a intereses financieros –políticos, tecnócratas y en ocasiones periodistas económicos-, militares, jurídicas y organismos multilaterales de crédito. (Mariano Dagatti, 2013; 93)

La constante adversarial en el cuatrienio kirchnerista será la contraposición entre las instituciones democráticamente electas –principalmente el Poder Ejecutivo, por Kirchner encarnado- y las corporaciones económicas, militares y jurídicas, a las que se les endilgó no sólo los problemas económicos y políticos por el que el país atravesó en décadas y años anteriores, sino también se las vio como las grandes obstaculizadoras de las transformaciones que el kirchnerismo pretendía implementar en la coyuntura. Frente al poder de las corporaciones, desde el Gobierno Nacional se levantaron las banderas de la calidad institucional y la apuesta por un modelo de desarrollo capitalista endógeno.

3.1.4.1 – El Poder Judicial: la Corte, el Consejo y los juicios por lesa humanidad

Una de las primeras polémicas públicas que sostuvo Kirchner fue con el ex Presidente de la Corte Suprema Julio Nazareno, a raíz de su intención de purgar⁴¹ la tristemente célebre Corte de “mayoría automática” armada por Carlos Menem a comienzos de los años 90, como mecanismo que asegurase una mayoría a fin dentro de ese cuerpo colegiado. Para el kirchnerismo, la depuración de la Corte garantizaría tanto la calidad como la independencia del máximo Tribunal.

Por cadena nacional Kirchner denunciaba que:

En el día de ayer y con asombro hemos escuchado y contemplado *las impropias afirmaciones hechas a la presa por el señor presidente de la Corte Suprema de Justicia, doctor Julio Nazareno (...)* [Lo que queremos] [e]s la puesta en marcha de los mecanismo que permitan cuidar a la Corte Suprema de Justicia, de alguno o algunos de sus miembros; *la triste célebre “mayoría automática”,* que con su accionar afecta seriamente su prestigio y la posibilidad de que contemos con una justicia independiente y digna (5 de junio de 2003; destacado propio)

Las “impropias afirmaciones” de Julio Nazareno fueron: “Ya no hay Corte adicta a nada. Hablar hoy de Corte adicta es un absurdo total. Eso, en el supuesto caso de

⁴¹ El instrumento que utilizó Kirchner fue la sanción del decreto 222/03, por el que se estableció un nuevo mecanismo para la renovación de los jueces, en el que la transparencia y publicidad de procedimientos así como también la pluralidad de enfoques y la diversidad de género constituyeron sus características más sobresalientes.

que hubiera sido adicta, y yo lo niego” y “Si ahora sacan a esta Corte, ¿usted qué se cree, que van a poner aquí a los enemigos? Si me están diciendo que yo fui adicto a Menem, con ese mismo criterio tendrían que decir no saquen a esta Corte adicta porque Menem ya no está. Y no pongan ustedes a nadie a dedo.” (Clarín, 4 de junio de 2003). Cuanto menos llamativas esas declaraciones daban a entender que hubo – “... ya no hay”, “Hablar hoy de...” - una Corte adicta y que Nazareno lo sabía, por no decir que formaba parte del entuerto – “Si ahora sacan a esta Corte, ¿usted qué se cree, que van a poner aquí a los enemigos?”-.

En relación a los cambios en la composición de la Corte Suprema⁴², Roberto Gargarella sostiene que éstos expresaron la etapa más liberal-republicana del gobierno de Néstor Kirchner que, bajo la convicción “de que el respaldo popular es efímero” y de que la estabilidad política no podría cimentarse en dicho volátil consenso, requirió “el apoyo [de] las fuerzas del poder real, que no pueden ser finalmente marginadas del ejercicio del poder político” (2012; 65). Política realmente exitosa que le redundó a Kirchner amplios márgenes de popularidad entre la ciudadanía y convalidó su apuesta por producir un punto de quiebre en la historia política e institucional de la Argentina.

Sin embargo, las polémicas con el poder Judicial no cesaron con la renovación de la Corte Suprema. Con motivo de la reforma del Consejo de la Magistratura – organismo encargado de confeccionar la lista de candidatos a jueces nacionales y federales-, Kirchner se refirió en su mensaje de apertura de las sesiones del Congreso:

[D]ebe advertirse la importancia del dictado y la promulgación de la ley que reforma el Consejo de la Magistratura con ánimo de dotarlo de *transparencia, eficiencia y agilidad* en su gestión ¿O alguno puede creer que el actual Consejo de la Magistratura tuvo estas calidades? (...) Quienes tomamos la decisión con la Corte de garantizar la independencia; quienes nos animamos a terminar con la impunidad que avergonzaban a los argentinos con las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, que han tenido mil justificaciones, ¿vamos a buscar crear una justicia independiente con un Consejo de la Magistratura como este? (...) No resulta ocioso destacar que, sumadas, *la oposición y las corporaciones, mantienen la mayoría absoluta* (...) [C]reemos que *esta Nación, este país, ha estado sometido a la pseudo moral de estas corporaciones* que permanentemente han sido cómplices de los sistemas *que impidieron que llegue la justicia a nuestro pueblo*. (1 de marzo de 2006; destacado propio)

⁴² Entre los años 2003 y 2005 se concretaron los ansiados cambios en la Corte Suprema de Justicia de la Nación. En 2003 Eugenio Zaffaroni fue designado, mientras que en 2004 Carmen María Argibay y Elena Highton de Nolasco se convirtieron en primeras mujeres en formar parte de la Corte. Finalmente en 2005 Antonio Boggiano se sumó a la primera magistratura nacional.

De este extracto se desprenden dos reflexiones. En primer lugar, nuevamente se observa la aparición de justificaciones apoyadas en la calidad institucional –“...con ánimo de dotarlo de transparencia, eficiencia y agilidad”, “¿O alguno puede creer que el actual Consejo de la Magistratura tuvo estas cualidades?”- para introducir cambios en un organismo estatal. La prédica por incrementar la calidad institucional tuvo un lugar destacado en la arquitectura discursiva kirchnerista, sobre todo –como se verá más adelante- a la hora de interpelar a un sector de la población, insatisfecha con la política y con los políticos.

Para el kirchnerismo la poca o nula calidad en las instituciones de la República debía de su razón de ser al régimen anterior, asociado al primado del neoliberalismo, tanto en su faz dictatorial como democrática. Aquí tanto las reformas y ajustes en las políticas macro económicas, como las peroratas y grandes promesas de los políticos de los políticos redundaron –sostuvo el argumento kirchnerista- en un descrédito generalizado hacia las instituciones representativas –políticos, partidos, sindicatos, etc.- y hacia la actividad política, con la consiguiente despolitización generalizada de la ciudadanía.

Y en segundo lugar, el descubrimiento presidencial acerca del accionar de “la oposición y las corporaciones” que, manteniendo “la mayoría absoluta” en el cuerpo colegiado, “impidieron que llegue justicia a nuestro pueblo”. Esta última reflexión por parte de Kirchner ejemplifica sobremanera el trazado que intentó plasmar el ex Presidente: una línea de demarcación entre las corporaciones y sus intereses espurios, soterrados y amenazantes, y las instituciones democráticas encarnadas por Kirchner y su gobierno, las cuales eran las encargadas de defender los intereses populares.

Utilizando una fórmula retórica cara al imaginario político peronista y que tendrá su clímax en el gobierno de Cristina Fernández, *Kirchner planteó la disyuntiva entre instituciones o corporaciones, siendo la primera de éstas donde el kirchnerismo se ubicará como defensor de las causas populares frente a los intereses antipopulares de las corporaciones*; en el caso del Poder Judicial, su reticencia a inclinar la balanza de la justicia hacia el lado del pueblo y los intereses generales.

Y por último está la polémica que surgió con el Poder Judicial respecto al carácter de los indultos y a los juicios por los crímenes lesa humanidad perpetrados durante el PRN. En el marco de la conmemoración de los treinta años del golpe de Estado, Kirchner manifestó su deseo de que “con claridad” la Justicia se expidiese sobre la validez constitucional de los indultos firmado por Carlos Menem⁴³, que

⁴³ Los decretos de indulto fueron sancionados por entre 1989 y 1990. En una primera etapa, éstos alcanzaron a 300 personas con procesos abiertos: 1) todos los altos jefes militares procesados que no

“chocan con la ética republicana” y con la búsqueda de verdad y justicia, declamadas por el Gobierno Nacional. Desde 2004 dos jueces federales –Rodolfo Canicoba Corral y Omar Digerónimo- habían fallado en favor de anular los indultos (Página/12, 27 de marzo de 2006). Sin embargo, el Poder Judicial –y aquí se enmarcó la crítica de Kirchner- se mostraba reticente a manifestarse con claridad respecto a los mismos, lo que impedía el juzgamiento de los máximos responsables e ideólogos de los crímenes de terrorismo de Estado.

Íntimamente relacionado con esto último, se encontraba el pedido de Kirchner respecto a los juicios a los acusados por los crímenes de lesa humanidad. Entre el año 2003 y el 2005 se produjo la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, sancionadas en 1986 y 1987, respectivamente. Punto de inflexión que, junto a la declaración de inconstitucionalidad de los indultos menemistas en 2006, iba a desencadenar los juicios a militares y civiles por crímenes de lesa humanidad. Sin embargo, y más allá de la celeridad con la que los fiscales empezaron a mitad de 2006 la recolección de pruebas y datos para probar las culpas de los acusados, la primera sentencia –25 años de cárcel para Cristino Nicolaidis por secuestro y desaparición- llegaría en diciembre de 2007, nueve días después que Néstor Kirchner pasase la banda y el bastón presidencial a su esposa, Cristina Fernández. En este contexto se encuadra el pedido del ex Presidente para que la “Justicia argentina” acelere los procesos y los juicios.

La disputa con el Poder Judicial –sea por la renovación de la Corte Suprema, la implementación de una reforma en el Consejo de la Magistratura o la aceleración de los juicios por lesa humanidad- simbolizó una de las características que ostentó la identidad kirchnerista: frente al poder y los intereses que real o imaginariamente las corporaciones representaron, el kirchnerismo se presentó como el defensor de los intereses del pueblo encarnado en las instituciones de la democracia representativa.

En otras palabras, la prédica por una mejor, más eficiente e independiente Corte Suprema, un Consejo de la Magistratura con calidad institucional, que seleccione a los mejores jueces, y por el juzgamiento con celeridad y proceso a los partícipes responsables de la última dictadura cívico-militar, deben que entenderse como parte integral de la disputa entre el poder oculto y soterrado de las

fueron beneficiados con las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida; II) acusados de subversión prófugos, muertos o desaparecidos; III) el personal militar involucrado con el alzamiento de Semana Santa de 1987; y IV) los miembros de la Junta Militar condenados por la intentona en Malvinas, Leopoldo Galtieri, Isaac Anaya y Basilio Lami Dozo. Y en la segunda –quizás la más emblemática- corresponde a: I) Jorge Rafael Videla, Emilio Massera, Orlando Agosti, Roberto Viola y Armando Lambruschini –ex miembros de las Juntas-, Juan Ramón Camps y Ovidio Ricchieri –antiguos jefes de policía bonaerense durante el Proceso-; II) Mario Firmenich, ex jefe Montonero; y III) Norma Kennedy, Rafael Brunuolo –funcionarios del último gobierno peronista-, Carlos Suárez Mason –ex jefe del Primer Cuerpo del Ejército- y el inefable José Alfredo Martínez de Hoz –antiguo ministro de Economía durante el Proceso-.

corporaciones -que se negaban a cambiar el estado de cosas realmente existente, y la apuesta kirchnerista por erigirse como un punto de inflexión histórica. Esta apuesta tendrá en la revalorización de las instituciones –más retórica que práctica, sobre todo en los últimos dos años del gobierno de Kirchner- un lugar fundamental.

3.1.4.2 – Los innombrables con nombre propio: militares represores

El discurso kirchnerista respecto del adversario militar, además de politizar y destacar el pasado militante de las víctimas y auto-posicionarse “como la única fuerza política capaz de encarar finalmente la lucha por los derechos humanos en la Argentina democrática” (Mercedes Barros, 2009; 7), presentó la particularidad de *nombrar concretamente a los personajes emblemáticos del terrorismo de Estado acaecido con la última dictadura militar, frente a la reticencia a explicitar individualmente a otros contradestinatarios.*

Señor Videla, porque no merece que lo llame general, hay treinta mil argentinos que fueron desaparecidos de distintas ideas y hay cuarenta millones de argentinos que fuimos agredidos y ofendidos por su pensamiento fundamentalista y mesiánico. (24 de marzo de 2006; destacado propio)

Kirchner en su alocución recordó aquella ocasión en 1977 cuando Videla se refirió –quizás por vez primera- en forma pública y ante periodistas extranjeros sobre el carácter del desaparecido como una incógnita, que no encontraban ni muertos ni vivos. El ex Presidente le contestó –29 años después- a Videla recordándole que “hay treinta mil argentinos que fueron desaparecidos” y “cuarenta millones de argentinos” que padecieron la persecución política de la dictadura.

Dos cuestiones se desprenden del fragmento antes citado. En primer lugar, sí bien Kichner nombró explícitamente a Jorge Rafael Videla, le negó en cambio su rango militar. Esta reticencia debe leérsela en consonancia con la intención explícitamente declarada por Kirchner de retornar a los legados castrenses heredados de Belgrano y San Martín, los cuales se encontraban ausentes en las Fuerzas Armadas que perpetraron el golpe de estado de 1976. *Para el kirchnerismo Videla –así como otros militares golpistas- no simbolizaba la encarnación de las Fuerzas Armadas in toto, sino nada más –ni nada menos- que una de sus tendencias más violentes y antipopulares, que tuvo con la Revolución Libertadora su bautismo de fuego.*

Y en segundo, Kirchner utilizó epítetos como “fundamentalista” y “mesiánico” para catalogar el pensamiento de Videla, calificación que –como se vio más arriba- también le cupo a los portavoces del neoliberalismo. Para el kirchnerismo son dos caras de una misma moneda. De un lado el fundamentalismo mesiánico de los militares acerca de que lo que ellos estaban llevando adelante era una guerra –*sucia-*

por la Patria contra intereses foráneos que pretendían erosionar el suelo patrio con su ideología marxista. Del otro, los representantes de la ideología neoliberal que anhelaban liberar al mercado de sus grilletes políticos y arroparse entre sus seno. *En el imaginario colectivo que buscó crear el kirchnerismo el mesianismo y fundamentalismo de una parte de los cuadros militares encontraba en el pensamiento uniforme de los portavoces neoliberales su complemento ideal; la fuerza y la dicción.*

Desde acá, desde Córdoba, a ese general, que lo voy a nombrar como Presidente de la Nación que soy, señor... No te voy a llamar general porque ni eso mereces. Señor Lucio Benjamin Menéndez: tené en claro que sos un cobarde, tené en claro que los argentinos saben quién sos y que estás escondido en tu casa. *Tendrías que estar en una cárcel común, donde tienen que estar los delincuentes y los asesinos como corresponde (...)* [A] esos que torturaron y mataron allí, como ese mayor Barreiro, que se escapó del país, otro cobarde, *que nos viven amenazando, no les tenemos miedo, no le tenemos miedo*, se los digo permanentemente (24 de marzo de 2007; destacado propio)

Aquí nuevamente se repite la mención explícita de dos represores –Lucio Benjamín Menéndez y Ernesto Barreiro–, a los que se los catalogaba de “cobardes” ya que ambos huyeron y se recluyeron en España y Estados Unidos, pero cuando se declararon nulas las leyes del perdón y se abrieron sus causas, ambos fueron extraditados a la Argentina, entre 2007 y 2008, respectivamente.

Una de las tristes particularidades que presenta esta alocución de Kirchner es el contexto en que se formula. Esta se refiere a la desaparición de Jorge Julio López producida en septiembre de 2006. López fue un testigo clave en la causa por genocidio contra el ex comisario Miguel Etchecolatz. Su desaparición avivó viejos fantasmas⁴⁴; como lo remarca Daniel Miguez, pocos días después de la desaparición del albañil platense “jueces y fiscales con causas sobre la dictadura fueron amenazados, y también hubo intimidaciones a organismos de derechos humanos” (2013; 154).

[S]e ha incurrido en *conductas, acciones y palabras* a las que no sería temerario calificar de rayanas con la *apología del delito al reivindicar el terrorismo de Estado (...)* [C]omo presidente de la Nación Argentina *no tengo miedo ni les tengo miedo*, queremos el Ejército de San Martín, Belgrano, Mosconi y Savio, y no de *aquellos que asesinaron a sus propios*

⁴⁴ Un episodio similar ocurrido a fines de 2006 incrementó el alerta en el Gobierno Nacional y organismos de derechos humanos. Fue el secuestro de Luis Gerez, denunciante del ex subcomisario Luis Patti. Después de haber declarado frente al Congreso Nacional que fue torturado por Patti, Gerez fue secuestrado y apareció golpeado 48 horas después. El episodio sembró más dudas que certezas. Desde algunos sectores se mencionó la posibilidad de que la gran cobertura mediática hubiese servido como un intento del Gobierno Nacional para disimular su inoperancia respecto del caso Julio López.

hermanos, que fue el de Videla, Galtieri, Viola y Bignone. (29 de mayo de 2006; destacado propio)

Las “conductas, acciones y palabras” que Kirchner calificó como “rayanas con la apología del delito al reivindicar el terrorismo de Estado” fueron manifestadas en un acto para recordar a “los muertos por la subversión” en Buenos Aires en Plaza San Martín el 24 de mayo de 2006 (Página/12, 25 de mayo de 2006). El ex Presidente se hizo eco de las manifestaciones de estos grupos y les advirtió: “no tengo miedo ni les tengo miedo”, y les recordó a los mandos militares que el modelo de Ejército al que había que aspirar era –como se dijo más arriba en esta misma sección- el de “San Martín, Belgrano, Mosconi y Savio” y no el de los que “asesinaron a sus propios hermanos” –mencionados explícitamente- Videla, Galtieri, Viola y Bignone.

Frente a la mención implícita que recorre la arquitectura argumental kirchnerista, es con las figuras emblemáticas de la corporación militares, responsable de la última dictadura, que se dan las menciones explícitas: Videla, Menéndez, Barreiro, Galtieri, Viola, Bignone. A estos militares golpistas se los identificó con posicionamientos fundamentalistas –algo que similarmente sucedió con los apóstoles del neoliberalismo- y se les retiró –argumentalmente- el cargo militar. Esto último responde a la apuesta kirchnerista por retornar a los postulados de unas Fuerzas Armadas identificadas con las figuras de Belgrano, San Martín, Mosconi y Savio.

3.1.4.3 – Los sospechosos de siempre: portavoces de viejas recetas

Sí el discurso kirchnerista tiene una virtud insoslayable es la de concatenar las polémicas presentes con las pretéritas, confeccionando una suerte de continuación entre ambas. Dentro de este *continuum*, el adversario neoliberal –políticos, tecnócratas o periodistas económicos vinculados a la *doxa* neoliberal- ocupó un lugar fundamental, no pudiendo estar ausente de la prédica del ex Presidente.

No hay otro país en el mundo que lo haya endeudado así. Y los que lo endeudaron, los que fueron símbolos intelectuales de ese endeudamiento todavía nos quieren decir qué es lo que tenemos que hacer (...) Nosotros los conocemos porque lo vimos, nos dijeron durante toda la década del 90: tengan paciencia, esperen que el vaso va a derramar. Derramó en hambre, en exclusión, en olvidos (11 de marzo de 2004; destacado propio)

Los mismos que desguazaron el estado en función de sus intereses y negocios, los que se favorecieron con la pérdida y el retroceso del poder público, los mismo que se enriquecieron favorecidos por la permisividad de otros tiempos, se quejan por la ausencia del Estado, intentando nuevamente llevar agua para su molino a costa de los demás. El pueblo argentino tiene memoria (1 de marzo de 2005; destacado propio)

En estos dos extractos de repite el mismo esquema. Los que a este país “lo endeudaron”, “símbolos intelectuales” de modelo económico de los años noventa, que “desguazaron el Estado”, que “se favorecieron” y vieron incrementado su patrimonio, son los mismos que no sólo “se quejan” por la política económica del kirchnerismo, sino –más aberrante, en la tónica presidencial- son los que “nos quieren decir qué es lo que hay que hacer”. Tanto las críticas como las soluciones que estos “partidarios del pasado” esgrimían sobre el rumbo de la economía no son más que tretas para “nuevamente llevar agua para su molino”. La “insinceridad” de estos portavoces choca con la voluntad del Gobierno Nacional y del pueblo argentino, que “tiene memoria” y recuerda –como también Kirchner- que la teoría del derrame no devino en derramamiento de riqueza, sino “en hambre, en exclusión, en olvidos”.

Aquí se aprecia lo que se argumentó al comienzo de esta sección: *para el kirchnerismo no hay prácticamente diferencia perceptible entre los apóstoles neoliberales que tuvieron sus días de gloria durante la última dictadura cívico-militar y los años noventa, y los adversarios a los que las políticas redistribucionistas del gobierno kirchnerista se estaban enfrentado; los mismos que polemizaban en la coyuntura con el gobierno de Kirchner eran los que en el bloque histórico 1976-2003 se beneficiaron económica y políticamente*. Sin embargo, esta similitud no es explicitada por los propios portavoces del neoliberalismo, sino que intentan mantenerla velada. *Es función de la palabra de Kirchner desenmascararlos y percatar –así como también recordar- al público que a estos sólo les interesa retornar al anterior estado de cosas*.

[T]ienen que sacar enseñanza *aquellos gurúes del mercado* (...) que fueron parte del problema, que responden –algunos- a lineamientos políticos e ideológicos, que muchas veces no dejan ver, pero *que* trascienden en sus recomendaciones y que nos llevaron o contribuyeron a llevarnos hacia el infierno de dónde venimos. Algunos de ellos tienen su correlato en *la vieja política* y fueron funcionarios de gobiernos que nos endeudaron, otros simplemente *son la voz de los acreedores, cuando no de los fondos* que quisieron hacer negocio especulando con nuestro default. (3 de marzo de 2005; destacado propio)

Aquí los “gurúes del mercado” representaban los intereses o cuanto menos rendían cuentas a “la vieja política”, “a los fondos que quisieron hacer negocio especulando” con el default argentino o son simplemente “la voz de los acreedores”. Nuevamente aparece la función desmitificadora del kirchnerismo, más arriba explicitada: “lo que ustedes creen que es ‘X’ en verdad es ‘Y’, siendo gracias a mí que ahora lo saben”. Este clásico movimiento argumentativo del kirchnerismo posibilitó ver plasmadas en la práctica política kirchnerista experiencias de corte populistas –

entiendo por tales un modo de articular política *issues*, construyendo una frontera interna que divida el espacio social en dos campos antagónicos, el pueblo y los enemigos del pueblo-. Con las salvedades que deben hacerse respecto de tal etiqueta para calificar al kirchnerismo⁴⁵, es indudable que éste presentó en el periodo analizado rasgos de un tipo de articulación populista, visiblemente expuestos en la disyuntiva que Kirchner intentó trazar entre su Gobierno y los intereses de las corporaciones.

Sin embargo, como lo demostró Mariano Dagatti (2013; 95-96), debe destacarse que este tipo de polarización constituye un armada de doble filo, que por un lado reactiva y solidifica identificaciones, pero que también puede erigirse en una amenaza para un régimen democrático-representativo. Sí se viese en las fuerzas opositoras nada más que a delegados o portavoces de intereses políticos y económicos de los grandes operadores del tablero de fuerzas, se corría el riesgo de deslegitimarlas como fuerzas políticas representantes de visiones del mundo y cosmovisiones diferentes. Como una serpiente que se muerde la cola, el kirchnerismo cayó en lo que criticó: con opositores políticos que no son otra cosa que títeres de las corporaciones, no hay pluralismo democrático posible en términos de posibilidades reales de proyectos alternativos al estado de cosas existente; “se está con nosotros o contra nosotros”.

3.1.4.4 – Prestamistas y mal consejeros: organismos multilaterales de crédito

Íntimamente vinculado con el modelo económico de inspiración neoliberal que hizo eclosión en diciembre de 2001, se encuentran las corporaciones internacionales. Generalmente los discursos en los que Kirchner polemizó con estas corporaciones se produjeron en el exterior, Nueva York, centro del capitalismo financiero mundial. Hecho no menor por cuanto –como se dice popularmente- significaba “jugar de visitante”.

Nos hacemos cargo como país de haber adoptado políticas ajenas para llegar a tal punto de endeudamiento, pero reclamamos que *aquellos organismo internacionales* que al imponer esas políticas *contribuyeron, alentaron y favorecieron el crecimiento de esa deuda también asuman su cuota de responsabilidad* (25 de septiembre de 2003; destacado propio)

Cuando todo indicaba que *marchábamos a una profunda crisis*, éramos considerados como *país alumno ejemplar de la aplicación de las recetas de los organismos multilaterales de crédito*. (22 de septiembre de 2004; destacado propio)

⁴⁵ El propio Ernesto Laclau siempre se mantuvo reticente a identificar al kirchnerismo como un tipo de articulación populista hecha y derecha. Para el autor existían restaba la confluencia entre “el momento autónomo de la voluntad de los sectores populares y el momento de la construcción del Estado” (Página/12, 21 de julio de 2013).

Genéricamente aparece en ambos extractos “organismos internacionales” y “organismos multilaterales”, respectivamente; sinónimos de la corporación internacional con la que la palabra kirchnerista buscaba disputar. Resulta interesante observar el contexto en el que se producen ambos discursos: en una Argentina en *default*, el Gobierno Nacional buscaba la cancelación de la deuda con el FMI⁴⁶.

En ambos el tono es instructivo o didáctico. Estos organismos internacionales, que tenían a la Argentina como “alumno ejemplar de la aplicación” de sus recetas económicas, fueron los mismos que “contribuyeron, alentaron y favorecieron el crecimiento” de la deuda externa que el Gobierno Nacional quería –necesitaba– renegociar. Mientras en el primer extracto el ex Presidente pedía explícitamente a esos mismos organismos internacionales que “asuman su cuota de responsabilidad” por haber girado los fondos a sabiendas que en el país “marchábamos a una profunda crisis”, en el segundo ese pedido de *mea culpa* se repite, subrepticamente: en la crisis económica las políticas económicas aconsejadas por los organismos internacionales jugaron un papel fundamental, por ellos estos debían asumir la cuota de responsabilidad que les competía.

Es evidente que *las políticas tradicionales, impulsadas por los organismos multilaterales de crédito, llámese Fondo Monetario, Banco Mundial, fundamentalmente Fondo Monetario Internacional, para nuestra región fueron desastrosas. Todas las políticas de ajuste, las políticas de la convertibilidad, del uno a uno*, la política supuestamente de la ortodoxia financiera generó en la Argentina una explosión social inédita (27 de septiembre de 2007; destacado propio)

Aquí Kirchner concretamente especificó que “la explosión social inédita” que sufrió Argentina fue provocada por “todas las políticas de ajuste, las políticas de la convertibilidad, del uno a uno”, “políticas tradicionales” pregonadas por los organismos multilaterales de crédito. Dentro de estos el Fondo Monetario Internacional ocupaba un lugar fundamental.

Lamentablemente, en ese *proceso de recuperación, expansión y transformación no contamos con la ayuda del FMI, que sí apoyó y financió, hasta semanas antes del colapso, el régimen de convertibilidad* (14 de septiembre de 2005; destacado propio)

[D]ecidimos *cancelar al Fondo Monetario Internacional, porque era imposible llevar la economía con la intervención*

⁴⁶ Los años 2003 y 2004 son fundamentales en la búsqueda del Gobierno Nacional para concretar la salida argentina del *default*. A fines de septiembre de 2003 se lanzó la quita cercana al 75% del valor de la deuda para tenedor de bonos argentinos. Mientras que en junio de 2004 la “propuesta de Buenos Aires” se constituyó el mecanismo a partir del cual el Gobierno Nacional buscó reestructurar la deuda pública, produciéndose el lanzamiento oficial de la –ansiada– operación de canje de la deuda en *default* a mitad de enero de 2005.

de funcionarios burocráticos del Fondo, que no tenían una comprensión real del país. (21 de septiembre de 2006, destacado propio)

Estos dos extractos son aleccionadores. En el primero de ellos puede observarse nuevamente la tónica ya descripta: en la argumentación kirchnerista el FMI “apoyó y financió” al régimen de convertibilidad hasta su colapso, mientras que en todo momento privó al Gobierno Nacional de ayuda en el “proceso de recuperación, expansión y transformación”. Y en el segundo la privación de ayuda se transformó en impedimento. Es decir, el FMI, “con la intervención de funcionarios burocráticos” que “no tenían una comprensión real” de la gravedad de la crisis por la que atravesaba el país, hacía imposible para el Gobierno Nacional llevar adelante políticas económicas autónomas. En otras palabras, *el canje de la deuda significaba no solo salir del default sino, y quizás más importante en el corpus argumentativo kirchnerista, alcanzar la mayoría de edad en términos de proyección, diseño e implementación de políticas económicas autónomas y –lógicamente- de signo contrario a las propuestas por el Fondo.*

Recapitulando. La sección pretérita estuvo abocada al análisis de los contradestinatarios con los que el discurso kirchnerista polemizó. Estos adversarios estuvieron identificados con las corporaciones nacionales –los jueces y el Poder Judicial, los militares acusados de crímenes de lesa humanidad, y políticos y tecnócratas vinculados al pensamiento neoliberal- y las internacionales – genéricamente los organismos multilaterales de crédito, particularmente el Fondo Monetario Internacional-.

La polémica del kirchnerismo con la corporación judicial tuvo alrededor del significativo “calidad institucional” su disputa fundamental. Frente a una Corte Suprema al que se calificó como “adicta”, de un Consejo de la Magistratura cuyo criterio de selección de jueces se consideró sospechoso de “amiguismo” y de la lentitud en el juzgamiento de militares acusados de crímenes de lesa humanidad, el kirchnerismo pretendió erigirse como una inflexión histórica, devolviéndole la credibilidad a la Justicia e inclinando la balanza de ésta para el lado de los sectores más desfavorecidos, víctimas –según la interpretación kirchnerista- de este poder oculto, soterrado y egoísta de las corporaciones.

El adversario militar será uno de los pocos que estuvo individualizado por el kirchnerismo, en donde los militares golpistas fueron señalados con nombre y apellido en los discursos presidenciales. Esto, que a simple vista puede parecer un hecho anecdótico, operó como un dispositivo tendiente a interpelar a un sector de la sociedad que vivió en carne propia –incluso también a aquellos que padecieron- las

consecuencias más deleznable del Proceso, encarnado –emblemáticamente- en las figuras de los altos cuadros militares. También debe hacerse hincapié en que en las menciones a éstos, Kirchner les negó el grado militar, hecho que debe ser asociado no sólo con una especie de bofetada al caro honor que atesoran los cuadros militares, sino también a la apuesta kirchnerista por construir un modelo de FFAA diferente al de los Videla, Galtieri, Bignone y compañía, al que la arquitectura argumental kirchnerista calificaba rayano al mesianismo y fundamentalismo. Frente a estos Kirchner aspiraba a devolver a las FFAA los honores perdidos, recuperando el legado militar heredado por San Martín y Belgrano; “un nuevo Ejército para una Nueva Argentina”, podría decirse.

La particularidad indudable que tiene el discurso kirchnerista –aún hoy- es la de explicar la coyuntura presente apelando a hechos del pasado, como sucede con el adversario neoliberal. Éste no sólo será identificado con el bloque histórico 1976-2003, sino también con los que veladamente se oponían a las transformaciones y cambios que el kirchnerismo buscaba implementar. Más aún, este carácter de “operadores del pasado en el presente” manchaba también a las restantes fuerzas políticas, opositoras legítimas al kirchnerismo, en razón de su carácter democráticamente electas. Para la retórica kirchnerista estos políticos opositores no eran otra cosa que personeros de intereses ligados al neoliberalismo, lo que mermaba su carácter representativo frente a la representación popular y auténtica que ofrecía el kirchnerismo.

Por último, las corporaciones internacionales –organismos multilaterales de crédito- tuvieron –aseguraba el kirchnerismo- grandes responsabilidades en la implementación del modelo neoliberal y en la crisis económica en el que éste derivó a principios del presente siglo. Aún más, estos organismos internacionales seguían pretendiendo inmiscuirse en la política argentina, no sólo mediante sus personeros –tecnócratas y periodistas económicos- sino principalmente a partir del “apriete” con la cuestión de la deuda argentina y el *default*. Por ello Kirchner veía en la superación de suspensión del pago de la deuda un mojón indispensable para llevar adelante políticas económicas de carácter autónomo.

Estas corporaciones fueron identificadas como los artífices del caos económico, político y social en que devino la Argentina entre 2001 y 2002, así como también como las grandes “operadoras del presente”, “poderes fácticos” que se oponían a los cambios que el kirchnerismo buscaba introducir. En su discurso, éste buscó polemizar con estas corporaciones y develar al público las veladas intenciones de éstas. Trazando una línea demarcatoria entre las corporaciones y el pueblo, el kirchnerismo se posicionó de parte de éste último, asumiendo la defensa de sus intereses. Frente a las corporaciones el kirchnerismo colocó la revalorización de las

instituciones *grosso modo*. El –exitoso- slogan kirchnerista “Patria o corporaciones” tuvo aquí su génesis.

3.2 - Aquel(los) pueblo(s) kirchnerista(s)

*El pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua
con mensajes de naufragio. El pueblo es una gran
memoria colectiva que recuerda todo lo que parece
muerto en el olvido. Hay que buscar esas botellas y
refrescar esa memoria.*

Leopoldo Marechal en Megafón o la guerra

Tal y como se expuso en la segunda parte de este trabajo, hablar de identidad es referirse a un proceso de representación; re-presentación de una presencia, que – en razón de su incompletion inherente- necesita –como se vio a partir de Derrida- un suplemento para constituirse. Este suplemento funciona como dispositivo a partir del cual la indecibilidad estructural y la incompletion intrínseca de una presencia logran presentarse, tal como fue expuesto por Ernesto Laclau.

El proceso representativo es el juego indecible que organiza la pluralidad de relaciones sociales, que transita de una suturación equivalencial –contingente y precaria-, que da origen a identidades y las subvierte con nuevas identificaciones, y un momento de sedimentación de la identidad conformada previamente. Es debido al – opaco e impuro- proceso de representación que resulta imposible pensar la política –y por tanto, la identidad- por fuera de la representación. Aquí cobran importancia aquellos elementos que dan cohesión a una identidad y permiten su presencia, dentro de los que se destaca el significante “pueblo”.

Como Ernesto Laclau indicó en su *La razón populista*, se debe ver a la construcción del “pueblo” como la operación a través del cual se busca darle un nombre a un conjunto que vivencia –debido a la frustración de sus reivindicaciones sociales- la experiencia de una falta, una grieta en la continuidad armoniosa de lo social, vinculada a demandas no satisfechas. Hay una plenitud de la comunidad que está ausente⁴⁷. El “pueblo” es una relación entre agentes sociales, que configura “una forma de construir la unidad del grupo” (2009; 97) en tanto intento de dar nombre a esa plenitud ausente.

⁴⁷ Esta es la experiencia de una fractura en la totalidad armoniosa de lo social, a partir del cual se vivencia el antagonismo, los efectos de frontera y la construcción del ‘pueblo’: de un lado demandas sociales insatisfechas y del otro un poder sordo a ellas. La *plebs* (una parte, una parcialidad) –lesionada debido al silencio del poder frente a su reivindicaciones- se percibe a sí misma como el *populus* (el todo, la totalidad):” como plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como ser deficiente, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad; la brecha entre ellos es insalvable” (Laclau, 2009; 113)

En el discurso kirchnerista, el pueblo reconoce tres significados⁴⁸ (Mariano Dagatti, 2013), que funcionarán como contraposiciones a la categoría –más arriba analizada- de corporaciones.

El primero de los significados de pueblo estuvo relacionado con la equiparación del *populus* a la ciudadanía, víctimas del desapego y la desazón hacia la política, que anhelaban la normalización del país. Este pueblo tendrá en el Poder Judicial y en los militares golpistas –examinados anteriormente- a su contrapartida exacta: frente a la corrupción y la impunidad de jueces y militares acusados de crímenes de lesa humanidad, el kirchnerismo prometía –bajo el término “calidad institucional” gobernabilidad, gestión transparente, restablecimiento de la confianza en las instituciones y en la política; un “país normal” que incursionase en reformas institucionales a fin de garantizar transparencia, “lucha contra la corrupción y la impunidad”.

En el segundo significado, se equiparó el pueblo a la *plebs*, esa parte que formó parte el basamento fundamental de la tónica peronista –los trabajadores- pero que con la reformas neoliberales se transformaron en desempleados o –en el mejor de los casos- subempleados, cayendo en la pobreza y la exclusión. Como cabría esperar de lo expuesto anteriormente, la antítesis a éstos fueron aquellos que el kirchnerismo identificó como portavoces del neoliberalismo –políticos, tecnócratas y periodistas económicos al pensamiento neoliberal-. Frente a ellos, el discurso kirchnerista propuso “sustentabilidad económica”, la construcción de un “capitalismo nacional” que se inclinase hacia un “desarrollo inclusivo”, la erradicación de la pobreza, la exclusión y el desempleo.

Y por último, un significado épico relativo al latinamericanismo. Éste simbolizó el polo opuesto de las corporaciones internacionales, principalmente identificadas con los organismos multilaterales de crédito. Frente a las “relaciones carnales” con los Estados Unidos, la dependencia de los organismo multilaterales de crédito y la imposibilidad de llevar adelante políticas económicas autónomas, el aislamiento y la desestimación del encuentro latinoamericanista, el kirchnerismo sostuvo un discurso donde la cooperación, la solidaridad, la integración y el regionalismo formaron su fundamento básico.

En esta sección se procederá a analizar cada uno de estos tres significados de pueblo que pueden encontrarse en los discursos de Kirchner. Este análisis permitirá discernir las diferentes interpelaciones que la palabra del ex Presidente realizó en sus

⁴⁸ Similarmente Javier Zelaznik (2012; 96-97) señala la autoidentificación que opera en la narrativa kirchnerista entre éste y el “pueblo”, como expresión del movimiento nacional-popular. Entre sus referentes cabría mencionar sectores de clase media y trabajadores, organizaciones piqueteras, organismos de derechos humanos, organizaciones políticas progresistas, entre otros.

discursos: hacia los ciudadanos, los “perdedores” de la década de los noventa y los latinoamericanos.

3.2.1– La ciudadanía y la calidad institucional

Un régimen político encuentra en la confianza de su ciudadanía su principio de legitimidad. Cuando esta confianza se quiebra, se asiste a la puesta en cuestión del lazo representativo y de la relación gobernantes-gobernados. Esto fue lo que sucedió con la crisis y las manifestaciones populares-ciudadanas de 2001. Muy bien lo explica Hugo Quiroga (2010), con la crisis se asistió a un doble fenómeno. Por un lado, la pérdida de legitimidad en la política y en las instituciones, a raíz de la cual los ciudadanos ya no se sentían más convocados y representados por los políticos, no viendo en la política nada más que una actividad en la cual los actores intervinientes privilegian sus intereses privados en desmedro de lo público. Y por el otro, la desinstitucionalización de la política, intento de retirarla de sus canales formales en favor asambleas populares y participación directa.

A raíz de este doble fenómeno, debe verse que la tarea fundamental que se adjudicó el gobierno de Kirchner fue la de *relegitimar y reinstitucionalizar la política; renovar la confianza de los ciudadanos para con los políticos y las instituciones de la democracia representativa, así como también devolverles a las instituciones formales de ésta –Congreso, votos, urnas, partidos políticos- el monopolio de la representación política.*

Hay que *reconciliar a la política, a las instituciones y al Gobierno con la sociedad (...)* Cambio responsable, calidad institucional, *fortalecimiento del rol de las instituciones* con apego a la Constitución y a la ley y fuerte *lucha contra la impunidad y la corrupción* [D]ebemos asegurar la existencia de *un país normal, sin sobresaltos* (25 de marzo de 2003, destacado propio)

El mensaje de asunción de Néstor Kirchner avaló lo que se dijo respecto a las tareas que debía asumir el nuevo gobierno en el *climax* de la crisis de 2001-2002. Por un lado “reconciliar a la política a las instituciones y al Gobierno con la sociedad” y también fortalecer “el rol de las instituciones”, lo que se traducía en luchar contra “la impunidad y la corrupción”; significantes asociados al primado de las corporaciones locales –jueces y militares golpistas-.

Es por ello que acontecimientos como la renovación de la Corte Suprema, la reforma del Consejo de la Magistratura, la derogación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y los indultos, el inicio de los juicios contra los militares acusados de delitos de lesa humanidad, así como también los comicios de 2005 y 2007 deben ser leídos no sólo como el cumplimiento de la promesa de normalizar a la Argentina –

haciendo de ésta “un país normal”, previsible y “sin sobresaltos”, como pregonó el discurso kirchnerista-, sino más aún como acciones concretas y opuestas que polemizaron con los antagonistas, jueces y militas.

En un *país normal*, como el que queremos construir con la *participación de todos (...)* debemos encontrar el modo para que, *unidos en la diversidad*, se pueda hacer rendir el *pluralismo en beneficio del común* (11 de diciembre de 2003; destacado propio)

Sabemos que *estamos discutiendo intereses económicos y sabemos de qué lado estamos*. Esta vez, *el pueblo argentino tendrá en el gobierno el primer defensor de sus intereses*. (1 de marzo de 2005; destacado propio)

El “país normal” que buscaba construir Kirchner precisaba de la “participación de todos”, que bajo una “unión en la diversidad”, puedan hacer valer el universo de las ‘verdades relativas’ y exprimir al máximo el pluralismo en la búsqueda de bien común. Resulta interesante pensar esto último recordando la crítica kirchnerista analizada más arriba, por un lado, al pensamiento único y la uniformidad asociados a la *doxa* neoliberal, y por el otro, al fundamentalismo y mesianismo de los cuadros militares responsables del PRN.

Frente a éstos, el kirchnerismo trazó una frontera. Se posicionó no sólo como el apóstol de la reunión de los argentinos en la diferencia y el pluralismo, sino más aún en el defensor del bien común; se autopercibió como el “primer defensor” de los intereses del pueblo frente a los de las corporaciones que, en el “cambio época” que aspira concretar el kirchnerismo, se sentían amenazados.

Ambos párrafos dan una idea acerca de la concepción democrática del primer kirchnerismo. Las palabras claves “unidos en la diversidad”, “pluralismo”, discusión y defensa de intereses, arrojan indicios sobre una cierta concepción pluralista-agonista de la democracia: un régimen donde la política pretendía crear unidad, en un contexto plural, conflictivo y diverso. (Chantal Mouffe, 2003)

[D]esde el 25 de mayo de 2003 ha sido *nuestro propósito* trabajar decididamente en *el mejoramiento de la calidad institucional de la República (...)* [L]a calidad de las instituciones debe medirse en función de las *capacidades que tengan para representar la voluntad popular y construir un Estado de Derecho* (1 de marzo de 2006; destacado propio)

Es central que incrementemos drásticamente la calidad de nuestras instituciones, de modo que el *ciudadano vea concretamente fortalecidos sus derechos (...)* A eso debe apuntar el incremento de la calidad institucional: *cada vez mejores instituciones, cada vez más derechos ciudadanos*. (11 de diciembre de 2003; destacado propio)

Aquí nuevamente expuso el ex Presidente que desde el comienzo de su gestión en 2003 el objetivo fundamental del Gobierno Nacional fue el mejoramiento de la “calidad institucional”, lo que se debía interpretar como una apuesta por “cada vez mejores instituciones, cada vez más derechos ciudadanos”.

Existía en la palabra de Kirchner –como puede apreciarse- una íntima conexión entre calidad institucional y derechos. Éstos no debían pensarse simplemente en términos legalistas. Nada de ello. Recurriendo a la célebre explicación marshalliana⁴⁹, el fortalecimiento de los derechos debía involucrar: I) el sostenimiento de los derechos civiles –libertades de movimiento, de expresión, de culto, derecho a la propiedad y a la justicia-; II) y de los derechos políticos –sufragio y elegibilidad para cargos públicos-; III) así como también el aseguramiento de los derechos sociales –salario mínimo acorde a las necesidades básicas, jornada de trabajo de 8, derecho a la salud y a la educación-. Para el kirchnerismo la concreción de estos derechos hablaría de una ciudadanía plena.

La tarea fundamental en la que se encaramó el kirchnerismo fue la de relegitimizar la política, y devolverles a los ciudadanos la confianza en ella y en los políticos. En esta tarea, el discurso kirchnerista polemizó contra las corporaciones judicial y militar, no viendo en ellas otra cosa que corrupción e impunidad. En relación a estos dos tópicos deben entenderse la apuesta kirchnerista por dotar de calidad a las instituciones, y devolverles a éstas su rol primordial en una sociedad plural y democrática. En esta primera acepción de pueblo que realizó el kirchnerismo, las nociones de instituciones y derechos ciudadanos van de la mano.

3.2.2– Los “perdedores” del modelo neoliberal y el capitalismo nacional

Es un hecho inobjetable que la implementación políticas económicas de corte neoliberal en los años del PRN y luego durante el gobierno de Menem, constituyeron las bases sobre las que se desmontó el modelo nacional-popular. El kirchnerismo se hizo carne con esta interpretación y, apelando a un bagaje histórico-político y económico –examinado más arriba-, pretendió demostrar cómo, en el proceso de desestructuración de modelo nacional-popular, los otrora beneficiarios de éste –trabajadores y “pobres”- se convirtieron en los grandes perdedores del modelo neoliberal; de un modelo mercado-internista que los integró –mediante derechos

⁴⁹ A riesgo de prevenir malinterpretaciones, debe aclararse que la referencia a la triple dimensión de los derechos que envuelve la ciudadanía plena propuesta por Marshall tiene una función simplemente didáctica, tendiente a facilitar las reflexiones acerca concepto de ciudadanía que Kirchner estaba mentando en sus discursos. El autor de este trabajo es consciente de que las etapas del desarrollo de la ciudadanía propuestas por Marshall no se dieron de ese modo en América Latina ni en Argentina.

laborales y políticas sociales compensatorias-, se vieron “atrapados” en uno que se desembarazó de sus antiguas ocupaciones, desestimando su incorporación, lo que redundó –según el argumento el kirchnerismo- en un incremento de la pobreza, la desigualdad, haciendo de la exclusión social un drama prácticamente sin solución en la Argentina moderna.

En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de *reconstruir un capitalismo nacional* que genere las alternativas que permitan *reinstalar la movilidad social ascendente* (...) [E]s preciso promover políticas activas que permitan el *desarrollo y el crecimiento económico del país*, la generación de *nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso*. (25 de marzo de 2003, destacado propio)

El ex Presidente apostaba por la construcción de un “capitalismo nacional” cuyos basamentos fundamentales fuesen el desarrollo de “nuevos puestos de trabajo” y una más equitativa “distribución del ingreso”. Desde el kirchnerismo se proponía recurrir al “desarrollo y al crecimiento económico del país”, apostando a la generación de puestos de trabajo. Aquí la palabra kirchnerista volvía a trazar una diferencia con respecto a la década de los noventa: cuando durante el menemismo se hablaba de crecimiento y desarrollo, éstos solo le cabían a una parte pequeñísima de la sociedad, reservando para la mayoría desempleo, pobreza y exclusión.

Estos tres componentes redundaron en las jornadas de diciembre de 2001 y también las movilizaciones a lo largo de 2002. Frente al diagnóstico de una sociedad desintegrada, atravesada por conflictos sociales, donde la pobreza y el desempleo constituían los flagelos diarios para toda la población, Kirchner –en su primera alocución- proponía “reinstalar la movilidad social ascendente”. Hay que recordar que la movilidad social ascendente constituyó –como muy bien lo han subrayado Danilo Martuccelli y Maristella Svampa (1997)- uno de los rasgos principales de la sociedad argentina, prácticamente desde su génesis; simbolizó no sólo un elemento constitutivo del lazo social, sino también un componente fundamental de la identidad de los sectores medios, a través del imaginario de una sociedad integrada.

Esta recuperación que realizó el kirchnerismo del concepto de la movilidad social ascendente –y del imaginario inscripto en él- encarnó una de las primeras referencias –implícitas- al imaginario social peronista. Entiéndase bien esto. Posteriormente a la Revolución Libertadora y la “salida anticipada” del General Perón, las sucesivas crisis económicas, la persecución política y la defenestración de la cultura popular peronista, generaron un efecto inverso al esperado por los Altos Mandos Militares: se intensificó la identificación con el peronismo, no sólo en los sectores pobres y marginados, sino también en los sectores medios, antes renuentes a aceptar

al peronismo. Frente a la coyuntura política, social y económica de los años sesenta y setenta, las “conquistas” de la década peronista 45-55 fueron utilizadas para las disputas políticas del presente.

Una de éstas aseguraba que en la Argentina peronista existió –como nunca antes- una verdadera movilidad ascendente, en dónde el hijo del obrero podía asistir a la Universidad y convertirse en profesional. Kirchner participó de este imaginario; su pretensión de construir un capitalismo que contemplase la creación de empleo y la redistribución de la riqueza, y también reinstalase la movilidad social ascendente en la Argentina pos crisis de 2001, simbolizó retomar cierto bagaje heredado del imaginario social peronista.

Queremos construir *un capitalismo serio* (...) con reglas claras y explícitas donde los organismos de control cumplan su rol. Capitalismo serio *que cuente con un Estado inteligente* que pueda estar presente para corregir los males que el mercado por sí no repara. *Capitalismo donde se valore la inclusión social.* (22 de septiembre de 2004; destacado propio)

Frente a lo que sería un capitalismo que privilegió a los sectores concentrados de la economía y estuvo orientado a la valorización financiera –asociado, según la construcción argumental kirchnerista, a la década de los noventa- el capitalismo imaginado por Kirchner debía tener “reglas claras y explícitas”, “organismos de control” que regulasen el desenvolvimiento del mercado, así como también un “Estado inteligente” que funcionase como compensador social frente al mercado, incluyendo socialmente a los sectores que eran dejados a la vera de camino por éste.

Frente al descrédito del que fue víctima el Estado durante el PRN y en los albores de la década del 90, en el ciclo kirchnerista éste tuvo un papel fundamental, teórica y prácticamente. *Se convirtió en un pilar de importantes tópicos dentro del andamiaje argumental kirchnerismo. Por un lado, en los derechos humanos, el Estado se convirtió en el garante de la lucha contra la impunidad y la corrupción. Y por el otro, en el plano económico, el Estado fue uno de los dinamizadores principales de las actividades económicas –invirtiendo en salud, educaciones, obra pública-, y convirtiendo al “mercado interno” en el eje fundamental del ciclo virtuoso del consumo.*

[La] *governabilidad democrática* está definitivamente *vinculada con viabilidad económica e inclusión social* (...) En *ningún país* ningún programa *puede convivir mucho tiempo con altas tasas de pobreza, desempleo e informalidad.* (13 de enero de 2004; destacado propio)

Aquí puede percibirse la íntima conexión que existía para Kirchner entre un régimen democrático y un modelo económico viable e inclusivo socialmente. Más arriba se vio como el ex Presidente criticaba el voluntarismo democrático que guió al

alfonsinismo, en donde las reglas democráticas bastaban por sí mismas. Kirchner era consciente de que la estabilidad de un gobierno dependía del correcto desempeño económico que tuviese su programa político, como el alfonsinismo y el gobierno de Menem mostraron. Kirchner sabía que habiendo llegado con un magro 22 por ciento de votos a la Primera Magistratura, el desempeño que mostrase la economía en la disminución de la desocupación y la pobreza, resultaba fundamental para la estabilidad de su gobierno.

Sabemos que en la base de los cambios que estamos viviendo, está la voluntad de protagonismo del pueblo argentino (...) La mayoría de los ciudadanos se siente parte de este proyecto nacional de crecimiento sustentable, producción, trabajo e inclusión social (22 de noviembre de 2005; destacado propio)

Las elecciones legislativas de 2005 significaron algo más que la tan ansiada mayoría kirchnerista en el Congreso Nacional para el bienio 2006-2007 –con la consiguiente quiebra entre sectores duhaldistas y kirchneristas-. Fue también percibido desde elenco kirchnerista como un voto de confianza hacia el desempeño del Gobierno Nacional. Kirchner lo decía explícitamente: “la mayoría de los ciudadanos se sienten parte de este proyecto nacional”. Para el ex Presidente la voluntad de cambio del pueblo estaba en la bases de las transformaciones que estaba llevando adelante el Gobierno Nacional, “un proyecto nacional de crecimiento sustentable, producción, trabajo e inclusión social”.

En su apuesta por desarrollar un modelo económico diferente al que primó durante los años noventa, que tuviese en la creación de empleo y en la redistribución de la riqueza sus pilares fundamentales, el kirchnerismo buscó interpelar a los que fueron los “perdedores” de las transformaciones neoliberales: trabajadores y pobres. Recuperando las nociones de movilidad social ascendente y de Estado promotor –con un fuerte mercado interno y políticas sociales compensatorias-, desde el discurso kirchnerista se buscó integrar a estos excluidos en un proyecto político con un modelo económico diferente al que había primado en décadas anteriores. En esta interpelación, la polémica se dio con aquellos sectores corporativos que eran identificados por el kirchnerismo como portavoces de ideas neoliberales y que en la coyuntura, tanto como en el pasado, volvían a querer imponer sus visiones del mundo al Gobierno Nacional.

3.2.3– Latinoamericanistas, ¡A por la integración!

Entre finales del siglo XX y principios del siguiente comenzaron a surgir en América Latina gobiernos de tendencias centro-izquierdistas, que se erigieron como una quiebre con respecto al ciclo de políticas que habían imperado en las décadas

anteriores, principalmente asociada a la hegemonía estadounidense y del pensamiento neoliberal.

Asociado a esto, reemergió una retórica latinoamericanista, amparada en la hermandad entre los pueblos latinoamericanos, la cooperación e integración entre países de la región sudamericana. Fue recuperada de los baúles de la historia la existencia de una identidad latinoamericanista; un bagaje cultural, estético, valorativo, sensitivo y ético común entre los latinoamericanos, alrededor del cual se tejió un imaginario colectivo que leía las historias parciales de los países como una común, con un mismo destino y *telos*, que los diferenciaba del resto de Occidente –Estados Unidos y Europa-.

Bajo ningún punto de vista esta es una creación *ex nihilo*. Esta prédica tiene una larga historia en el pensamiento latinoamericano, desde Bolívar hasta el neocolonialismo de Gunter Frank, pasando por Martí, Rodó y Vasconcelos, a finales del siglo XIX y principios del XX. Kirchner, como miembro de una generación que tuvo su bautismo de fuego político durante las acaloradas décadas de los sesenta y setenta, participó de este imaginario. Es así como germinalmente puede percibirse en sus discursos una apelación a esta identidad latinoamericana. No obstante, a diferencia de lo que sucederá en el gobierno de Cristina Fernández, las referencias a la veta integrista-latinoamericanista en la retórica kirchnerista son escuetas. La mayor parte de ellas se suceden en encuentros relativos al Mercado Común del Sur (MERCOSUR), mensajes de apertura a las sesiones del Congreso y reuniones bi y trilaterales con países latinoamericanos. Aunque generalmente presentan la misma tónica, pueden observarse algunas particularidades.

Nuestra prioridad se ubica en la *construcción de una América Latina estable, próspera y unida*, con base en los *ideales de democracia y justicia social*. (17 de diciembre de 2004, destacado propio)

El MERCOSUR y la integración latinoamericana, deben ser parte de un *verdadero proyecto político regional* y nuestra alianza estratégica con el *MERCOSUR debe profundizarse* hacia otros aspectos institucionales *que deben acompañar la integración económica* y ampliarse abarcando a nuevos miembros latinoamericanos. (25 de marzo de 2003, destacado propio)

El ex Presidente bregó por la construcción –con “democracia y justicia social- de una “América Latina estable” políticamente, “próspera” económicamente e integrada entre sí, “unida”. La integración entre los países latinoamericanos precisaba de un “verdadero proyecto político regional”, que profundizara la “integración

económica” que se inició con el MERCOSUR, abriéndose también a nuevos miembros.

En contraste con lo que significó la integración meramente económica y jurídica de los noventa –libre circulación de bienes, servicios y personas entre los miembros, aranceles externos y políticas comerciales comunes, entre otras-, *el kirchnerismo apeló por una integración política y cultural entre los latinoamericanos, conducente con su apuesta por superar la primacía de lo jurídico y de lo económico, que observaba en la década del ochenta y noventa, respectivamente.*

[N]osotros estamos por *profundizar el MERCOSUR*, que creemos en la construcción de los pueblos de América del Sur, *más allá de quien gobiernen en cada uno de los pueblos por voluntad de sus pueblos mismos (...)* Este país siempre será un país *latinoamericanista, independiente, plural y amplio con todos los pueblos de América del Sur* (1 de marzo de 2007; destacado propio)

De nuevo aquí la prédica por una profundización del MERCOSUR. Para Kirchner, en un país como la Argentina –“latinoamericanista, independiente, plural y amplio”- la intensificación de la unión establecida por el Mercosur debía ser independiente del signo político de los gobiernos, más allá de quienes gobiernen

Aparecen nuevamente ideas-fuerzas recurrentes en la retórica kirchnerista: pluralismo y amplitud ideológica. *El proyecto de integración que Kirchner delineó debía diferir al de la década neoliberal en algo más que en su excesivo acento en la integración económica: incumbía pluralidad y unión en la diversidad, similarmente al proyecto político que el kirchnerismo tenía para el ámbito local, el cual era concebido como el opuesto exacto al pensamiento único y dogmático de la doxa neoliberal.*

También es digno de destacar que en la contraposición entre el proyecto de integración kirchnerista y el que primó durante los noventa está implícita la cuestión de la relación con los Estados Unidos. Recuértese que los años del menemismo son recordados por las tristemente célebres “relaciones carnales” con la potencia del norte, eufemismo que simbolizó genuflexión política y económica. Frente a esto, *el kirchnerismo planteó –como se vio en su polémica con los organismos multilaterales de crédito, símbolos del poder financiero estadounidense- un tipo de relación diferente, más madura y que diese a los países latinoamericanos la libertad suficiente para el diseño e implementación de políticas económicas autónomas.*

Kirchner se propuso la construcción de un proyecto político regional, conducente con su apuesta local por uno plural y democrático. *Este proyecto integracionista latinoamericano pretendía, por un lado, ir más allá del economicismo con el que desde el kirchnerismo identificó la edificación del MERCOSUR en los años*

noventa. Y por el otro, con un tipo de relación más adulta/madura con respecto a los Estados Unidos, perceptible –por ejemplo- en su polémica con los organismos multilaterales de crédito –el antagonista corporativo internacional, como se vio más arriba- por el default argentino y en el simbólico rechazo al ALCA en noviembre de 2005, en las narices del mismísimo presidente de los Estados Unidos, George Bush hijo.

Recapitulando. En esta sección se partió de la hipótesis de que Kirchner buscó interpelar a tres diferentes sujetos políticos bajo el epíteto de “pueblo”: I) el *populus* de ciudadanos descontentos y desanimados para con la política y los políticos; II) la *plebs* de desocupados y pobres que hizo visible la explosión de 2001; y III) el *alterum frater* latinoamericano, reactivando un imaginario colectivo caro a la juventud militante de los años sesenta y setenta.

Los efectos de la dictadura cívico-militar y del menemismo –interpretó el kirchnerismo- habían resultado en desesperanza, escepticismo y descontento ciudadano, no viendo en las instituciones otra cosa que un dispositivo para asegurar impunidad y corrupción. El kirchnerismo se propuso relegitimar la política, devolverles la confianza a los ciudadanos y mejorar la calidad de las instituciones, frente a los efectos perversos que resultaron del *laissez faire* de las corporaciones judicial y militar.

La desestructuración del modelo nacional-popular entre los años setenta y noventa dejó a sus principales beneficiarios –principalmente trabajadores y sectores carenciados- a la vera del camino, sucumbiendo al desempleo, la pobreza y la exclusión. En su interpelación a estos “perdedores”, el kirchnerismo polemizó con políticos, tecnócratas y periodistas económicos vinculados –según la visión kirchnerista- con la *doxa* neoliberal. El kirchnerismo se encomendó a la tarea de construir un modelo económico alternativo al que primó en las décadas anteriores, donde la creación de empleo, la redistribución de la riqueza y la inclusión social, junto con la reactivación del imaginario asociado la movilidad social ascendente, serían sus pilares fundamentales.

Tibiamente el kirchnerismo fue recuperando una retórica heredada acerca de la existencia de una identidad común entre los pueblos de Latino América. En el proyecto integracionista-latinoamericanista al que aspiraba Kirchner, la unión entre los pueblos latinoamericanos debía trascender los acuerdos económicos, apuntando a una integración política y cultural, pero siempre respetando las particularidades inscriptas en los países participantes. A su vez, este proyecto buscaba establecer un tipo de relación diferente con los Estados Unidos, basado en la posibilidad de discrepar con las recetas aconsejadas por el coloso del norte y sus laderas incondicionales –las

instituciones crediticias internacionales-, asumiendo el control de la economía y del proceso político.

3.3 – Espectros peronistas. Liturgias y símbolos en el discurso kirchnerista

Por esto, el triunfo del pueblo argentino es un triunfo alborozado y callejero: con sabor de fiesta y talante de romería; con el espíritu comunicativo de la juventud y la alegría contagiosa de la verdad (...). Fiestas de redención de los trabajadores, de liberación de los seres útiles de la patria; fiestas de redención de la patria misma al tener cabal noción de su libertad y concepto claro de la soberanía.

Juan Domingo Perón en su discurso de asunción presidencial 1946

La historia se escribe para y desde el presente. Al permanecer como un sustrato maleable, abierto e indeterminado *a priori*, el pasado está siempre al alcance de las luchas políticas del presente. Como se pudo apreciar más arriba, en la construcción de una identidad política el pasado es interpretado en vistas a la construcción de un futuro deseado. Toda narración del pasado tiene una significativa capacidad política disruptiva y transformadora en cuanto participa luchas por el sentido. En otras palabras, el sentido del pasado debe entenderse como “el producto de una lucha por la interpretación y hegemonización de los acontecimientos pretéritos” (Ana Soledad Montero, 2012; 79), a partir de los cuales surgen otras narraciones o interpretaciones cuyos efectos políticos repercuten en el tiempo presente.

La naturaleza abierta del pasado permite reparar en su carácter inventado, como se ha podido ver a partir de Hobsbawm; es decir, en el hecho de que aquel conjunto de prácticas guiadas por reglas de naturaleza ritual o simbólica que pretenden infundir valores o normas a partir de su repetición son productos de una invención. Es el caso de la memoria colectiva –los recuerdos y memorias que tiene un grupo- donde la tradición, se transforma en un dispositivo que organiza la memoria de la colectividad, a partir de la construcción de imaginarios sociales.

La reconstrucción y resignificación que opera un grupo sobre/en su memoria colectiva permiten establecer un paralelismo con el funcionamiento de los significantes flotantes lacanianos, analizados más arriba. Debido a su carácter indeterminado, éstos son rearticulados por proyectos hegemónicos en pugna, no pudiendo ninguno de ellos hacerse con ellos perpetuamente.

En esta sección se procederán a analizar un conjunto representativo de liturgias y símbolos pertenecientes al acervo de memorias del movimiento peronista en la construcción kirchnerista. En primer lugar, se examinarán los alegóricos días

festivos del peronismo como son el Día del Trabajador, el Día de la Lealtad, el Día de la Militancia y las conmemoraciones relativas a la Primavera Camporista. Y en segundo, se observarán el lugar del Partido Justicialista, la CGT y la CTA en la construcción política en kirchnerista.

3.3.1 – Rituales políticos peronistas: El Día del Trabajo, de la Lealtad y las fiestas del retorno de Perón

La utilización de rituales y liturgias políticas tienen por función forjar sentimientos de pertenencia entre los participantes de una comunidad en particular. Apuntan a la generación de fuentes de legitimidad y consenso para un régimen político. En el intento crear la ilusión de que existía un consenso –prácticamente unánime- respecto a su gobierno, Perón se valió de un sofisticado imaginario político, en que se glorificaban de las figuras de Perón y de Evita. En la creación de este imaginario los rituales políticos implementados por el régimen –El Día del Trabajador y el Día de la Lealtad- tuvieron una escena y función fundamental: celebrándose en el marco de la Plaza de Mayo, debajo del balcón de la Casa Rosada, funcionaron como instancia en que Perón y su pueblo renovaban su vínculo.

La “peronización” del Día del Trabador y del Día de la Lealtad atravesaron tres etapas diferentes en el periodo 1945-1955. La primera de ellos corresponde a la lucha por el monopolio del sentido de las dos celebraciones, entre el 17 de octubre de 1945 y 1948. Para este último año, ambas habían adquirido un significado único y oficial, suprimiéndose –vía represión o por insignificantes- las ceremonias alternativas a las oficiales. La segunda –entre el año 48 y 1950- se produjo la reinención de una mitología y tradición nuevas, una vez que el sentido de las celebraciones fue dictado por el aparato de gobierno. Y tercera, la transformación lisa y llana del peronismo en una religión política⁵⁰, luego de adquirir el monopolio absoluto del sentido y la representación de las celebraciones y la eliminación de todo viso de espontaneidad en ellas, entre principios de la década del 50 y 1955. (Mariano Ben Plotkin; 2013)

Bajo el título de “fiestas del retorno de Perón” se considerarán dos fechas caras a la liturgia del peronismo⁵¹. Estas son el Día de la Militancia, celebrado el 17 de noviembre en conmemoración al regreso del General Perón luego de 17 años de

⁵⁰ Por religión política se refiere a: I) la sacralización del orden político; II) poder político ejerce su autoridad tanto sobre la esfera pública como sobre la privada; y III) sistema de normas y valores definidos casi con exclusividad por la autoridad política. Para Plotkin el peronismo en el periodo 1952-1955 presentó todas las características de una religión política (2013; 22)

⁵¹ Por razones de extensión y viabilidad, solo se seleccionarán estas dos fechas, dentro del amplio abanico que ofrece el calendario peronista. Un análisis posterior y pormenorizado debería anexar al análisis también otras fechas claves: la Masacre de Trelew (22 de agosto de 1972), el regreso definitivo de Perón y lo que fue la Masacre de Ezeiza (20 de junio de 1973), el renunciamento de Cámpora (13 de julio de 1973), la elección y la asunción de la tercera presidencia de Perón (12 de octubre de 1973) y su fallecimiento (1 de julio de 1974), entre otras.

exilio. Y la otra se celebra el 11 de marzo en recuerdo de la llegada de Héctor Cámpora a la Presidencia de la Nación, vista como una victoria de la juventud peronista.

3.3.1.1 – El Día del Trabajador

Durante el gobierno de Néstor Kirchner las conmemoraciones del Día del Trabajador no tuvieron el lugar que otrora representaron en el entramado imaginario peronista. A lo largo del periodo, dos características recorrieron las conmemoraciones del Día del Trabajador en los albores de la Argentina kirchnerista. Por un lado, la ausencia de actos por parte de la Central General de Trabajadores (CGT).

Y por el otro, como contrapartida, los más o menos masivos actos del amplio océano de la izquierda combativa argentina –Partido Obrero (PO), Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), Partido Comunista Revolucionario (PCR), Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST). (Página/12, 2 de mayo de 2004) (Clarín, 1 de mayo de 2005). Instancias públicas donde partidos de izquierda, tendencias piqueteras y movimientos sociales opositores al kirchnerismo, y en ocasiones –de forma soterrada- la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) elevaban sus críticas al Gobierno Nacional, dirigidas a las condiciones socio-laborales de la Argentina, a las políticas públicas del Gobierno o a la relación con los organismos multinacionales de crédito y con los aliados político-sindicales de turno.

A la hora de explicar el “no-lugar” que ocupó el 1º de Mayo en el imaginario kirchnerista, es necesario sopesar dos cuestiones. En primer lugar, debe ponerse la lupa en las reformas neoliberales ocurridas en la Argentina durante la década del setenta y –principalmente- durante la del noventa, de las que se ha hablado *in extenso* a lo largo de este capítulo. Es cierto que estas reformas operaron “desperonizando” a la celebración otrora troncal de imaginario peronista clásico, fundamentalmente disminuyendo el número de trabajadores y, similarmente, su “peso” en la estructura política pejetista.

En segundo lugar, e íntimamente vinculado con lo anterior, se hace menester recordar que el kirchnerismo buscó interpelar con su discurso a un sector del pueblo al que más arriba se ha calificado como los “perdedores” del neoliberalismo: principalmente desocupados y excluidos que dejaron las reformas neoliberales.

En la renuencia del kirchnerismo a hacer suyo el 1º de Mayo hay que tanto una imposibilidad como un desinterés. La primera de ellas derivada tanto de las lógicas propias de la desestructuración del modelo nacional-popular, de la pérdida del peso de los trabajadores en la estructura política y del quiebre del imaginario de una sociedad integrada.

Y el desinterés se revela reparando en los elementos que fueron utilizados por el kirchnerismo en su articulación política-discursiva: desempleados, pobres y marginados. Es decir, para producir sentimientos de pertenencia –leitmotiv de los rituales y liturgias políticas- no necesitó apelar al imaginario que sobre la Fiesta del Trabajo había creado el peronismo, por cuanto no era a los trabajadores a los que apuntó su interpelación sino a los “no-trabajadores”. Es así como se explica la inexistencia de conmemoraciones kirchnerista del 1º de Mayo, inclusive en un su clímax peronista 2005-2007.

3.3.1.2 – El Día de la Lealtad

La rememoración del Día de la Lealtad durante el gobierno de Kirchner atravesó dos periodos. El primero de ellos transcurrió desde la asunción de Kirchner en 2003 hasta 2004, caracterizado por la renuencia de Kirchner a celebrar el día de la Lealtad. Como contrapartida, los antagonistas peronistas de turno, primero Carlos Menem y luego Eduardo Duhalde, no sólo llevaron adelante festejos en sus respectivos bastiones –La Rioja y la Provincia de Buenos Aires, respectivamente- sino también se hicieron con toda la parafernalia peronista: la Marcha, el Escudo, las figuras de Perón y de Evita, y la presencia de los “Gordos” de la CGT (Clarín, 18 de octubre de 2003) (Clarín, 15 de octubre de 2004).

Una explicación de este alejamiento respecto del principal ritual peronista debe buscarse en la estrategia transversal por la que Kirchner apostó a comienzos de su gobierno. Como se verá con un grado de detalle mayor más adelante, lo que el ex Presidente trató fue construir poder y legitimidad política a partir de la construcción de un armado transversal que aglutinase a quienes no pertenecían a la estructura peronista. A esto se suma el hecho de que la mayor parte de la ciudadanía se mostraba desconfiada –60% y 53% en los años 2003 y 2004, respectivamente (Latinobarómetro, 2015) con respecto a los partidos y sus figuras tradicionales. Por tanto, resulta lógico la ausencia de celebraciones oficiales de parte de Kirchner si su objetivo fue mostrarse como “lo nuevo” y “el cambio”, apuntando a la construcción de un espacio político progresista independiente de la estructura peronista. En la transversalidad, no había lugar para el Día de la Lealtad.

Y el segundo de estos dos periodos transcurrió entre las campañas electorales de 2005 y 2007, Legislativas y Presidenciales, respectivamente. La característica principal giró alrededor de la celebración kirchnerista del 17 de Octubre, con todos los símbolos de la liturgia peronista antes patrimonio exclusivo de los contrincantes de turno (Clarín, 18 de octubre de 2005) (Clarín, 18 de octubre de 2007).

La “peronización” del kirchnerismo entre las dos elecciones mencionadas obedeció al descubrimiento de Kirchner respecto a la necesidad de incorporar a aquellos dirigentes ligados al justicialismo que habían quedado por fuera de la transversalidad, necesarios en el establecimiento de una sólida base política de cara, en primer lugar, a la compulsa con el aparato de poder bonaerense de Duhalde en 2005 y, en segundo, para el apuntalamiento de la candidatura de Cristina Fernández a la presidencia de la Nación en 2007.

Respecto al lugar que ocupó el 17 de Octubre en la construcción política kirchnerista puede decirse que éste pasó –en el imaginario kirchnerista- de la relegación a la revalorización. Esta relegación se correspondió con la primera etapa analizada, en donde no hubo celebraciones del Día de la Lealtad de parte del kirchnerismo, y donde la celebración fue concebida más como un escollo que como un rito político que pudiese rendirle beneficios al kirchnerismo, en razón de su estrategia de construcción política transversal.

Y en la revalorización del Día de la Lealtad corrió pareja respecto a las dos compulsas electorales que disputó el kirchnerismo entre 2005 y 2007, en donde se entendió que la aspiración por derrotar al duhaldismo en su propia cancha y delinear lo que iba a ser la posibilidad para un segundo gobierno kirchnerista, necesitaba incorporar a la estructura pejetista –dirigentes y también a la CGT- que quedó por fuera del armado transversal; otra forma de decir, arrojar por la borda la transversalidad.

El Día de la Lealtad –epítome del imaginario peronista- fue adquiriendo mayor importancia en la apuesta política kirchnerista con el devenir de la gestión y las vicisitudes de la coyuntura política-electoral. Luego del abandono de la transversalidad y de la victoria kirchnerista frente al duhaldista en las Legislativas de 2005, el kirchnerismo abrazó de lleno –y sin ambages- los símbolos peronistas, como pueden apreciarse en los actos: la Marcha, las figuras de Perón y Evita, entre otros.

3.3.1.3 – Fiestas del retorno de Perón

Para el imaginario peronista el Día de la Militancia simbolizará no solo el regreso de Perón luego de su exilio forzado, sino también la puesta en funcionamiento de un dispositivo de pacificación y unificación; la unidad nacional frente a la violencia disolvente de las banderías políticas.

Según los registros periodísticos de los tres grandes diarios argentinos –Clarín, La Nación y Página/12-, el kirchnerismo no se celebró actos. Una respuesta tentativa a esta inexistencia puede deberse al carácter peronista ortodoxo que tuvo la denominada “Operación Retorno”, en la que junto a escritores, artistas y deportistas,

se destacó la participación de sindicalistas y sectores de la burocracia política peronista. Para éstos dos últimos el regreso de Perón significaba un regreso no sólo a las políticas económicas de los “años felices”, sino principalmente un reforzamiento de su posición de poder frente a la militancia juvenil.

En razón, primero, de la exigua participación que tuvo la juventud peronista en el regreso de Perón –en comparación, por ejemplo, con lo que fue en la campaña Cámpora-Solano Lima o en la peregrinación a Ezeiza, el retorno definitivo del Líder- y, segundo, del peso del imaginario juvenil setentista en la memoria kirchnerista –un *ethos* asociado a la entrega, sacrificio, abnegación, a la política como lucha y condena a la traición, la claudicación y a la neutralidad (Ana Soledad Montero, 2012)- puede argüirse que resulta lógico esta inexistencia de conmemoraciones respecto del Día de la Militancia; una fecha asociada con los elementos ortodoxos del peronismo – sindicalismo y burocracia política-, como lo demuestra la histórica foto de José Ignacio Rucci amparando bajo su paraguas al General Perón en la pista de Ezeiza.

El 11 de marzo de 1973 Héctor José Cámpora fue electo presidente, por el Frente Justicialista de Liberación (FreJuLi), bajo designio de Perón y acompañado por la juventud militante peronista. Tal y como lo señala Liliana de Riz (1981), la elección de Cámpora como candidato obedeció a una estrategia de disciplinamiento al interior del peronismo. Por un lado, Cámpora era testimonio del exilio de Perón, así como también símbolo de la lealtad incondicional –y dependencia- al conductor de parte de la burocracia política. Y por el otro, con Cámpora como Presidente se desplazó a la burocracia sindical como principal actor de la reconstrucción del poder del Estado, poniéndole coto a la excesiva autonomía política que había adquirido el sindicalismo durante el exilio de Perón.

Si bien durante el periodo analizado no se registraron actos kirchneristas que conmemorasen la elección o la asunción de Héctor Cámpora⁵², existieron dos hechos que puedan dar testimonio acerca del peso que se le dio a la figura de Cámpora en el imaginario kirchnerista. El primero de ellos corresponde a la entrega de los Atributos de Mando del ex Presidente Cámpora a Néstor Kirchner en el Salón Blanco de la Casa Rosada, donde Kirchner destacó los valores de “honestidad política y lealtad” que exhibió Cámpora a lo largo de toda su carrera política y el ejemplo que significó para las nuevas generaciones. (La Nación, 28 de diciembre de 2006).

⁵² Vale aclarar que el 11 de marzo de 2004 el ex Presidente Kirchner concurrió al Encuentro de la Militancia. Se limitó a mencionar escuetamente su experiencia militante en las postrimerías de 1973, sin explícitas menciones a Cámpora o la militancia juvenil peronista. Gran parte del discurso estuvo orientado a marcar la frontera entre el pasado denostado –dictadura y neoliberalismo- y el quiebre en la historia argentina que significó su llegada al poder.

El segundo de ellos, íntimamente relacionado con el anterior, se refiere al nacimiento de la agrupación política juvenil kirchnerista, La Cámpora, en 2006. Según deslizan en página web institucional, la agrupación nació el mismo día en que el ex Presidente Kirchner recibía los Atributos de Mando de Cámpora el 28 de diciembre de 2006. Para La Cámpora –que adquirirá relevancia política y mediática con el devenir del gobierno de Cristina Fernández- la figura del “Tío” Cámpora condensaba en sí misma no sólo la historia del peronismo, sino más aún la lucha de todo un pueblo por el regreso definitivo del General Perón (La Cámpora,S/f).

Estos dos hechos son representativos acerca del rescate de la figura de Héctor Cámpora que realizó el kirchnerismo, prácticamente desde su génesis. Gran parte de este recupero estuvo relacionado con la pertenencia generacional de Kirchner y de algunos de sus máximos colaboradores. Pertenencia asociada a las agrupaciones políticas juveniles peronistas de los años setenta, que vivieron y participaron en la famosa “Primavera camporista”. Para estos jóvenes, el “Tío” simbolizaba no sólo la lealtad incondicional a los designios de Perón, sino más aún era el primer eslabón en la construcción de la tan ansiada “Patria socialista” y del definitivo *left-behind* del derrotero de “penas y olvidos” que habían recorrido el país después de la Revolución Libertadora de 1955.

Cámpora simbolizó para la juventud peronista la concreción del “transvasamiento generacional”, lanzado por el General Perón en sus discursos hacia la Juventud de principios de los años setenta. Bajo dicho término, Perón entendía que debía producirse un lento y progresivo relevo de una generación política por otra, en la cual los “viejos” legaban la experticia a los “jóvenes”. La Cámpora se hizo eco de esto. Para ésta, Kirchner no sólo encarnó la imagen de esa generación de jóvenes que hizo posible el regreso definitivo de Perón, sino más aún asumió el lugar de Cámpora, incorporando algunas de las banderas de la juventud peronista de los setenta – *aggionadas* a los *temps démocratiques*- e iniciando un lento relevamiento generacional: de la “generación diezmada” de los setenta a la actual, a otra víctima del neoliberalismo pero que a partir del 2003 –siguiendo la línea de pensamiento de la agrupación juvenil kirchnerista- volvía a confiar en la política, los políticos, en la democracia y sus instituciones como herramientas fundamentales de transformación social.

La recuperación kirchnerista de la figura de Cámpora obedeció casi con exclusividad a razones de pertenencia generacional. Kirchner fue partícipe de la generación que vio en el “Tío” no sólo la garantía del verdadero regreso de Perón, sino más aun la concreción de la tan ansiada renovación generacional y la victoria de la “Juventud” frente a los “ortodoxos” en la compulsa de fuerzas al interior del peronismo.

Por tanto, el “olvido” respecto de la “Operación Retorno” y lo que se convertirá en el Día de la Militancia, y la recuperación de la figura de Cámpora del panteón de los héroes perdidos del peronismo que realizó el kirchnerismo, deben entenderse el clave generacional. En ambas, la participación o no de la juventud militante peronista a la que Kirchner perteneció determinaron las “actitudes” que tomó el kirchnerismo hacia las conmemoraciones.

En el caso de la “Operación Retorno”, la participación del sector juvenil peronista fue cuanto menos exigua, en comparación con el involucramiento que tuvieron sindicalistas y elementos de la burocracia partidaria en el regreso del General. Diametralmente opuesto fue el episodio de Cámpora Presidente, donde la juventud tuvo un rol protagónico, tanto en la campaña presidencial –de la que Kirchner participó- como en el elenco gubernamental.

Significativo es el recupero de la figura de Cámpora que hizo el kirchnerismo. En su magma discursivo, el significante “Cámpora” simbolizó tanto la lealtad a Perón y el respeto de las convicciones personales –con las cuales se lo identificó al “Tío” desde la generación juvenil-, así como también fue el símbolo de una renovación generacional. Una renovación a la que también el kirchnerismo –al menos discursivamente- anheló, pero trasladada treinta años en el tiempo; frente a la persecución política de los setenta, la desilusión de los ochenta y la despolitización de los noventa, para el imaginario kirchnerista la llegada al poder de Kirchner en 2003 simbolizó una “nueva primavera”. Parafraseando a la canción, la herencia tiraba y Kirchner la iba a respetar. Bajo este manto nacía La Cámpora.

Recapitulando. En primer lugar, se analizó el 1º de Mayo. Como pudo apreciarse, no se registraron celebraciones de parte del kirchnerismo durante el periodo considerado. La hipótesis ensayada apuntó, por un lado, a la “desperonización” a la que sucumbió el Día del Trabajador merced a las reformas neoliberales de la década de los noventa y, en segundo lugar, a los elementos hacia donde dirigió la interpelación discursiva kirchnerista: desempleados, marginados y pobres, sectores en los que la famosa “cultura del trabajo” se convertía más en un *slogan* que una realidad fáctica. Por tanto, para el kirchnerismo resultaba imposible y “no-interesante” –respectivamente con lo expuesto- la recuperación del 1º de Mayo.

Luego se consideró el 17 de Octubre, donde se observaron dos momentos claramente delineados: I) desde 2003 hasta 2004, caracterizado por la renuencia de Kirchner a celebrar el Día de la Lealtad; y II) desde 2005 hasta 2007, donde el Ex Presidente celebró los festejos peronistas. Este paso de la relegación a la revalorización del 17 de Octubre obedeció a la apuesta política de Kirchner por

hacerse con el apoyo de sectores peronistas tradicionales –dirigentes y políticos de Conurbano Bonaerense, gremialistas, etc.- de cara, en primer lugar, a la compulsa con el duhaldismo en 2005 y a la posibilidad de un segundo periodo de kirchnerismo en la Primer Magistratura.

Y por último, se examinaron dos festividades peronistas asociadas al regreso de Perón: el Día de la Militancia y la Primavera Camporista. Más allá de que en el periodo 2003-2007 el kirchnerismo no celebró –oficialmente- ninguna de estas dos fechas, el peso de éstas en su imaginario no podría ser más antagónico, inexistente para el Día de la Militancia pero relevante para la Primavera Camporista. La hipótesis que se utilizó para explicar esto está relacionada con la participación de la juventud militante peronista –a la que Kirchner perteneció- en cada una: nula, inexistente o insignificante en el caso del Día de la Militancia y fundamental para la Primavera Camporista.

Esta participación generacional también ayuda a comprender la recuperación de la figura de Héctor Cámpora que realizó el kirchnerismo, simbolizada –como se mostró aquí- con la toma de Kirchner de los Atributos de Mando de Cámpora y el nacimiento de la agrupación política juvenil kirchnerista, La Cámpora. Como antaño con Cámpora, Kirchner se convirtió –o al menos lo pretendió- como el garante del recambio generacional en política, además del reparador de las heridas políticas y económicas del bloque histórico 1976-2003. Para el kirchnerismo, Kirchner ser convirtió en la encarnación del “Tío”, treinta años después.

3.3.2 – La seducción del aparato del PJ

La derrota peronista frente al radicalismo en las Presidenciales del 83 produjo un sisma en el Partido Justicialista, donde tanto la confianza en los símbolos como en el poder de los viejos caudillos del partido se vio seriamente cuestionada. Entre 1984 y 1987 se originó el ascenso de un sector “renovador” en el interior del partido, que aglutinó a parlamentarios y a varios gobernadores provinciales, que buscaban “la recuperación del ‘peronismo verdadero’, que había sido desvirtuado y conducido al fracaso por la dirigencia ‘partidaria’ (Vicente Palermo y Marcos Novaro, 1996; 190). Los renovadores lograron democratizar internamente el partido, conferirle un grado importante de cohesión interna y separar a la CGT y a las agrupaciones sindicales del dominio del partido.

En la década del ochenta, con la derrota y la posterior resurrección a principios de los noventa, el PJ se convirtió en un espacio para la competencia; un partido electoral, con una organización descentralizada y con una considerable masa de

afiliados. Néstor Kirchner fue tanto heredero directo de los Renovadores como producto de la crisis política de 2001/2002.

Para sopesar el lugar que le cupo al PJ en el armado político kirchnerista del periodo 2003-2007, dos son las cuestiones a tratar. En primer lugar, poner la lupa en la estrategia transversalista de Kirchner y su posterior desestimo, que hizo que el ex Presidente se volcase definitivamente hacia la estructura del PJ. Y en segundo, relacionado con lo anterior, analizar las estrategias delineadas por Kirchner para atraerse el apoyo del movimiento obrero organizado, específicamente de una parte de la CGT y de la CTA.

3.3.2.1 – El PJ y kirchnerismo: de la transversalidad al justicialismo simple y duro

Desde el inicio de su gestión el ex Presidente Kirchner intentó acumular capital político a partir de dos estrategias sino antagónicas, al menos contradictorias. De un lado, “la cohesión de partido justicialista mediante el liderazgo presidencial”, ya que Kirchner necesitaba el apoyo del justicialismo en el Congreso para gobernar. Y del otro, mediante un “armado transversal de un territorio progresista que aglutinase a todos aquellos que no participaban en la estructura justicialista o de la cultura política peronista” (Hugo Quiroga, 2010; 48).

La transversalidad significó la construcción de un nuevo espacio de poder y consenso, y una apuesta por parte de Kirchner para afianzar su poder presidencial con el apoyo y la incorporación de organismos de derechos humanos, tendencias políticas centroizquierdistas y piqueteras. Supuso también la constitución de una alternativa de representación frente a la fragmentación del electorado y a la crisis de legitimidad de los partidos tradicionales y de sus dirigencias políticas (Silvia Beatriz Gómez y Mario Recio, 2007)⁵³.

Sin embargo, para mediados de 2004 la estrategia de construcción política transversal fue paulatinamente abandonada por Kirchner. El ex Presidente se fue inclinando progresivamente hacia la CGT y hacia los Barones del Conurbano. Las Legislativas de 2005 reflejaron con exactitud el abandono kirchnerista de la transversalidad. Javier Zelaznik (2012) explica que la relegación en la que ésta cayó se debió a que la competencia palmo a palmo con el aparato duhaldista requería de una sólida base política; en otras palabras, el kirchnerismo se vio obligado a establecer arreglos territoriales con dirigentes peronistas que anteriormente no

⁵³ En este marco debe leerse, por ejemplo, el llamado a Aníbal Ibarra, Luís Juez, Miguel Lifschitz y a Hermes Binner y la propuesta de articular un polo progresista, que trascendiese los agrupamientos político-partidarios tradicionales (Página/12, 30 de abril de 2004); hombres e ideas sobre banderías políticas.

formaban parte del armado transversal⁵⁴. Para Daniel Arzadun el control del Partido Justicialista era condición *sine qua non* para llevar adelante la gestión y dotarse de poder territorial. (2013; 63)

Las Legislativas de 2005 significaron una victoria importante para Kirchner y un golpe de efecto para sus detractores dentro del justicialismo⁵⁵. En el transcurso de dos elecciones, Néstor Kirchner no sólo fue capaz de contrarrestar su escasa legitimidad electoral de origen, sino también hacerse con el control de PJ de la Provincia de Buenos Aires. Para fines de 2005, mientras el aparato justicialista bonaerense se “kirchnerizaba”, el kirchnerismo comenzaba a abrazar –como se vio más arriba- los símbolos peronistas; se “peronizaba”.

Habiéndose convertido en el único líder del partido peronista luego de derrotar sucesivamente a Menem, a Rodríguez Saá y a Duhalde, Kirchner inició un proceso de acumulación de fuerzas políticas: tendencias políticas y sindicales peronistas –ex menemistas y duhaldistas-, así como también gobernadores, dirigentes y figuras políticas provinciales adeptas a colaborar con los oficialismos de turno. Con un Kirchner fortalecido y un aparato justicialista disciplinado tras su figura, el kirchnerismo se preparó para su segunda prueba y la continuidad del ciclo político: las Elecciones Presidenciales de 2007.

Luego de la prolongada “luna de miel” de los primeros 100 días de gobierno (Heriberto Muraro, 2005) –I) reemplazo de la cúpula del Ejército, II) recambio de la Corte Suprema, III) intervención del PAMI, IV) propuesta de anulación de Punto Final y Obediencia Debida-, Kirchner lanzó la transversalidad a fines de 2003, una operación política a partir de la cual buscó no solo dotarse de recursos partidarios propios –quitándose de “encima” los votos prestados por Duhalde-, sino también valerse de sectores vinculados a una tradición de izquierda peronista, en vista a transformar la estructura del Partido Justicialista de acuerdo a las banderas setentistas que por el levantadas.

Sin embargo, la transformación de la estructura del PJ no pasó de ser un bonito *slogan*. Para fines de 2004, la transversalidad fue reemplazada por un retorno a la estructura orgánica del PJ; otra forma de decir, un retorno explícito a lógicas estructurales que en lo partidario expresaron una continuidad con tradiciones de larga data –como pudo apreciarse en el análisis de las celebraciones relativas al 17 de

⁵⁴ En la misma tónica, Ernesto Calvo (2005) señala que las elecciones de 2005 dieron muestra de un peronismo dominante pero no hegemónico que se vio obligado a establecer acuerdo entre distintas facciones interprovinciales. De alguna manera, la estrategia kirchnerista para la librar la batalla por la Provincia de Buenos Aires da testimonio de ellos: alianzas estratégicas con intendentes del Conurbano, del cinturón industrial y de los distritos más populosos de la Provincia.

⁵⁵ Mientras la mayoría de los distritos provinciales se alinearon detrás de Kirchner, sólo seis de estos presentaron listas peronistas alternativas: Buenos Aires (duhaldismo), Catamarca, Santiago del Estero (jurarismo), La Rioja (menemismo), San Luis (saáismo) y Misiones (bastión de Puerta)

Octubre en el periodo 2005-2007-. Con el monopolio de la estructura del Partido Justicialista, con el apoyo de dirigentes y políticos peronistas en la Provincia de Buenos Aires, y de la CGT, sumado a los movimientos de derechos humanos y tendencias piqueteras, Kirchner pudo encarar de forma diferente los comicios de 2007, que iban a convertirse en la prueba de fuego para Kirchner.

3.2.2.2 – Sindicalismo y kirchnerismo: CGT y CTA, viejos y nuevos conocidos

Con el arribo de Néstor Kirchner a la Presidencia, el sindicalismo peronista volvió a recobrar el protagonismo perdido luego de los dos golpes de *knock out* acusados entre la década del ochenta –relegación de los cuadros sindicales dentro de la estructura del Partido Justicialista a partir de la institucionalización del justicialismo- y noventa –pérdida tanto de afiliados como de recursos económicos-.

A decir de Sebastián Etchemendy (2012), el kirchnerismo emprendió acciones que beneficiaron concretamente al movimiento obrero⁵⁶ –negociaciones colectivas, nueva ley laboral, priorización de la negociación por rama, consolidación del control sindical sobre las obras sociales, entre otras-. Aunque también debe destacarse que con las mejoras reales en las condiciones laborales, retornaron a la palestra viejos vicios del sindicalismo argentino como la malversación de fondos y la resolución violenta de los conflictos internos en las organizaciones gremiales, en gran parte dinamizados por la enorme cantidad de recursos que los sindicatos se encontraron manejando.

La alianza entre Kirchner y el movimiento sindical organizado tuvo en la CGT y en la CTA sus componentes fundamentales. En el caso de la CGT, a su llegada al Gobierno, Kirchner se encontró con la simpatía del Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) liderado por Hugo Moyano, mientras a CGT *in toto* se mantenía reticente a brindarle apoyo, y ubicándose al lado de Duhalde. Frente a la frialdad con la que Kirchner trataba a esta última, la apuesta moyanista por reunificar la CGT se encontró con reales ventajas. Ésta se produciría en 2005. Luego de su reunificación, la alianza entre la Central y el Gobierno Nacional se sostuvo desde los sectores del transporte (específicamente camioneros), construcción e industria (tanto metalúrgicos como autopartistas).

⁵⁶ Sin embargo, a la hora de sopesar el auge del sindicalismo en el gobierno de Kirchner debe trascenderse el plano de los meros beneficios material. Para Eugenia Mediavilla (2006) debe tenerse en cuenta también los juegos de intereses simbólicos y políticos; de un lado, el pasó de un rol sindical subordinado –como en los años noventa- a tener un lugar central tanto en la coalición de gobierno como en la conformación de los actores dominantes dentro del movimiento obrero.

Y en el caso CTA, el Gobierno Nacional desde un principio la convirtió en un interlocutor válido⁵⁷. En primer lugar, manteniendo buenas relaciones con la Central de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTRA), el sindicato mayoritario dentro de la Central, que se transformó en un interlocutor válido y en un actor con peso propio en la conformación de las políticas educativas durante el kirchnerismo –la Ley de Financiamiento Educativo de 2005, la Ley General de Educación de 2006 y la creación de la Paritaria Nacional Docente, por ejemplo-. Y en segundo, relacionado con la no criminalización de la protesta social, dialogó con el sector más moderado de las organizaciones piqueteras pertenecientes a la CTA – Federación de Tierra y Vivienda (FTV) y Barrios de Pie-, tratando de excluir a los más radicales, como el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJP) y el Polo Obrero. Los moderados recibieron en términos reales la mayor cantidad de Planes Jefes y Jefas de Hogar, así como también planes para construcción de viviendas. Éstos se convirtieron en un importante aliado político del Gobierno Nacional, tanto por su capacidad de movilización como por su arraigo territorial en los sectores más marginales (Juan Bautista Lucca, 2011).

Mediante incrementos importantes de salarios y posibilidades organizacionales para pelear por mejores salarios, así como también a partir de la facultad de incidir en las obras sociales y en la dirección de las fábricas renacionalizadas, el kirchnerismo se hizo con un importante apoyo de parte del sector gremial. Es a la luz de estos beneficios que debe entenderse el hecho de que por primera vez desde el regreso de la democracia ni la CGT ni la CTA promovieron huelgas de alcance nacional contra el Gobierno. Más aún, ambas apoyaron la continuidad del kirchnerismo, convirtiéndose en activas promotoras en la candidatura Presidencial de Cristina Fernández en la campaña de 2007.

Recapitulando. La Renovación Peronista de la década de los ochenta supuso un quiebre en la relación partido peronista-movimiento obrero organizado. A grandes rasgos supuso la relegación de los dirigentes sindicales en el control del partido, que pasó a estar en manos de los políticos profesionales.

Kirchner –en tanto político profesional- fue heredero del cisma renovador. A comienzos de su gobierno, la relación con la estructura del PJ fue decididamente confrontativa, tal y como lo demostró su apuesta por construir un armado de fuerzas progresistas por fuera del tradicional aparato justicialista, la transversalidad. Sin

⁵⁷ Maristella Svampa (2007) recalcó como Néstor Kirchner logró seducir a muchos dirigentes de la CTA, vinculados a la tradición nacional-popular, ocasionando numerosos conflictos en la Central entre aquellos con simpatías con el Gobierno Nacional y los que, bregando por la tan ansiada personería jurídica – negada por el Gobierno en 2005-, sostenían una posición más distante y crítica para con el kirchnerismo.

embargo, las vicisitudes de las compulsas políticas y electorales mostraron al ex Presidente que en el fortalecimiento de su gobierno y la acumulación decisiva de fuerzas para enfrentar al duhaldismo, recurrir al PJ se mostraba como una necesidad ineludible. Esto último sepultó a la transversalidad, junto con la esperanza de muchos anti-pejotistas. El aparato del PJ se mostraba demasiado tentador para rechazarlo, como Kirchner posiblemente percibió.

Diferente fue la relación que mantuvo Kirchner con un sector del movimiento obrero organizado, ligado a la CGT y a la CTA. En el caso de la CGT, el kirchnerismo apoyó decididamente la reunificación de la Central detrás del MTA moyanista, que se convertirá en un aliado fundamental en el periodo y más allá, proveyendo apoyo simbólico y capacidad de movilización. Y para la CTA, ésta pasó a convertirse en un interlocutor altamente valorado por el kirchnerismo, como la “participación” de la CTERA en el diseño de política educativa y el acercamiento del kirchnerismo hacia organizaciones piqueteras moderadas pertenecientes a la CTA, pudieron mostrar. Nuevas leyes, beneficios materiales y simbólicos del kirchnerismo hacia las dos centrales pueden ayudar a explicar que por primera vez desde el regreso a la democracia ninguna de las dos Centrales realizó un paro general contra el gobierno de Kirchner.

4. – CONCLUSIONES

I.

Como se prendió mostrar a lo largo del capítulo 2, con la globalización se asistió a una profunda reconfiguración de la economía y de la sociedad, que tornó más complejas a las sociedades contemporáneas, transformando en toscas e insuficientes las teorías y conceptos heredados de los grandes maestros de la tradición sociológica occidental, Marx, Durkheim y Weber.

Además, se mostró que redefinición de la idea de comunidad que aconteció a partir del vendaval globalizador, obligó a buscar nuevos criterios de legitimidad. El cuestionamiento de la noción de Estado nacional, es una prueba manifiesta de ello. El proceso globalizador puso en entredicho las identidades nacionales, constituidas alrededor de éste, lo que, aunado a la erosión de los marcadores de certidumbre sobre las que se habían erigido las sociedades occidentales desde finales del siglo XVIII hasta postrimerías del XX, tornó nuevamente necesario reflexionar sobre la naturaleza de las identidades socio-políticas: su génesis y transformaciones.

En el primer acercamiento teórico a las identidades propuesto en este trabajo, se concibió a éstas como una ficción organizativa, a partir de la cual se constituía un “Nosotros” *vis-à-vis* un “Ellos”. También se reparó en sus características relacionales,

contingentes, multiacentuales, situadas históricamente y constituidas discursivamente. Tal y como se especificó en la primera parte, la constitución de un “Nosotros” involucra la construcción de fronteras de exclusión, mediante las cuales se homogeneiza internamente y se diferencia con respecto a lo externo.

II.

Al ser este proceso una característica principal de las identidades y de la erección de fronteras de exclusión, en este trabajo se analizó el modo en que algunos pensadores sobresalientes de la teoría y filosofía política trataron el binomio homogeneidad-heterogeneidad. Según lo analizado, tanto Rousseau, Marx, Michels, Weber y Schmitt comparten la misma preocupación, que es la de dotar de homogeneidad al cuerpo social frente a los avatares de lo heterogéneo. Sin embargo, las estrategias que utilizaron para ello fueron divergentes.

En el caso de Rousseau, éste recurrió a la labor del Legislador y del proceso educativo para silenciar los intereses particulares que anidaban en el interior de los hombres, frente a la tarea imperativa de constituir la Voluntad Popular. Para Marx, el fin de la historia y la constitución de la sociedad sin clases, luego de la victoria del comunismo, iban a terminar con la división y la diferencia que primaba en el capitalismo. Michels y Weber compartían la idea acerca de que las organizaciones podrían contener las heterogeneidades liberadas luego de concreción del sufragio universal y el arribo de las masas al espacio público. La organización permitiría la constitución de un interés común en el espacio público de la democracia de masas, apelando a la disciplina, la necesidad de guía y emotividad de las masas. Y por último Schmitt entendió sólo bastaba con apelar a la característica propia de la democracia y de lo político –homogeneidad al interior de una formación política mediante el trazado de los límites del *demos*-, para extirpar lo heterogéneo.

Sin embargo, a la hora de examinar las propuestas de Laclau y Žižek, la cuestión cambió. Ambos teóricos son herederos de tres corrientes de pensamiento: I) el “giro lingüístico”, que propició un cambio de enfoque con respecto al lenguaje, en donde éste pasó a ocupar un lugar fundamental; II) el marxismo posestructuralista, esta corriente se propuso reconstruir al marxismo como horizonte político práctico luego de admitir su insuficiencia teórica, a partir de las críticas derridianas a Althusser; y III) el “lacanismo de izquierda”, aplicaciones en el campo de la teoría política de los aportes del psicoanálisis lacaniano.

Para Laclau y Žižek han existido intentos por trascender definitivamente la diada universalismo-particularismo pero ninguno de ellos fue fructífero, lo que devino en una obliteración de la mutua necesidad entre ambas dimensiones. Mientras Laclau

concibió a la formación hegemónica como la manera de trascender –parcial e incompletamente- la diada, reparando además en el carácter necesario e inestable de los polos particularismo-universalismo, Žižek argumentó que el foco debía ser puesto en los elementos excluidos de la formación hegemónica, que iban a ser los engranajes fundamentales de su propuesta universalista contra el *establishment* económico-político mundial.

En este trabajo se hizo eco de la propuesta epistemológica de ambos autores, reconociendo no sólo la imposibilidad de trascender de forma definitiva ambos polos, sino también la utilidad –e infranqueabilidad- que éstos presentan en la construcción de identidades socio-políticas. En otras palabras, aquí se comprendió que lo heterogéneo, particular y diferente *con-vive* en el interior de lo homogéneo, universal e idéntico como su reflejo ineliminable.

III.

Se apeló en este trabajo a la definición de identidades políticas brindada por Gerardo Aboy Carlés. Según este autor por identidad política deben entenderse aquellas prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen –a partir de un mecanismo doble de diferenciación externa y homogenización interna- solidaridades estables, capaces de definir –a través de unidades de nominación- orientaciones gregarias de la acción, en relación a la definición de asuntos públicos. Las identidades debían ser concebidas desde una perspectiva del devenir, a partir de la cual los procesos de transformación y/o mutación de una identidad podrán ser advertidos. En otras palabras, toda identidad política tendrá límites inestables y susceptibles de constantes redefiniciones, a través de articulaciones contingentes con una pluralidad de otras identidades y relaciones sociales.

La definición brindada por Aboy Carlés resultó operativa a los fines de este trabajo, desprendiéndose de ella tres dimensiones analíticas útiles para el estudio de las identidades socio-políticas:

I) *Alteridad* – No puede haber identidades sin alteridad y antagonismo. En tanto la diferencia resulta una dimensión fundamental de toda construcción identitaria –no pudiendo concebirse identidad por fuera de un sistema de diferencias-, la constitución de fronteras de exclusión adquiere un lugar privilegiado. Lo “Otro”, lo que queda por fuera de estas fronteras de exclusión, funciona doblemente como fundamento y como imposibilidad de cierre de la identidad en sí misma. La cuestión central será definir y delimitar los antagonismos centrales que definen los límites de toda identidad.

II) *Representatividad* – La identidad hace referencia ineludiblemente al proceso representativo, entendiendo por este el proceso de cierre parcial y precario de toda identidad. La lógica de suplementariedad alude a la falta que está inscripta en lo representado, requiriendo de un suplemento para constituirse. La suplementariedad resulta ser el principio esencial de toda lógica representativa y, como correlato, de toda identidad.

Y III) *Perspectiva de la tradición* – Toda identidad se configura referenciándose en un pasado, proponiendo la constitución de un futuro deseado, conjugándose ambas dimensiones para dotar de sentido al presente. La utilización que un actor político hace del pasado dota a sus destinatarios de un conjunto de seguridades y conocimientos, además de ser un arma fundamental a la hora de polemizar con sus contradestinatarios y adversarios. Todo grupo re-construye, re-significa y re-trabaja sobre/en su propia memoria colectiva adecuándola a exigencias tácticas del presente.

IV.

Participando en una constante que recorrió la constitución de las identidades políticas argentinas desde el yrigoyenismo hasta el menemismo, puedo apreciarse en este trabajo que el kirchnerismo instituyó una frontera con respecto al pasado, que devino en dos representaciones de éste, íntimamente ligadas.

La primera de ellas se refirió a un pasado denostado, vinculado a la última dictadura cívico-militar y al régimen político de los años noventa. El discurso kirchnerista observó una continuidad histórica entre la última dictadura cívico-militar y el régimen neoliberal de los años noventa; existía una continuación entre el modelo económico implementado durante la dictadura y el de los años noventa. Más aún, durante el menemismo se llevaron adelante hasta el paroxismo las políticas delineadas durante el Proceso de Reorganización Nacional, con el objetivo claro – según la palabra kirchnerista- de desestructurar el modelo nacional-popular industrializador e cohesivo socialmente. Esta desestructuración resultó en un incremento de la pobreza, la indigencia e índices de desempleo desconocidos para el país. El estallido de 2001/2002 no es más la resultante de un proceso económico y político que se remontaba a mitad de los años setenta.

Y la segunda representación se refiere a un pasado silenciado, ligado al periodo de la transición y al alfonsinismo. Su carácter “silenciado” derivaba de las escasas menciones que realizó el kirchnerismo durante el periodo analizado. No obstante esto, las pocas referencias en el discurso kirchnerista a la transición y al alfonsinismo tienen un hilo conductor: por un lado, son críticas respecto al modo de

hacer frente a los crímenes perpetrados por la dictadura, acusando al alfonsinismo de obturar la dimensión política de la represión y de sus víctimas, en la que éstos fueron perseguidos por sus ideas políticas y su militancia por un proyecto alternativo a del PRN. Y por el otro, críticas respecto a la concepción alfonsinista de democracia, a la que se acusaba de estar excesivamente circunscripta a las reglas procesuales, olvidando –según la palabra kirchnerista- que existía una dimensión sustancial de la democracia que debía apuntar al bienestar material de la población, no sólo a las reglas democráticas.

Sin vacilaciones el discurso kirchnerista construyó un bloque histórico entre 1976 y 2003, marcado por la continuidad en el modo de gestionar el Estado, en las políticas económicas desarrolladas e implementadas, como también en su insensibilidad/desinterés por las secuelas sociales que estas políticas generaron. Frente a este bloque histórico, el kirchnerismo erigió al 25 de mayo de 2003 como el símbolo de la refundación de la “Nueva Argentina”. Kirchner, recurriendo a –y reconstruyendo sin complejidades- la memoria de la generación de los jóvenes militantes de los setenta –transgresores, idealistas, populares y heroicos- estableció una línea demarcatoria entre ese bloque histórico y su llegada a la Casa Rosada. El inicio del ciclo kirchnerista fue identificado con el tiempo del cambio, de la transformación, del regreso de un capitalismo nacional, de un “país normal”, como rezaba su slogan de campaña.

Como no podría ser de otro modo, este trazado de fronteras entre un pasado oprobioso –el ciclo histórico 1976-2003- y el futuro prometido –que inauguraba la llegada de Kirchner al poder en 2003- articuló una nueva frontera antagónica, donde el kirchnerismo polemizó con determinados antagonistas, identificados con las corporaciones nacionales –los jueces y el Poder Judicial, los militares acusados de crímenes de lesa humanidad, y políticos y tecnócratas vinculados al pensamiento neoliberal- y las internacionales –organismos multilaterales de crédito, particularmente el Fondo Monetario Internacional-.

La polémica con la corporación judicial giró derredor del significante “calidad institucional”. Frente a una Corte Suprema al que se calificó como “adicta” al menemismo, de un Consejo de la Magistratura cuyo criterio de selección de jueces se consideró sospechoso de “amiguismo” y de la lentitud en el juzgamiento de militares acusados de crímenes de lesa humanidad, el kirchnerismo pretendió erigirse como una inflexión histórica, devolviéndole la credibilidad a la Justicia e inclinando la balanza de ésta para el lado de los sectores más desfavorecidos, víctimas –según la interpretación kirchnerista- de este poder oculto, soterrado y egoísta de las corporaciones.

El adversario militar será uno de los pocos que estuvo individualizado por el kirchnerismo, en el cual los militares golpistas serían señalados con nombre y apellido en los discursos presidenciales. El hecho de negarles el grado militar –“Usted no merece que lo llame General...”- fue algo más que una especie de bofetada al caro honor que atesoraban los cuadros militares. Simbolizó también la apuesta kirchnerista por construir un modelo de FFAA diferente al que identificaba con Videla, Galtieri, Bignone y compañía –calificados como mesiánicos y fundamentalistas-. Frente a ellos Kirchner aspiraba a devolver a las FFAA los honores perdidos, recuperando el legado militar heredado por San Martín y Belgrano.

En el caso del adversario neoliberal –políticos, periodistas y tecnócratas ligados al neoliberalismo- no sólo será identificado con el bloque histórico 1976-2003. Más aún, se los identificó con aquellos que se oponían a las políticas que el kirchnerismo buscaba implementar. “Partidarios del pasado” que operaban en el presente, y que deslegitimaban a las restantes fuerzas políticas, opositoras legítimas al kirchnerismo. Esta deslegitimación estaba dada por la vinculación que la retórica kirchnerista establecía entre esos políticos y los sectores neoliberales. Para ésta, esos políticos terminaban no siendo otra cosa que personeros de esos intereses ligados al neoliberalismo, lo que mermaba su carácter representativo frente a la representación popular y auténtica que encarnaba el kirchnerismo.

Por último, las corporaciones internacionales –organismos multilaterales de crédito- tuvieron –aseguraba el kirchnerismo- grandes responsabilidades en la implementación del modelo neoliberal y en la crisis económica en el que éste derivó. Aún más, estos organismos internacionales seguían pretendiendo inmiscuirse en la política argentina, no sólo mediante sus personeros –tecnócratas y periodistas económicos- sino principalmente a partir del “apriete” con la cuestión de la deuda argentina y el *default*. Por ello Kirchner veía en la superación de suspensión del pago de la deuda un mojón indispensable para llevar adelante políticas económicas de carácter autónomo.

Las corporaciones nacionales e internacionales fueron identificadas por la retórica kirchnerista como las principales responsables del caos económico, político y social de 2001-2002. También –y quizás aún más importante- eran también grandes “operadoras del presente”, “poderes fácticos” que no solo se oponían a las transformaciones que el kirchnerismo anunciaba, sino que también aspiraban a regresar al pasado, a la primacía del modelo neoliberal. El discurso kirchnerista buscó polemizar con estas corporaciones y develar al público las veladas intenciones escondían. Trazando una línea demarcatoria entre las corporaciones y el pueblo, el kirchnerismo se posicionó como defensor de éste. Frente a las corporaciones, el

kirchnerismo colocó la revalorización de las instituciones *grosso modo*. El –exitoso- slogan kirchnerista “Patria o corporaciones” tuvo aquí su génesis.

V.

El discurso kirchnerista buscó interpelar a tres diferentes sujetos políticos bajo el epíteto de “pueblo”:

I) El *populus* de ciudadanos descontentos y desanimados para con la política y los políticos. Según la interpretación kirchnerista, la dictadura militar y el menemismo habían decantado en desesperanza, escepticismo y descontento ciudadano. Para éstos las instituciones no eran otra cosa que un dispositivo que perpetuaba la impunidad y aseguraba la corrupción. El kirchnerismo apostó a relegitimar la política, devolverles la confianza a los ciudadanos y mejorar la calidad de las instituciones, frente a los efectos perversos que resultaron del *laissez faire* de las corporaciones judicial y militar.

II) La *plebs* de desocupados y pobres que hizo visible la explosión de 2001. Con la desestructuración del modelo nacional-popular entre los años setenta y noventa, sus principales beneficiarios –principalmente trabajadores y sectores carenciados- fueron víctimas del desempleo, sucumbiendo a la pobreza y la exclusión. En su interpelación a estos “perdedores”, el kirchnerismo polemizó con políticos, tecnócratas y periodistas económicos vinculados –según la visión kirchnerista- con la *doxa* neoliberal. El kirchnerismo se encomendó a la tarea de construir un modelo económico alternativo al que primó en las décadas anteriores, donde la creación de empleo, la redistribución de la riqueza y la inclusión social, junto con la reactivación del imaginario asociado la movilidad social ascendente, iban a ser sus pilares fundamentales.

Y III) el *alterum frater* latinoamericano, reactivando un imaginario colectivo caro a la juventud militante de los años sesenta y setenta. El kirchnerismo fue recuperando tíbiamente una retórica heredada acerca de la existencia de una identidad común entre los pueblos de Latino América. Kirchner propuso la construcción de un proyecto integracionista-latinoamericanista, donde la unión entre los pueblos latinoamericanos debía trascender los acuerdos económicos, apuntando a una integración política y cultural, siempre respetando las particularidades inscriptas en los países participantes. Este proyecto buscaba establecer un tipo de relación diferente con los Estados Unidos, basado en la posibilidad de discrepar con las recetas aconsejadas por las instituciones crediticias internacionales, asumiendo cada país el control de su economía y del proceso político.

VI.

El fenómeno peronista presenta una pluralidad de símbolos, desde las figuras de Perón y Evita, hasta celebraciones o liturgias tradicionales como la Fiesta del Trabajo, el Día de la Lealtad o el Día del Militante, pasando por la Marcha, el Escudo, la Doctrina o las Veinte Verdades Peronistas. De este rico entramado simbólico, se optó en este trabajo por analizar un conjunto de liturgias y símbolos representativo del acervo de memorias del movimiento peronista discernibles durante la Presidencia de Néstor Kirchner, referidos, por un lado, a los alegóricos días festivos del peronismo como son el Día del Trabajador, el Día de la Lealtad, el Día de la Militancia y las conmemoraciones relativas a la Primavera Camporista, y, por el otro, al lugar del Partido Justicialista, de la CGT y CTA en el kirchnerismo.

En lo que hace al 1º de Mayo, no se registraron celebraciones de parte del kirchnerismo durante el periodo considerado. La ausencia de estas celebraciones obedeció, por un lado, a la “desperonización” del Día del Trabajador, debido a las reformas neoliberales de la década de los noventa, y por el otro, a los elementos hacia donde dirigió la interpelación discursiva kirchnerista: desempleados, marginados y pobres, sectores en los que la famosa “cultura del trabajo” se convertía más en un slogan que una realidad fáctica. Se argumentó en este trabajo que para el kirchnerismo resultó tanto imposible como “no-interesante” la recuperación del 1º de Mayo.

Refiriéndose al 17 de Octubre, se pudieron advertir dos momentos. El primero va desde 2003 hasta mediados de 2004, y estuvo caracterizado por una renuencia de Kirchner a celebrar el Día de la Lealtad. Mientras el segundo, que va desde 2005 hasta el 2007, encarnó tanto el vuelco de Kirchner hacia el peronismo como la celebración del 17 de Octubre. El paso de la relegación a la revalorización del Día de la Lealtad obedeció a la apuesta política de Kirchner por hacerse con el apoyo de sectores peronistas tradicionales –dirigentes y políticos de Conurbano Bonaerense, gremialistas, etc.- de cara, en primer lugar, a la compulsa electoral con el duhaldismo en 2005 y, en segundo, a la posibilidad de un nuevo periodo de kirchnerismo en el poder.

Y por último, se examinaron dos festividades peronistas asociadas al regreso de Perón: el Día de la Militancia y la Primavera Camporista. Si bien el kirchnerismo no celebró ninguna de estas, el peso de ellas en su imaginario no podría ser más desigual: inexistente en el caso del Día de la Militancia pero relevante en lo que se refiere a la Primavera Camporista. Esta desigualdad peso que ambas fechas representaron en el imaginario kirchnerista estuvo relacionada con la participación de la juventud militante peronista –a la que Kirchner perteneció- en cada una: nula,

inexistente o insignificante en el caso del Día de la Militancia y fundamental para la Primavera Camporista. La pertenencia generacional ayuda también a comprender la recuperación que hizo el kirchnerismo de la figura de Héctor Cámpora. Como anteriormente con éste, Kirchner pretendió erigirse como el garante del recambio generacional, además del reparador de las heridas políticas y económicas del bloque histórico 1976-2003. Para el kirchnerismo, Kirchner se convirtió en la encarnación del “Tío” Cámpora, treinta años después.

Reparando en el lugar del PJ durante el kirchnerismo, se pudo observar como a comienzos de su gobierno, la relación de Kirchner con la estructura del PJ fue decididamente confrontativa, como lo demostró su apuesta por construir un armado de fuerzas progresistas por fuera del tradicional aparato justicialista, la transversalidad. No obstante, las vicisitudes políticas mostraron al ex Presidente la necesidad de recurrir al aparato del PJ para fortalecer su gobierno y acumular fuerzas para enfrentar al duhaldismo en la Provincia de Buenos Aires. Esto sepultó la apuesta transversal, junto con la esperanza de muchos anti-pejotistas de un armado político fuerte, autónomo y progresista por fuera de la estructura del PJ. Sin embargo, el aparato del PJ se mostraba demasiado tentador como para que Kirchner pudiera prescindir de él.

Diferente fue la relación que mantuvo Kirchner con un sector del movimiento obrero organizado. En el caso de la CGT, el kirchnerismo apoyó decididamente la reunificación de ésta detrás del MTA moyanista, que se convirtió en un aliado fundamental en el periodo y también más allá, proveyendo apoyo simbólico y capacidad de movilización. Y en lo que se refiere a la CTA, ésta pasó a convertirse en un interlocutor altamente valorado por el kirchnerismo, como la “participación” de la CTERA en el diseño de política educativa y el acercamiento del kirchnerismo hacia organizaciones piqueteras moderadas pertenecientes a la CTA pudo mostrar. Nuevas leyes, beneficios materiales y simbólicos hacia las dos centrales, pueden explicar por qué por primera vez desde el regreso a la democracia ninguna de las dos Centrales realizó un paro general durante el gobierno de Kirchner.

VII.

El recorrido teórico y analítico desarrollado en este trabajo desemboca necesariamente en la siguiente afirmación: el kirchnerismo es una especie particular de peronismo; pertenece a la “familia” peronista pero –como no podría ser de otro modo, dadas las características intrínsecas de las identidades políticas- rearticuló de forma diferente elementos clásicos de la identidad política peronista.

No obstante, no debe verse en esta afirmación una reactivación de la vieja polémica que inició Carlos Altamirano entre un peronismo verdadero y uno empírico.

Como se especificó en el inicio, en este trabajo no se intenta –ni el autor cree posible– embarcarse en una ontología peronista.

Hay que ver que en el kirchnerismo conviven dos herencias, que se nutren ambas del manantial peronista. La primera de ellas –herencia generacional– se refiere a la pertenencia generacional de Kirchner: los jóvenes militantes peronistas de los años setenta, transgresores, idealistas, populares y heroicos. Esto le imprimió un carácter decididamente innovador, en comparación con los anteriores peronismos –menemismo, duhaldismo, por ejemplo–. Y la restante –adquirida– hace alusión a la Renovación Peronista de la década de los ochenta, que con la democratización interna del partido, su prédica por la recuperación del verdadero peronismo y por separar a las agrupaciones sindicalistas de la cúpula del partido, influyó necesariamente a todas las tendencias justicialistas posteriores a ella, y el kirchnerismo no podía ser la excepción.

Grosso modo, la tradición peronista y los elementos de nuevo tipo adosados a ésta convergieron en lo que aquí se llamará identidad kirchnerista. Una identidad que se planteó como una cesura histórica con respecto a un pasado oprobioso, vinculado conjuntamente la violencia y la represión Estatal, y a la desestructuración de un modelo de desarrollo económico endógeno, a raíz de las reformas de cuño neoliberal. Este pasado oprobioso tuvo su fecha de inflexión histórica el 25 de mayo con la llegada al gobierno de Kirchner.

Éste buscó interpelar a ciudadanos descontentos frente a la corrupción y a la impunidad, a desempleados y excluidos socialmente a raíz de las reformas neoliberales, y también reactivar el imaginario de la integración latinoamericana. Polemizó con lo que denominó las corporaciones nacionales e internacionales –un sector del Poder Judicial, de militares vinculados a la violación de derechos humanos, tecnócratas y periodistas ligados a la *doxa* neoliberal, y con los organismos internacionales de crédito–.

Mientras desechó los tradicionales símbolos peronistas al principio de su gobierno, Kirchner abrazó al 17 de Octubre, la estructura del PJ y un sector de la CGT, a la par de incorporar en su imaginario la figura de Héctor Cámpora y también a la central sindical epítome de la rebelión contra la hegemonía neoliberal de los años noventa, la CTA.

No podría aseverarse con certeza de que “todos son peronistas”, como sostenía el General Perón. No obstante una cosa es clara: muchos se acercan al arroyuelo peronistas a beber. Mientras algunos beben y se van, otros se quedan en sus inmediaciones a beber hasta el hartazgo, son pocos los que se niegan a acercarse, a pesar de su sed. Al principio el kirchnerismo pareció negarse al

peronismo, pero terminó abrazándolo a fines de su primer cuatrienio. Las aguas del peronismo resultaron embriagantes.

5. – BIBLIOGRAFÍA

- **ABOY CARLÉS**, Gerardo (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, ed. Homo Sapiens, Rosario, Argentina
- **ANDERSON**, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, ed. FCE, México DF, México
- **ARFUCH**, Leonor (2005) "Problemáticas de la identidad", en **Arfuch**, L. (coord.), *Identidad, sujetos y subjetividades*, ed. Prometeo, Buenos Aires, Argentina [En línea] [Disponible en: http://historiaiuna.com.ar/wp-content/material/2013_arfuch_cap-identidad.pdf]
- **BACZKO**, Bronislaw (2005) *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina
- **BARROS**, Mercedes (2009) "El discurso de los derechos humanos en la Argentina de la post-transición: un análisis discursivo de Alfonsín a Kirchner", en *V Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso*, ALED-Facultad de Lenguas UNC, Córdoba, Argentina [En línea] [Disponible en: <http://aledar.fl.unc.edu.ar/files/Barros-Mercedes1.pdf>]
- **BARROS**, Sebastián (2013) "Notas sobre los orígenes del discurso kirchnerista", en **Balsa**, J. (coord.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, ed. Centro Cultural de Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires, Argentina
- **BAUMAN**, Zygmunt (1999) *Modernidad líquida*, ed. FCE, Buenos Aires, Argentina
- **BOURDIEU**, Pierre (1996) "La delegación y el fetichismo político", en **Bourdieu**, P., *Cosas dichas*, ed. Gedisa, Barcelona, España [En línea] [Disponible en: http://www.espai-marx.net/espai_marx/documentos/articulos/7984/ficheros/qwq.pdf]
- **CALVO**, Ernesto (2005) *Argentina, elecciones legislativas 2005: consolidación institucional del kirchnerismo y territorialización del voto*, en Revista de Ciencia Política, Vol. 25, Nº2, pp. 153-160
- **CAVAROZZI**, Marcelo (1997) *Autoritarismo y democracia (1955-1996): la transición del Estado al mercado en la Argentina*, ed. Ariel, Buenos Aires, Argentina

- **CRENZEL**, Emilio (2007) *Dos prólogos para un mismo informe: el Nunca Más y la memoria de las desapariciones*, en Revista Prohistoria, Año XI, N° 11, pp. 49-60, Rosario, Argentina [En línea] [Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/prohist/v11/v11a03>]
- **DABAT**, Alejandro (2000) *Globalización: Capitalismo informático-global y nueva configuración espacial del mundo*, UNAM [En línea] [Disponible en: http://www.proglocode.unam.mx/system/files/Dabat%20%282002%29_%20Globalizaci%C3%B3n,%20Capitalismo%20actual%20y%20nueva%20configuraci%C3%B3n%20espacial%20del%20mundo.pdf]
- **DAGATTI**, Mariano (2013) “Contribuciones para una cartografía del primer kirchnerismo”, en **Balsa**, J. (coord.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, ed. Centro Cultural de Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires, Argentina
- **DARÓS**, William Roberto (2006) *La libertad individual y el contrato social según J. J. Rousseau*, en Revista Filosófica de la Universidad de Costa Rica, Año XLIV, N° 111-112, pp. 115-126 [En línea] [Disponible en: <http://inif.ucr.ac.cr/recursos/docs/Revista%20de%20Filosof%C3%ADa%20UCR/Vol.%20XLIV/No.%20111-112/La%20libertad%20individual%20y%20el%20contrato%20social%20seg%C3%BAn%20J.%20J.%20Rousseau.pdf>]
- **DE RIZ**, Liliana (1981) *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, ed. Hyspamerica, México DF, México
- **DOS SANTOS**, Theotonios (1966) “El concepto de clases sociales”, en *Seminario sobre las clases sociales*, Centro de Estudios Socioeconómico de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, Santiago, Chile
- **ETCHEMENDY**, Sebastián (2012) “El sindicalismo argentino en la era pos-liberal (2003-2011)”, en **Malamud**, A. y **De Luca**, M. (coord.) *La política en tiempos de los Kirchner*, ed. Eudeba, Buenos Aires, Argentina
- **FOUCAULT**, Michel (1998) *Genealogía del racismo*, ed. Altamira, La Plata, Buenos Aires
- **GALAFASSI**, Guido (2004) *Argentina: neoliberalismo, utilitarismo y crisis del Estado-nación capitalista*, en Revista Herramientas, N°26 [En línea] [Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-26/argentina-neoliberalismo-utilitarismo-y-crisis-del-estado-nacion-capitalist>]

- **GARGARELLA**, Roberto (2012) “Notas sobre kirchnerismo y justicia”, en **Malamud**, A. y **De Luca**, M. (coord.) *La política en tiempos de los Kirchner*, ed. Eudeba, Buenos Aires, Argentina
- **GLEIZER SALZMAN**, Marcela (1997) *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, ed. Juan Pablo Editor, México DF, México
- **GÓMEZ**, Silvia Beatriz y **RECIO**, Mario (2007) *¿Qué quedó de la transversalidad?*, en Revista Reflexiones [En línea] [Disponible en: http://www.reflexionespys.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=17:ique-quedo-de-la-transversalidad&catid=17:octubre-noviembre-2007&Itemid=64]
- **HINKELAMMERT**, Franz (1987) “El concepto de lo político según Carl Schmitt”, en **Lechner**, N., *Cultura política y democratización*, FLACSO-CLACSO, Santiago, Chile
- **HOBSBAWN**, Eric (1983) “Introduction: Inventing Traditions”, en **Hobsbawm**, E. y **Ranger**, T., *The Invention of Traditions*, Cambridge University Press, Cambridge, UK
- **HOTTOIS**, Gilbert (1999) *Historia de la filosofía del Renacimiento a la Posmodernidad*, ed. Cátedra, Madrid, España
- **LACLAU**, Ernesto (1993) *Poder y representación*, en *Revista Sociedad*, Facultad de Ciencias Sociales UBA, Buenos Aires, Argentina [En línea] [Disponible en: <http://www.fundacion.uocra.org/documentos/recursos/articulos/poder-y-representacion.pdf>]
- _____ (1994) “Minding the gap: the Subject of Politics”, en **Laclau**, E., *The Making of Political Identities*, ed. Verso, London, UK
- _____ (1996) *Emancipación y diferencia*, ed. Ariel, Buenos Aires, Argentina
- _____ (2004) “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, en **Butler**, J., **Laclau**, E., y **Žižek**, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, FCE, Buenos Aires, Argentina
- _____ (2009) *La razón populista*, ed. FCE, Buenos Aires, Argentina
- _____ y **MOUFFE**, Chantal (2010) *Hegemonía y estrategia socialista*, ed. FCE, Buenos Aires, Argentina

- **LEFORT**, Claude (1988) *Democracy and Political Theory*, ed. Polity press, Cambridge, UK
- **LESGART**, Cecilia (2006) "Luchas por los sentidos del pasado y el presente: notas sobre la reconsideración actual de los años '70 y '80", en **Quiroga**, H. y **Tcach**, C. (coord.) *Argentina 1976-2006: entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, ed. Homo Sapiens, Rosario, Argentina
- **LUCCA**, Juan Bautista (2011) *El gobierno de Néstor Kirchner en Argentina (2003-2007) y la reconfiguración de la escena política*, en IV Congreso Latino Americano de Opinião Pública da WAPOR, Belo Horizonte, Brasil [En línea] [Disponible en: http://www.waporbh.ufmg.br/papers/Juan_Bautista_Lucca.pdf]
- **MARTUCELLI**, Danilo y **SVAMPA**, Maristella (1997) *La plaza vacía: las transformaciones del peronismo*, ed. Losada, Buenos Aires, Argentina
- **MARX**, Karl y **ENGELS**, Friedrich (1985) *La ideología alemana*, ed. Pueblos Unidos, Buenos Aires, Argentina
- **MAURO**, Sebastián y **ROSSI**, Federico (2012) "Entre la plaza y la Casa Rosada: diálogo y confrontación entre los movimientos sociales y el gobierno nacional", en **Malamud**, A. y **De Luca**, M. (coord.) *La política en tiempos de los Kirchner*, ed. Eudeba, Buenos Aires, Argentina
- **MEDIAVILLA**, Eugenia (2006) *Sindicatos y democracia. La relación de la CGT con el Gobierno: 2003-2007*, en ComparativePolitics, Vol. 39, N°1 [En línea] [Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/mediavilla.pdf>]
- **MICHELS**, Robert (1985) *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna 1*, ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina
- **MIGUEZ**, Daniel (2013) *Diez años. Una década de gobierno kirchnerista*, ed. Planeta, Buenos Aires, Argentina
- **MONTERO**, Ana Soledad (2012) *¡Y al final un día volvimos!: los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, ed. Prometeo, Buenos Aires, Argentina
- **MOUFFE**, Chantal (1985) "Hegemonía, política e ideología", en **Labastida Martín del Campo**, J. (coord.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina: seminario de Morelia*, ed. Siglo XXI, México DF, México
- _____ (1999) *Por una política de identidad democrática*, en Seminario Globalización y diferenciación cultural, Barcelona, España [En línea] [Disponible en: http://www.macba.cat/PDFs/chantal_mouffe_cas.pdf]

- _____ (2003) *La paradoja democrática*, ed. Gedisa, Barcelona, España
- **MURARO**, Heriberto (2005) *Después de la luna de miel: la imagen del Presidente Kirchner durante los años 2004-2005*, [En línea] [Disponible en: http://www.telesurvey.com.ar/Documentos/Despues_de_la_luna_de_miel.pdf]
- **KIRCHNER**, Néstor (2011) *Cuadernos de la militancia N°2: Discursos del presidente Néstor Kirchner*, ed. Punto Crítico, Buenos Aires, Argentina
- **NOVARO**, Marcos (2000) *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, ed. Homo Sapiens, Rosario, Argentina
- **OSZLAK**, Oscar (1997) *Estado y Sociedad: ¿Nuevas Reglas de Juego?*, en Revista Reforma y Democracia, N° 9, CLAD, Caracas, Venezuela.
- **PALERMO**, Vicente y **NOVARO**, Marcos (1996) *Política y poder en el gobierno de Menem*, ed. Norma, Buenos Aires, Argentina
- **PALTI**, José Elías (2006) *Verdades y saberes del marxismo: reacciones de una tradición política ante su "crisis"*, ed. FCE, Buenos Aires, Argentina
- **PARÍS**, María Dolores (1996) "Weber: racionalidad y política" en **París**, M. D. (comp.) *Política y Estado: en el pensamiento moderno*, ed. UAM-X CSH, México DF, México [En línea] [Disponible en: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/capitulos/100-2605apc.pdf]
- **PLOTKIN**, Mariano Ben (2013) *Mañana es San Perón*, ed. EDUNTREF, Buenos Aires, Argentina
- **QUIROGA**, Hugo (2010) *La República desolada: los cambios políticos de la Argentina (2001-2009)*, ed. Edhasa, Buenos Aires, Argentina
- **RAITER**, Alejandro (2013) "¿Existe una lógica discursiva kirchnerista? Constancias y alternancias" en **Balsa**, J. (coord.) *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, ed. Centro Cultural de Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires, Argentina
- **RESTREPO**, Eduardo (2007) *Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio*, en Revista Jangwa Pana, N°5, Pp. 24-35 [En línea] [Disponible en: <http://www.ramwan.net/restrepo/documentos/identidades-jangwa%20pana.pdf>]
- **RICOEUR**, Paul (2006) *Sí mismo como otro*, ed. Siglo XXI, Madrid, España
- **ROUSSEAU**, Jean-Jacques (2005) *El contrato social*, ed. Centro Editor de Cultura, Buenos Aires, Argentina

- **SARTRE**, Jean-Paul (1965) *Situaciones VI: problemas del marxismo 1*, ed. Losada, Buenos Aires, Argentina
- **SCHMITT**, Carl (1984) *El concepto de lo político*, ed. Folios, Buenos Aires, Argentina
- _____ (1990) *Sobre el parlamentarismo*, ed. Tecnos, Madrid, España
- **STAVRAKAKIS**, Yannis (2010) *La izquierda lacaniana*, ed. FCE, Buenos Aires, Argentina
- **SUÁREZ GONZÁLEZ DE ARAÚJO**, Laura (2008) *Identidad, diferencia y ciudadanía: una aproximación desde Chantal Mouffe*, en Revista de filosofía Bajo Palabra, Universidad Complutense de Madrid, año II, Nº 3, Pp. 137-146 [En línea] [Disponible en: dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2931508.pdf]
- **SVAMPA**, Maristella (2007) *Profunda ruptura de las lealtades*, en Le Monde Diplomatique, Año VII, Nº 91 [En línea] [Disponible en: <http://maristellasvampa.net/archivos/period17.pdf>]
- **THWAITES REY**, Mabel (2003) *La (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en Argentina*, ed. Eudeba, Buenos Aires, Argentina
- **VERÓN**, Eliseo (1987) “La palabra adversativa”, en **Verón**, E., *El discurso político: lenguaje y acontecimiento*, ed. Edicial, Buenos Aires, Argentina
- **WEBER**, Max (1992) *Economía y sociedad*, ed. FCE, Buenos Aires, Argentina
- **YANNUZZI**, María de los Ángeles (2002) “Homogeneidad e heterogeneidad: la ambivalencia de la identidad”, en **Battcok**, C., **Dávila**, B., **Germain**, M., **Gotta**, C., **Manavella**, A. y **Múgica**, M. L., (coords.), *Espacio, memoria e identidad*, UNR Editora, pp. 282-288, Rosario, Argentina
- _____ (2007) *Democracia y sociedad de masas: la transformación del pensamiento político moderno*, ed. Homo Sapiens, Rosario, Argentina
- _____ (2009) *Cuaderno de cátedra: unidad VIII*, UNR, Rosario, Argentina
- **ZELAZNIK**, Javier (2012) “Las coaliciones kirchnerista”, en **Malamud**, A. y **De Luca**, M. (coord.) *La política en tiempos de los Kirchner*, ed. Eudeba, Buenos Aires, Argentina
- **ŽIŽEK**, Slavoj (1998) “Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional” en **Žižek**, S. y **Jameson**, A., *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina
- _____ (2001) *El espinoso sujeto: el centro ausente de la ontología política*, ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina

- _____ (2009) *El sublime objeto la ideología*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina
- **LA CÁMPORA** (S/f) “El nacimiento de La Cámpora” [Recuperado el 19 de enero de 2015] [En línea] [Disponible en: <http://www.lacampora.org/2011/03/11/el-nacimiento-de-la-campora/>]
- **LATINOBARÓMETRO**. Latinobarómetro: Opinión Pública Latinoamericana, 1996-2004. Santiago de Chile, Chile

Artículos periodísticos

- “Duro cruce entre Nazareno y Béliz por el futuro de la Corte”, **Clarín**, 4 de junio de 2003. Política. [En línea] [Disponible en: <http://edant.clarin.com/diario/2003/06/04/p-00601.htm>]
- “Desafío de Menem en La Rioja: ‘Aquí no queremos comunismo’”, **Clarín**, 18 de octubre de 2003. El País [En línea] [Disponible en: <http://edant.clarin.com/diario/2003/10/18/p-03001.htm>]
- “Una Rosada a la transversal”, **Página/12**, 30 de abril de 2004. El País[En línea] [Disponible en:<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-34767-2004-04-30.html>]
- “La Plaza de la izquierda”, **Página/12**, 2 de mayo de 2004. El País[En línea] [Disponible en:<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-34820-2004-05-02.html>]
- “Conmemoración del Día de la Lealtad peronista en la cancha de Atlanta”, **Clarín**, 15 de octubre de 2004. El País.
- “Reclamos en el acto de los partidos de izquierda por el Día del Trabajador”, **Clarín**, 2 de mayo de 2005. El País
- “Kirchner celebró el 17 de Octubre con otro pedido de apoyo electoral” (a), **Clarín**, 18 de octubre de 2005. El País
- “La inconstitucionalidad de los indultos en un fallo de la Justicia”, **Página/12**, 27 de marzo de 2006. El País[En línea] [Disponible en:<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-64801-2006-03-27.html>]
- “Represores fieles a sí mismos”, **Página/12**, 25 de mayo de 2006. El País[En línea] [Disponible en:<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-67343-2006-05-25.html>]
- “Kirchner recibió los atributos de mando de Cámpora”, **La Nación**, 28 de diciembre de 2006. Política[En línea] [Disponible

en:<http://www.lanacion.com.ar/870975-kirchner-recibio-los-atributos-de-mando-de-campora>]

- “Kirchner fue a Santa Cruz para apuntalar a su candidato a Gobernador”, **Clarín**, 18 de octubre de 2007. El País [En línea] [Disponible en: <http://edant.clarin.com/diario/2007/10/18/elpais/p-01101.htm>]
- “Es el mejor momento democrático en 150 años”, **Página/12**, 21 de julio de 2013. El País. [En línea] [Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-224931-2013-07-21.html>]